

M^a Victoria García Ángel

Mamen



Ediciones
Afeizar

Mamen

M^a Victoria García Ángel



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Beta reader: Daniela Quijada

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

“Para cuando la razón es capaz de entender lo sucedido, las heridas en el corazón ya son demasiado profundas.”

Carlos Ruiz Zafón

A la memoria de Víctor.

Mamen se levantó temprano. Seguramente, porque estaba habituada a hacerlo y porque no lo estaba en absoluto a trasnochar. Era sábado, claro que también lo era cuando se acostó. Estaba contenta, algo despistada. Se preparó un café y se sentó en el generoso ventanal en chaflán de su estudio. “Qué vista tan bonita”, pensó, mientras sorbía su taza de café. La verdad es que el sitio era privilegiado. Un ático de sesenta metros en la calle San Gregorio a tiro de piedra de la Universidad de Sevilla, donde trabajaba desde hacía ya casi diez años. Era profesora adjunta de Geografía e Historia y, actualmente, preparaba el doctorado. La docencia su gran pasión desde la adolescencia, ese era su sueño. Se implicaba de tal manera que terminaba haciendo cualquier cosa para no defraudar a nadie. Siempre todos podían contar con ella y se preparaba a conciencia organizando, desde grupos de escalada hasta de espeleología para profesores y alumnos, su popularidad en este ámbito iba unida a su buena reputación como profesora. Sin embargo, en el terreno personal, no había tenido mucha suerte a pesar de ser una morena atractiva de ojos grandes de un tono pardo que, a veces, con la luz del sol, se tornaban verde oscuro. Su sonrisa espontánea y fácil le formaba hoyuelos en las mejillas. Era alta y esbelta, de piernas torneadas y un cuerpo bien cuidado. Su carácter extrovertido guardaba cierta dosis de prudencia con respecto a su vida afectiva, que nunca había terminado de cuajar, quizás porque, en el fondo, era más tímida de lo que estaba dispuesta a reconocer o, tal vez, porque le habría dedicado demasiado tiempo a la preparación profesional y no hubiera sabido combinar lo personal con lo vocacional.

Seguía allí en su fantástico ventanal viendo a las gentes deambular; con la mente ausente, relajada, con una expresión dulce en su rostro simplemente formando parte de aquella soleada mañana de enero que los dioses le regalaban generosamente, hasta que sonó el móvil sacándola bruscamente del trance.

—Dime, José —contestó Mamen.

—¿Cómo “que te diga”? Llevo diez minutos en el bar. ¿Dónde estás?

—En casa —contestó, culpable.

—Y bajas, ¿o qué?

—Dame cinco minutos.

—¡Joder, Mamen! ¡Que he comprado churros!

—No tardo, no tardo.

Mamen se levantó de un salto vociferando “¡mierda, mierda! ¿Cómo me he podido olvidar de José?”. A la vez que buscaba unos vaqueros, un suéter y los zapatos, se metió en el baño, se refrescó la cara y se vistió a toda velocidad. Buscó el móvil, que lo había tirado en el sillón, echó mano del anorak, la bufanda y el bolso, que estaban colgados en el perchero de la entrada, y salió con las llaves en ristre trotando escaleras abajo como un bombero en prácticas.

—Hola José, buenos días.

—¡Hija, qué pelos traes! Anda, dame un beso, “descastá”.

Mamen lo besó y se sentó. Al hacerlo, reparó en su pelo al verse reflejada en el espejo situado al fondo del bar, confirmando efectivamente que no se había peinado. José pidió dos cafés y empezó con parsimonia a desplegar el papel aceitoso de los churros a la vez que decía con resignación “¡esto estará para ponérselos a San Pedro donde yo te diga!”

—Lo siento, José, no sé lo que me ha pasado. Se me ha ido el santo al cielo.

El camarero sirvió los cafés y desayunaron en silencio. José parecía algo molesto. Mamen, que lo conocía como si lo hubiese parido, sabía que se le iba a pasar en cuanto le soltara “el bombazo”. Eran amigos desde siempre, nacidos en Carmona, donde habían pasado la infancia y adolescencia. Ahora, los dos vivían y trabajaban en Sevilla. José era un hombre alto de pelo castaño, ojos oscuros, de rostro armonioso y cuerpo atlético. También se dedicaba a la docencia aunque, para él, ésta siempre había sido su segunda opción. Era biólogo e impartía clase de secundaria en un instituto público de un barrio periférico de la ciudad. Se había quedado huérfano de padre a los nueve años. Su madre, doña Mercedes; una mujer enjuta, de cabellos cortos totalmente canos con una constante mueca austera en sus labios, ojos pequeños e inexpresivos, fríos y oscuros como los de un tiburón, nunca volvió a casarse. Había ayudado a traer al mundo a media Carmona. Matrona de profesión ya jubilada, una señora muy religiosa chapada a la antigua que no se había movido del pueblo, seguía viviendo en la misma casa con los mismos muebles y con la ropa de su difunto marido dentro del ropero, ordenada y dispuesta como si fuera a ser usada. Se había consagrado en cuerpo y alma a su memoria y, con esa alegría de ánimos, había criado a su hijo con un raro cariño autoritario y bastante represivo, “como dios manda”. Sobre todo, al darse cuenta de que José tenía otras inclinaciones sexuales y, velando por su buen nombre, el de su difunto marido, y su propia reputación se negó a aceptarlo. La única vez que habló del tema, le dijo a su hijo que esa “confusión” que sentía era debido a la falta de la figura paterna que la vida le había arrebatado tan tempranamente. Y, sin más, empezó su particular cruzada buscando candidata a nuera con verdadera perseverancia. Esta era su razón de ser, ver a su hijo casado y tener un nieto, cosa que no iba a ser posible a no ser que José adoptara. Y no estaba por la labor.

Por otro lado, los padres de Mamen también eran y vivían en Carmona. Don Pedro, notario de profesión casi jubilado, porque un notario no se jubilaba nunca — como solía decir. Su aspecto serio y solemne debía ir con el cargo, porque en realidad era un señor regordete y mofletudo de buen carácter y mejor fondo que, por encima de todo, adoraba a su familia. Doña Esperanza; algo menor que su marido, de buen comer aunque intentaba mantenerse solamente rellenita —decía ella —, había sido una mujer muy guapa a la que siempre le había gustado cuidarse. Llevaba el pelo corto de un rubio ocre de peluquería, sus manos de manicura perfecta y sus grandes ojos castaños, eran ahora su mejor baza. El matrimonio había tenido dos hijas: Esperanza, la mayor, que había sacado más parecido a la rama paterna en lo físico, luchaba sin tregua contra el sobrepeso. En cierto modo, le tenía algo de envidia a su hermana, que no se privaba de nada y no engordaba en absoluto. Lo cierto es que Esperanza era una mujer corriente, de cabello castaño y lacio, su media melena le caía sobre los hombros, sus ojos eran pequeños y marrones y, aunque había en ella algo del carácter materno, éste era más desabrido y seco. Era médico, como Jesús, su marido. Un hombre delgaducho y poca cosa, un poco más bajo que ella, de carácter dócil y calva prominente

y, eso sí, tenía unos bonitos ojos azules. Mucho buque para tan poco pirata —dijo José, cuando se comprometieron—. Residían en Madrid, causa de queja constante de su madre. ¡Pues anda que no hay hospitales en Sevilla! —era la muletilla que empleaba la señora a la mínima—. Y su otra hija, Mamen, dos años menor que su hermana. Tampoco había nietos, en esa familia parece ser que esta “desgracia” había unido más si cabía a este par de abuelas frustradas que eran amigas íntimas.

(Eso es lo que tienen los pueblos, que conoces a la gente para siempre).

—¿Cuándo me vas a decir lo que te ha pasado? Porque lo del santo al cielo no me lo trago —dijo José.

—¡Ya estabas tardando!

—¡No guapa, aquí quien ha llegado tarde, con la lengua fuera, y sin peinar has sido tú, reina mora!

—Vale, vale, mea culpa. Te lo cuento si no montas un espectáculo, que te conozco.

—¡UUY! Esto promete —se relamió José.

—Anoche salimos a cenar y me acosté a las tres de la mañana.

—¿Sola?

—Sí, sola, aunque hicimos el amor en su casa —dijo Mamen, bajando la voz.

—¡¡ALELUYA!! —exclamó José, a pleno pulmón.

—¡Que no grites, ordinario! ¡Mira que te lo había dicho! Anda, pago los cafés y te lo cuento en casa, que aquí ya se ha enterado media barra.

La escasa vida sentimental de Mamen parecía haber cambiado. Hacía algo más de un mes conoció a Carlos a través de Irene, una compañera de la universidad algo pizpireta a la que José, con su sarcasmo particular, apodaba “la purísima”. Fue algo casual, en la calle, a la salida del trabajo. Irene la abordó, algo que le sorprendió, pues no solía mostrarse tan agradable con ella. Se lo presentó e insistió para que tomara una cerveza con ellos. Mamen aceptó, más por compromiso que por otra cosa. Él resultó ser un hombre encantador. Además de tener buena planta, era agradable, correcto, y con un increíble don de gentes. La conversación, fluida e interesante, hizo que lo que iba a ser unas cervezas se convirtiera en un almuerzo, ya a los postres Irene se disculpó porque al parecer había quedado con alguien y se marchó, de manera que se quedaron solos. La charla se hizo más personal, más íntima. Carlos le contó que estaba separado, en proceso de divorcio, tenía un hijo de cinco años y estaba pasando por momentos muy duros. Cuando sacó a colación a Irene, dijo que era una amiga que le estaba ayudando a superar su fracaso sentimental, que era un gran apoyo, casi la hermana que no tuvo. Después del segundo café, ya cerca de las cinco de la tarde, se intercambiaron los móviles, quedaron en verse a la semana siguiente, se despidieron y se marcharon cada uno por su lado.

Desde aquel día se sucedieron las llamadas y las citas. En cada una de ellas, Mamen descubría una nueva faceta en él. Era el hombre perfecto, atractivo y varonil, de trato impecable, carismático, sensible, y totalmente comprometido con su paternidad. La felicidad de su hijo era su prioridad, lo que se dice “un padrazo”.

Carlos era natural de Argentina, alto, moreno con unas interesantes canas en las sienes de cuarenta y muchos, de aspecto muy cuidado, manos cálidas y suaves, sus ojos grises parecían ir a contraste con su bronceado. Tenía las pestañas de un negro azabache, cortas y muy pobladas, que ribeteaban sus ojos de manera misteriosa e irresistible. Fue lo primero que enamoró a Mamen.

Llevaba en España veintitantos años, pero aún conservaba cierto acento de su tierra. Con respecto a su profesión, se dispersaba un poco, había trabajado en muchos sitios haciendo cosas dispares. En la actualidad, llevaba la gerencia de una cadena de hoteles propiedad de su suegro. Aunque este tema le preocupaba bastante, con el divorcio de por medio y, a pesar de la buena relación que afirmaba tener con su familia política, un divorcio era un divorcio, y esto generaba demasiadas tensiones por lo que no tenía nada claro que la relación laboral se viera comprometida de alguna manera. Pues, a la postre, Gema era la hija de su jefe y, en cierto modo, podía entender la presión a la que su suegro estaba sometido. De todas maneras, no quería adelantarse a los acontecimientos. Lo que tuviera que ser, sería. Lo único que le preocupaba era tener que vender su casa del centro si el asunto se complicaba. Se trataba de una casa familiar en la calle Redes, que sus padres compraron cuando volvieron de Buenos Aires, y que había heredado tras fallecer éstos en un accidente de tráfico hacía algunos años. La casa que él mismo rehabilitó con gran esfuerzo pensando que sería su hogar. El pequeño paraíso donde criar a su hijo y vivir su matrimonio felizmente se había truncado; desgraciadamente, todo se había torcido. El divorcio ya era un hecho, sencillamente, no había marcha atrás. Gema había dejado de quererle y se había enamorado de otra persona. Le aterraba la idea de tener que compartir a su hijo, el pequeño Miguel, con otro padre; no verlo crecer o no formar parte de su día a día, tener que limitarse a los fines de semanas alternos, quince días en verano y poco más. Era injusto, incluso cruel, no podía seguir hablando. La congoja se le agolpaba en la garganta, quebrándole la voz, e incluso enturbiándole la mirada.

Mamen estaba rendida, totalmente entregada ante un hombre que intentaba sobreponerse, que miraba hacia adelante, y que aceptaba las zancadillas que la vida le propinaba con tanta dignidad. Nunca oyó el más mínimo reproche hacia su ex, ni una palabra malsonante, ni una sola queja, absolutamente nada. Todo esto la sobrecogía, le hacía pensar en lo brutal que habría sido el desengaño de ese pobre hombre destrozado que no era capaz de sentir ni siquiera despecho hacia quien fuera su mujer, y a la vez, la animaba de alguna forma, quizás egoísta, a ser la mujer imprescindible en su vida, la persona que repararía toda esa infamia sufrida, ella la compensaría. Mamen se sentía segura, querida y necesitada, incluso la única persona que podía hacerlo feliz en el mundo.

Carlos había puesto su vida patas arriba en un tiempo récord, nunca habría adivinado que, a estas alturas de su existencia, al borde mismo de los cuarenta, pudiera experimentar esa sensación de primer amor, de mariposas en el estómago cada vez que la miraba, abrazaba u oía su voz. Era algo pueril, posiblemente, aunque del todo maravilloso.

Mamen y José abandonaron el bar, y subieron al estudio. Él se acomodó en el sofá esperando ansioso el relato de su amiga. Ella llenó una jarra de agua, sacó dos vasos, lo depositó todo sobre la mesita, y se sentó frente a José.

—Bueno, pues allá vamos —comenzó—. Anoche quedamos a cenar, me recogió a eso de las nueve, fuimos dando un paseo hasta el italiano ese que a ti te gusta, ¿cómo se llama? Bueno, no

importa, había reservado mesa y...

—¡Joder, Mamen! Que me vas a contar hasta cómo se llamaba el camarero, ¡al grano guapa, al grano!

—Hijo, qué impaciente eres.

Mamen reinició el relato justo cuando llegaron a casa de Carlos.

No te puedes imaginar el “casoplón” que tiene en la calle Redes —comenzó—, una casa de esas antiguas con patio sevillano, tres plantas, cochera, amueblada con un gusto exquisito... ¡Una maravilla! Subimos a la última planta, que originalmente era la azotea y que él había convertido en una especie de loft con una pequeña terraza, nos sentamos en un gran sofá rinconera y trajo una bandeja con una botella de cava, copas y un bol de fresas para no cambiar el palo —dijo—, pues ya lo habíamos tomado durante la cena. Hablamos un rato, puso algo de blues y una cosa llevó a la otra, nos besamos, nos acariciamos, me dijo en un susurro que se moría de ganas de hacerme el amor, y me condujo a la cama sin despegar sus labios de los míos. Él ya estaba al corriente de mi falta de experiencia, así que fue sumamente delicado, sutil y apasionado, a la vez que increíble. Luego me quiso traer a casa porque hoy sábado recogía a Miguel temprano, aunque al final lo convencí, y me pedí un taxi.

José estaba callado, feliz por el triunfo patente de su querida amiga que, para él, era mucho más; era su hermana, su confidente, la persona que lo entendía y que lo había respetado y apoyado siempre. Era su pareja en ese otro mundo heterosexual que habían fingido durante años, a ojos de un pueblo encabezado por su propia madre que no terminaba de digerir que una cosa es el género con el que naces y, otra muy distinta, las opciones sexuales por las que optas, sin por ello dejar de ser el hijo, el amigo, el vecino de siempre e incluso igual de hombre que el primero. A pesar de la alegría que sentía por su amiga no pudo evitar que un pensamiento triste pero fugaz cruzara su mente. ¿Cómo afectarían los nuevos acontecimientos a su especial amistad?

—¡Venga! Dime algo, que te has quedado mudo.

José la abrazó, no pudiendo retener una lagrimilla que corría por su mejilla.

—Oye, no te pongas tonto, ¿qué hacemos? —preguntó Mamen.

—Pues hija, por lo pronto, celebrarlo —le dijo José, recobrando la compostura.

—Claro, pero no hoy, mi hermana y mi cuñado llegan a la una y media. Se te había olvidado, ¿a que sí?

—Totalmente, y eso que llevo paseando la mochila toda la mañana. ¡Con las glorias se van las memorias!

—Espabila, niña, que son las doce.

—Por cierto, ¿qué le has comprado al notario? —preguntó José.

—Una pluma del XVIII que me ha costado un riñón —dijo Mamen, ufana.

—¡Anda, coño! Yo otra —se lamentó José.

—¿Del XVIII también?

—No, hija, a mí no me da el presupuesto —contestó José, con sorna.

Mamen entró en el baño, se dio una ducha, se arregló un poco la cara, y se vistió. Cogió una pequeña bolsa de viaje donde había introducido algo de ropa y un neceser, y salieron del domicilio en el ascensor hasta el garaje, se metieron en el coche y enfilaron hasta Santa Justa. Allí, tomaron una cerveza y poco más, estaban apurando la consumición cuando los altavoces de la estación anunciaron la llegada del AVE procedente de Madrid, que hacía su entrada por el andén número tres. Salieron de la cafetería y se dirigieron a la marquesina por donde desembocan las escaleras mecánicas directamente desde las vías. Después de un buen rato allí de pie, José reconoció a Esperanza y a Jesús. A este último, tirando de un trolley.

—¡Ahí llegan los doctores! —dijo José, con retintín.

—¡Menudo culo se le ha puesto a tu hermana! —volvió a decir José, dándole un codazo a Mamen.

Se saludaron, comentaron que el viaje había sido bueno y que Esperanza venía algo griposa. Ciertamente, las dos hermanas no se parecían en nada —pensaba José, mientras las observaba.

Mamen, con su simpatía natural y tan cariñosa; Esperanza, por el contrario, era áspera como el esparto. Por otro lado, Jesús, que debía tener el cielo ganado, era más sociable, aunque tampoco es que fuera la alegría de la huerta.

De esta guisa, salió la comitiva de la estación a buscar el coche, que Mamen había aparcado donde pudo, y pusieron rumbo a Carmona.

Todos los años, desde que las hermanas residían fuera de la casa familiar, acudían sin falta al cumpleaños de su padre. Si no el mismo día, como era el caso, lo hacían en el fin de semana que le precediera. El viaje fue monótono, el esfuerzo de Mamen por mantener una conversación más o menos fluida con los recién llegados, era del todo infructuoso; apenas podía sacarles alguna frase corta y muchos monosílabos, todo esto, ante la mirada burlona de José que, de vez en cuando, le daba unas palmaditas de ánimo en la mano aprovechando los cambios de marcha.

“Nada ha cambiado, todo sigue igual” —pensaba José, ensimismado. El mismo ritual. Y él seguía allí, sintiéndose el eterno convidado de piedra, soportando la sonrisa hipócrita de su madre, los besos, y los halagos que ésta le profesaba a Mamen. Esa frase de “qué buena pareja hacéis”, esa complicidad con doña Esperanza, a la que también le faltaba un hervor, pero bueno, se resignaba, era un año más. ¡Por fin se divisaba Carmona! ¡Qué media hora más larga! —se decía a sí mismo, mientras admiraba su bonito pueblo.

(Realmente, un pueblo precioso donde los haya, con un patrimonio histórico y artístico de gran interés cultural).

—Recogemos a tu madre, ¿no?

—No, Mamen, mi madre está en tu casa desde las doce por lo menos.

—Entonces vamos directos —resolvió Mamen.

Recorrieron las estrechas calles del casco antiguo hasta llegar a una casa grande de dos plantas, flanqueada por dos macetones de abetos enanos que enmarcaban una cancela de hierro con

filigranas de bronce y cristal impoluto. En el lateral derecho, remachada a la pared, había una placa muy pulida del mismo metal donde se podía leer: “Pedro de la Vega Conde, Notario”. (Por la gracia de dios) — que añadía José, bajito, con sarcástica solemnidad, cada vez que leía la placa, mientras Mamen le atizaba el codazo correspondiente.

—¡Ya están aquí! —gritaba doña Esperanza con voz animada, coreada por doña Mercedes, mientras activaba el mando de la cochera y esperaban impacientes delante de la puerta mientras se abría.

—¡Míralas! Nada, que no se quitan de delante, cualquier día las atropello a las dos — protestaba Mamen.

—¡Uy, qué lástima! —decía José, tapándose la cara con ambas manos.

—¡José, por dios! —le espetaba con risa nerviosa su amiga.

El comentario hizo dibujar un amago de sonrisa en el rostro de Esperanza, mientras Jesús los miraba sin encontrar la gracia por ningún lado, claro que el hombre era castellano y no terminaba de entender el, a veces, un poquito macabro humor andaluz. Se apearon del vehículo y comenzaron a saludar a las dos mujeres, cuando ya creían haber terminado la batería de besos sonoros y reiterativos apareció Rosario, la tata de toda la vida que ya sólo se ocupaba de la cocina, pues la mujer se negaba a jubilarse aunque ya tenía sesenta y muchos. Era delgada, no muy alta, de mirada limpia y, su pelo, ahora gris, descansaba recogido en la nuca en un moño retorcido. Era considerada por todos una más de la familia, no conocía otra vida que aquella, y quería a esas niñas como si fuera su propia abuela. Apenas tenía familia, sólo un sobrino que venía un par de veces al año. Ella era consciente de que ya estaba muy menguada, aunque, de todas formas, había puesto el grito en el cielo cuando los señores contrataron a María, una joven muchacha muy dispuesta, para que la ayudara con el resto de la casa. Con esta nueva aparición, comenzaron de nuevo los achuchones y besos descontrolados.

¡Por fin! Salieron de la cochera por una puerta lateral que daba al pasillo y llegaron al salón, una habitación amplia y acogedora con una importante chimenea. Delante del hogar estaba sentado don Pedro, mirando el reloj con impaciencia.

—¡Menos mal! Creí que almorzábamos en la cochera, ¡qué barbaridad! —decía moviendo la cabeza.

—Hola, papá. Pero qué requeteguapo estás, felicidades.

—Anda, Mamen, no seas zalamera y dale un beso a tu padre —decía mientras sonreía con satisfacción. Mamen era la niña de sus ojos desde que nació.

—Felicidades, papá. Felicidades, suegro —saludaron los doctores.

—Gracias, hijos. ¿Qué tal, José?

—Felicidades, don Pedro —dijo José, estrechándole la mano.

—Gracias, gracias a todos. ¡Esperanza, ese aperitivo!, que a este paso comemos a las tantas — apresuró don Pedro a su mujer.

Tomaron el aperitivo y pasaron al comedor, una primorosa mesa a la que no le faltaba detalle

les esperaba. El almuerzo transcurrió como cada año. Doña Esperanza sin dejar de preguntar, sugerir e indagar sobre la vida de sus hijas y, por añadidura, en la de José y su yerno mientras, Rosario, que se levantaba y se sentaba como un tentetieso, traía a la pobre María “frita”, dándole órdenes sin parar, con auténtico rigor castrense. Terminada la comida, volvieron al salón donde se partiría la tarta y se servirían los cafés y las copas y, llegados a este punto, se haría entrega de los regalos. Éstas eran las normas de la casa, que se seguían a rajatabla pasara lo que pasara. Los regalos parecieron ser del gusto del anfitrión, especialmente las plumas que don Pedro examinó minuciosamente con la lupa que hizo traer de su despacho. También celebró mucho la caja de habanos de doña Mercedes, aunque Esperanza y Jesús la miraban como si de una caja de cicuta se tratara. Los demás eran, sobre todo, cosas prácticas, un batín de seda, camisas, y corbatas.

La sobremesa, aunque algo larga, había concluido. Mamen le propuso a José salir a dar una vuelta, más que nada, por despejarse un poco de tanto calor familiar y, de paso, para que su hermana disfrutara de los papás, ya que venía en tan pocas ocasiones. José aceptó ya antes de que terminara de formular la propuesta su amiga.

—Doña Mercedes, ¿la dejamos en casa?

—No, hija, no os molestéis. Ya me marchó yo andando —dijo con resignación cristiana.

—De ninguna manera, la llevamos, de todas formas pensaba coger el coche —dijo Mamen. La dejaron en su casa, que estaba relativamente cerca, y aparcaron antes de llegar al centro.

Era agradable pasear por las calles, saludar a la gente, a la que no veían hacía tiempo, enterarse de todos los chismes nuevos y, sobre todo, tomar una copa en la cafetería o pub de moda por donde pasarían muchos antiguos amigos.

Cuando Mamen llegó a casa después de dejar a José eran casi las nueve, tenía el tiempo justo para asearse un poco y bajar a cenar.

—¡Hija, qué tarde vienes! Sabes que a tu padre no le gusta cenar fuera de hora.

—Sí, mamá, perdona. Es que nos hemos puesto a charlar y no me he dado cuenta de la hora.

La cena fue ligera, afortunadamente. Después de un rato, don Pedro anunció que se retiraba, no sin antes recordarles que a las diez y media de la mañana se saldría de casa para ir a la Iglesia de San Pedro a escuchar la santa misa de once y que, por favor, no se retrasara nadie. Con esta advertencia, se despidió.

Mamen, que no veía el momento de quedarse a solas, no dudó en apuntarse al carro y también se retiró, subió las escaleras y fue directamente a su antigua habitación. Revoloteó los zapatos y se tiró en la cama con el móvil en la mano.

—Hola Carlos, ¿qué tal el día?

—Hola cariño, agotado...estoy agotado, ¿y tú qué tal?

—Yo también he tenido lo mío, lo que viene siendo una buena paliza familiar, ¿qué haces?

—Pues acabo de preparar la cena y, en cuanto cenemos, nos vamos a meter en la cama. ¡Tengo un hijo incansable!

—Normal, con esa edad... Bueno, os dejo cenar tranquilos. Te he echado mucho de menos.

—Yo también, un beso.

—Otro para ti, que descanséis.

Qué sensación tan agradable le invadía, se sentía feliz y completa; aunque por un momento le asomó la inquietud, no sabía cómo se iba a tomar su familia que el hombre de su vida fuera divorciado y tuviera un hijo. No quería pensar en ello por ahora, lo más prudente sería no decir “esta boca es mía” y seguir como siempre, a pesar de sentirse una persona distinta y a pesar de quererlo gritar a los cuatro vientos. Inmersa en estos pensamientos, pasó por el baño, se puso el pijama y se quedó profundamente dormida.

Se levantó temprano como de costumbre, con la necesidad imperiosa de tomar un café, y bajó a la cocina en pijama. Sabía que Rosario ya llevaría un buen rato en los fogones.

—Buenos días, tata.

—Buenos días, niña. Anda, siéntate, que te pongo el café ahora mismito.

Ambas se besaron con cariño. Mamen se sentó en la mesa camilla mientras la tata le ponía por delante una humeante taza de café, ella se sirvió otra y se sentó a su vera, esto alertó a Mamen, pues sabía que iba a ser sometida a interrogatorio exhaustivo. Y, efectivamente, no se equivocaba. Conocía tan bien a Rosario como Rosario la conocía a ella. No habían pasado ni diez segundos, cuando...

—Venga, niña, cuéntale a tu tata cómo te van las cosas por la capital.

—Pues bien, todo bien, muy liada con el trabajo y con los estudios. Como siempre, ya sabes.

—Ya, ya sé, pero y... ¿de lo otro?

—¿Qué es “lo otro”>? —preguntó Mamen, alarmadísima.

—Pues, hija, qué va ser, que ya tienes unos añitos y que el arroz se te pasa. Vale que aquí lo de José y tú se dé por hecho, pero yo te conozco como si te hubiera parido y a José sabes que lo quiero muchísimo, que es una bellísima persona, pero tú y yo, además de medio pueblo, sabemos que es “de la cáscara amarga” y en Sevilla será de otra manera. Me imagino que tendrás más amigos, alguno especial, de esos que se lleva ahora, ya me entiendes, algo habrá, ¿no? Y, además, que desde que llegaste ayer te veo más guapa, más contenta, ¡mira! No sé lo que es, pero te sienta muy bien.

La voz de doña Esperanza llamando a Rosario desde el pasillo interrumpió el tercer grado. Rosario se levantó y salió al encuentro de su señora, Mamen aprovechó la coyuntura para salir por patas de la cocina.

—Buenos días, mamá, subo a ducharme, dile a papá que nos vemos en la iglesia. Yo he quedado en recoger a José y a su madre.

—Me parece bien, hija, pero no lleguéis tarde. Ya sabes cómo se pone tu padre.

Mamen en su habitación sonreía pensando en la tata. Ciertamente, era la única persona que se enteraba de algo en esa casa, los demás vivían en otra época, quizás, en otra dimensión. Su padre,

con la dictadura del reloj que en los últimos años se había hecho crónica y, su madre, con la sola preocupación de no llegar tarde a ningún sitio.

Poco antes de las diez salía de la cochera dirigiéndose a casa de José, que la esperaba en el portal. Cuando la vio llegar, le vociferó a su madre que en media hora la recogerían. Se subieron al coche y aparcaron en la puerta de un bar cercano, pidieron café y tostadas en la barra y se sentaron en una mesa. Ésta era la coartada perfecta que habían ideado desde que eran unos adolescentes. Los domingos por la mañana, cuando iban a oír la solemne misa de las once, para no tener que dar explicaciones cuando la familia al completo, incluida doña Mercedes, posaba las miradas inquisidoras sobre ellos al iniciar el paseillo de la sagrada comunión; simplemente echaban el aliento y todos estaban de acuerdo en que era del todo irreverente tomar el cuerpo de Cristo oliendo a manteca “colorá”. Era una pequeña diablura que a ellos les divertía sobremanera, amén que resultaba bastante efectiva.

Llegaron a la Iglesia de San Pedro, ubicada fuera del casco antiguo, frente al Alcázar.

(Iglesia monumental del siglo XV, barroca, de origen mudéjar. Su torre campanario guarda gran similitud con la Giralda de Sevilla, de ahí que se conozca popularmente como “La Giraldilla”).

Esperaron unos minutos hasta estar todos y entraron en el recinto con recogimiento y recato, como la ocasión requería. Si larga fue la misa, más largos fueron los saludos y, sobre todo, la parrafada que se marcó don Pedro con el párroco don Antón, confesor y amigo de la familia, que había oficiado su boda, bautizado a las niñas, casado a Esperanza y Jesús, e incluso renovados los votos de don Pedro y señora en sus bodas de plata. En fin, lo que viene siendo un cura de cabecera.

Entre una cosa y otra se había hecho tarde, pues don Pedro, ante la única persona que no miraba el reloj, era don Antón. Hicieron el mismo recorrido a la inversa, comieron algo ligero con la desaprobación de Rosario, y salieron para Santa Justa, donde dejaron a Esperanza y Jesús.

Mamen llegó por fin a su querido estudio, después de dejar a José en el Parque Amate a pocos metros de su calle, que era dirección en un sólo sentido y le hacía dar mucha vuelta. José compartía piso con dos compañeras, muy cerca del instituto donde trabajaba. Se puso cómoda, encendió la tele y esperó la llamada de Carlos, que lo haría cuando dejara a Miguel en casa.

A la mañana siguiente y, sin noticias de Carlos, se encaminó a la Universidad. Fue una jornada como cualquier otra, aunque más de un compañero y algún alumno le había preguntado si le pasaba algo, cosa que ella negaba con una sonrisa; pero sí que le pasaba algo, las dos veces que llamó a Carlos tenía el teléfono apagado, y estaba preocupada. Concluyó la jornada y se volvió a casa. Antes de llegar, en la misma esquina, divisó a Carlos, quien parecía que la estaba esperando. Tenía aspecto de cansado y algo desaliñado, cosa rara en él. Apresuró el paso y lo besó. Él la tomó por los hombros y la condujo a su portal sin haber dicho una palabra. Una vez en el ascensor, Mamen le preguntó y él contestó con voz seca que tenía un problema. Cuando llegaron, se dejó caer en el sofá visiblemente afectado. Mamen se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Carlos, me estás asustando, ¿qué problema tienes?

Él se incorporó restregándose las manos por la cara. Nervioso, se aclaró la voz y dijo:

“Anoche cuando dejé al niño me estaba esperando mi ex suegro. Con cara de pocos amigos, me pidió las llaves del coche, yo no entendía nada, y así se lo dije, él ni me contestó. Simplemente, me dijo que el coche lo había comprado su hija y era de ella, intenté hablarlo pero fue imposible, me las quitó de las manos de un manotazo y se marchó con Miguel, el pobre me miraba con cara asustado mientras su abuelo se lo llevaba casi a rastras”.

—¿Y es verdad, el coche es de ella? —preguntó Mamen.

—Sí, es una verdad a medias. Nosotros nos casamos en sociedad de gananciales y tenemos cuentas separadas por razones laborales, los dos estamos autorizados en ambas cuentas. Ella compró el coche de mutuo acuerdo porque en ese momento yo estaba invirtiendo mucho dinero en la rehabilitación de Redes; pero los abogados, ni el suyo ni el mío han dicho nada sobre este tema. Es más, el coche se compró hace un par de años, precisamente para poder desplazarme a Málaga cuando Emiliano, mi ex suegro, adquirió el hotel de Málaga que tantos quebraderos de cabeza está dando, no sé, me he llevado toda la noche dándole vueltas a la cabeza, pues mañana a primera hora tengo una reunión importante en Málaga, incluso he pensado que lo esté haciendo para que yo incumpla mi trabajo y echarme a la calle como a un perro. Aunque una cosa te digo, mañana estoy yo en Málaga, aunque me tenga que ir esta noche en tren.

—¡No, hombre! Por eso no te preocupes, te llevas el mío, yo no lo saco apenas y está ahí muerto de risa, lo más lejos que voy es a Carmona. Tranquilízate, cariño, y pon este incidente en manos de tu abogado, que seguro que te da una solución. Mientras, puedes disponer de mi coche el tiempo que te haga falta. Voy a preparar algo y almorzaremos aquí, ya verás como todo se arregla —lo animó Mamen.

Carlos se levantó y, tomándola por la cintura, la besó largamente. “Siento de veras implicarte en mis problemas, ahora no tocaba esto, ahora es tiempo de amarnos, de disfrutar de nuestros cuerpos y de vivir estos maravillosos momentos tranquilos, sin nubes negras en nuestro cielo”. Su voz era suave como un quejido lastimero, dejándose caer en cada palabra, como si su acento fuera más argentino que nunca, mientras acariciaba su pelo, su espalda, todo su ser. Mamen flotaba de felicidad en su diminuta cocina intentando torpemente preparar algo comestible para ese hombre fantástico que el destino le había regalado.

Más tarde, cuando el sopor de la comida había pasado y Carlos se sentía reconfortado, bajaron al garaje. Ella le indicó el coche, un Peugeot 308 blanco prácticamente nuevo, le dio las llaves, y accionó el mando de la puerta hasta que lo vio salir. Cerró y pensó con el mando en la mano que se lo podría haber dado para cuando volviera, pero estaba tan alelada que no se le ocurrió en el momento; subió con el corazón desasegado por tantas vicisitudes por las que pasaba Carlos. Recogió la cocina y se sentó en su escritorio sin ánimo de ponerse a corregir parciales, pero el trabajo era el trabajo, así que tiró de su aliado el café y se puso manos a la obra.

La semana transcurría como siempre, de casa al trabajo y del trabajo a casa, excepto algún día salpicado que acudía a la Universidad por la tarde si había algún seminario de interés. Carlos la llamaba a diario, agobiado porque su estancia en Málaga se dilataba más de lo que había supuesto en un principio, se sentía culpable por haberla dejado sin coche, pero lo que peor llevaba era no poder estar con ella. Volvió el viernes para pasar el fin de semana juntos y volvió a marcharse el domingo por la noche, porque lo del hotel era un embrollo de padre y muy señor mío; claro que toda la culpa era de Emiliano, que por ahorrarse dos euros contrataba personal sin cualificación

alguna, y eso ya era un problema en sí.

A principios de marzo, Carlos ya estaba en Sevilla. La relación se había vuelto más hermética, apenas salían, y era Mamen la que acudía a su casa asiduamente. Él le decía que no estaba de humor para ver a nadie, lo que realmente le apetecía era estar en casa, tomar algo, charlar, y hacer el amor con la mujer de su vida. Seguía con el coche, pues el abogado le había dicho que no había nada que hacer al respecto, pero ahora tenía otro problema mucho mayor. Emiliano lo había despedido, no era un despido en sí —le explicó, destrozado y con lágrimas en los ojos—, su contrato había expirado y su ex suegro no se lo renovaba así que se quedaba en la calle con un finiquito ridículo. Mamen intentaba consolarlo diciéndole que no estaba sólo, que la tenía a ella y que le ayudaría en lo que fuera necesario. Se le partía el alma al verlo tan hundido.

—¿No lo entiendes? Tengo deudas, Mamen, esta casa cuesta mucho dinero mantenerla, tengo un hijo al que le pago manutención, que es mi garantía para seguir viéndolo. Voy a poner la casa en venta, que es lo puedo hacer, pero no se va a vender mañana, esto requiere su tiempo. El banco no me concede hipoteca sin nómina, ni créditos, ni nada; estoy en números rojos, mi vida se desploma, y no quiero arrastrarte conmigo. He pensado —dijo— que lo dejemos por un tiempo hasta que sea capaz de enderezar mi vida.

—¿Pero qué tontería estás diciendo? Déjame ayudarte, tus problemas son los míos, queremos compartir la vida juntos, nos queremos, quiero y puedo ayudarte, es un préstamo. Cuando se venda la casa me lo devuelves, dime cuánto necesitas y te hago una transferencia ahora mismo —le apremió Mamen.

—No, mi amor, el dinero me lo tienes que dar en efectivo, no puede pasar por el banco y, además, es mucho dinero. Por lo pronto necesito seis mil euros, lo antes posible. ¿Estás segura de que me puedes dejar esa cantidad?

—Sin problemas, mañana me acerco al banco por la mañana y te lo traigo por la tarde.

—Gracias, cariño, me acabas de salvar la vida. Pero será mejor que te acompañe al banco, no quiero que lleves tanto dinero encima.

Mamen aceptó encantada. Carlos atendió una llamada telefónica sin soltarle la cintura, por donde la tenía asida.

—No, por la tarde no vengas, prefiero que lo hagas el viernes a la hora de siempre. No te preocupes, seguro que no será nada, adiós Luisa, adiós.

—¿Qué le pasa a Luisa?

—Que no puede venir el jueves, tiene que acompañar a su madre al médico, vendrá el viernes.

Luisa era una señora de mediana edad que se ocupaba de la casa, venía dos veces en semana, lunes y jueves. Prácticamente no se veían, a no ser que Carlos saliera después de las ocho de la mañana. Se comunicaban por notas y le dejaba el jornal encima de la mesa, ella cobraba por días, era una mujer muy eficiente y formal en su trabajo que a excepción de hoy nunca lo había llamado ni había hecho cambios en su rutina.

Por la mañana, Carlos estaba a primera hora en la puerta del banco. Se quedó allí mientras Mamen hacía la operación, cuando ésta salió le dio un sobre. Se despidieron, y Mamen marchó

para la Universidad.

Hacia unos días que no hablaba con José, últimamente se veían poco. Pensaba aprovechar este fin de semana que a Carlos le tocaba estar con Miguel para quedar.

A primera hora de la tarde, José la llamó, tildándola de “descastá”, que era su calificativo preferido.

—Hola José, esto debe ser algo telepático, iba a llamarte ahora mismo. ¿Tienes planes para el sábado?

—¡Pues va a ser que sí! He conocido a alguien y nos vamos de “sábado noche”.

—¡No me digas! Cuenta, cuenta.

—Se llama Ismael, lo conocía del gimnasio, porque está que te mueres y, claro, ya me había fijado en él. Habíamos hablado en alguna ocasión, ya sabes, cosas intrascendentes, pero hija, la semana pasada me entró a saco y me dijo que le gustaría conocerme mejor y ahí andamos.

—Eso me lo tienes que contar con detalles, como tú dices.

—Nos podemos ver el sábado a mediodía, comemos, y nos ponemos al corriente. ¿Te parece?

—Me parece, te espero en casa pues, un beso —dijo Mamen.

—Un beso, guapa.

Mamen ya veía a su amigo atacado de los nervios, con esa cara de pánfilo que se le ponía cuando algún hombre entraba en su vida. No es que fueran muchos, pero en lo que iba de año éste era el tercero, tampoco es que le duraran, un par de semanas el que más. Ojalá éste fuera distinto, José se merecía ser feliz.

La tarde del viernes cuando se disponía salir para casa de Carlos, éste la llamó porque le había surgido un imprevisto. Lo habían llamado de la inmobiliaria, había una persona interesada en la compra de la casa, ya la conocía y quería hacerle una oferta personalmente, de manera que había quedado con el posible cliente para negociar y no podía precisar qué tiempo le llevaría, así que la llamaría para tenerla al corriente de las novedades, si es que las había.

Pasó toda la tarde en casa, intentó estudiar un poco, pero no lograba concentrarse. Vio una película en la tele de la que tampoco se enteró muy bien; estaba nerviosa, ávida de noticias, y pendiente del teléfono. Decidió cenar pronto y meterse en la cama con una infusión de tila y el libro de mesilla. Ya bien entrada la noche, se quedó dormida sin que la esperada llamada se produjera.

Por la mañana, Mamen esperó a una hora prudente y lo llamó, contestando con voz ronca y somnolienta.

—Perdona cariño, pero me acosté tardísimo, estuvimos hasta las tantas hablando, ya te contaré más despacio. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto —contestó Mamen.

—¡Qué tarde, qué tarde! ¡Menos mal que has llamado! He quedado en recoger al niño a las diez

y media, lo siento cariño, pero te tengo que dejar.

—Un beso, mi amor.

—Pues qué bien —musitó ligeramente cabreada Mamen, soltando el móvil en la mesa. Se preparó otro café, y se sentó en su ventanal a mirar el ambiente de la calle. “Esta panorámica me levanta el ánimo”, pensó, permaneciendo allí un largo rato. Luego, ordenó un poco la casa, y se metió en la ducha. Salió en bata, dispuso sobre la cama el atuendo que se pondría más tarde, y leyó la prensa en el ordenador. Sonó el interfono justo al terminar de vestirse.

—¡Bajo! —contestó, sin esperar respuesta.

—Hola, ¡morenaza! Pero qué guapa te has puesto, ¿no?

—Con los ojos con los que tú me miras —le contestó, abrazándolo. Vamos a la bodeguita de la esquina a tomar la primera —se enganchó a su brazo, y empezaron a andar.

—Venga, cuenta —le dijo ya en la puerta, Mamen.

—Espera que lleguemos y nos sentemos, que nos van a quitar la mesa que hay libre. Siéntate tú, reina mora, que yo pido. Mamen se sentó en un taburete, en una de esas mesas altas de diámetro pequeño propias de marisquerías y bodegas. José vino en seguida con dos cañas y haciendo equilibrio con un platillo de altramuces sobre los vasos.

—¡Venga, empieza! Que me tienes en ascuas —apremió Mamen, curiosa.

—Se llama Ismael como ya te dije, es de Santander, abogado laboralista, lleva un año en Sevilla y trabaja en un importante sindicato tres días a la semana. También hace turno de oficio en los Juzgados y atiende en su casa. Es guapísimo, alto y fuerte, ¡un tipazo! Tiene los ojos negros, el pelo muy rizado y unos labios carnosos que te mueres.

—¡Vamos, lo que se dice un chicarrón del norte! —exclamó Mamen, entusiasmada.

—Verás, más que chicarrón yo diría chicharrón, pues no te he dicho que es mulato —dijo José, observando la cara de su amiga.

A Mamen la pilló con un buche de cerveza en la boca que se la espurreó a José en plena cara — éste dio un brinco a la vez que tirando de servilletas gritaba “¡guarra, guarra! ¡Mira cómo me has puesto!”.

—Lo siento, de verdad, lo siento —se disculpaba Mamen sin poder dejar de reírse—. No te preocupes, la cerveza no mancha.

—No mancha, pero moja, ¡guapa! —le espetaba José, limpiándose.

—¿Te imaginas “el parraque” que le daría a mi madre? Hombre, mulato y rojo; claro que no se va a enterar, pues casi “ná” es doña Mercedes, beata y mártir — seguía diciendo metido en faena, mientras hacía espavientos remedando a su madre.

—Por favor —le suplicaba Mamen—, cállate un ratito, que me duele estómago de reírme.

—Mira, voy a pagar y nos vamos, que luego soy yo el escandaloso, ¡que la has montado buena! Con aspensor incluido, ¡menudo pestazo llevo a cerveza!

Salieron del local y fueron dando un paseo hasta los Jardines del Prado. Entraron en un restaurante vasco que a Mamen le encantaba, pidieron mesa para dos, y se acomodaron. Hablaron de Ismael, de lo bien que habían congeniado, de lo que se reían juntos, de lo especial que era. José estaba convencido de que esta vez sería la definitiva. Se había enamorado por fin.

Cuando le llegó el turno a Mamen, le contó todas las peripecias que le estaban pasando a Carlos, José asentía con cara de circunstancia, hasta que Mamen llegó a los seis mil euros que le había prestado. En ese momento, José, como si le hubieran tocado en un resorte, se puso tenso, le habían saltado de golpe todas las alarmas.

—Pero Mamen, ¡criatura! Eso es mucho dinero, ¿cómo se te ocurre? Apenas lo conoces, sabes lo que él te cuenta... ¡si apenas lleváis tres meses de relación!

—Yo me fío de él. Me quiere, José, yo sé que me quiere. Y lo está pasado muy mal, me trata como a una reina.

—¡Coño! Te trata como una reina, ¿o se ha creído que lo eres? Mira yo sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero a mí todo este drama me parece muy raro, esta historia me parece sacada de un folletín. Es el hombre sombra, la única persona que lo conoce es tu amiga “la purísima” y sabes que no la tengo por trigo limpio. Piensa, Mamen, ¿cuántas veces hemos quedado para conocernos, tres...cuatro? Y nada, no ha habido manera, si no por una cosa por otra, ¡joder! Si no consiente que le haga una foto con el móvil, al menos para ponerle cara. Y ahora encima no salís de su casa, no os relacionáis con nadie, no conoces absolutamente nada de su entorno. Mira, ojalá me equivoque, pero esto está tomando muy mal cariz.

—No, José, es un hombre maravilloso. Además, él no me ha pedido nada, se lo he ofrecido yo, y le ha costado trabajo aceptarlo. Es una buena persona, créeme, lo que pasa es que se le ha venido encima un cúmulo de cosas que lo han superado. Ponte en su lugar, lo ha perdido todo; su mujer, su trabajo, y puede perder a su hijo si no paga la manutención. Puede ir incluso a la cárcel, y quiere a ese niño con verdadera pasión. Ha tenido mala suerte, eso es todo. Tenía que echarle una mano y lo he hecho.

Con estas palabras Mamen puso punto final al tema pasando a otros asuntos más triviales. José sabía que era inútil insistir pues no conseguiría otra cosa que cabrearla y que se cerrara en banda, aunque lo había preocupado en gordo.

El domingo amaneció lluvioso, un cielo completamente gris cubría la mañana. Parecía como si la climatología se hubiera solidarizado con su estado de ánimo; estaba triste, incluso melancólica. Las palabras de José, tan indignado, no habían caído en saco roto. Pocas veces lo había visto tan preocupado por ella. Había pasado mala noche y, aunque se negaba a pensar que podía haber pecado de ingenua, en su interior sentía un pellizco de angustia que no podía calmar.

Pensaba en su familia. Su madre, con quien hablaba de vez en cuando y a la que mentía con frecuencia para justificar que ya no iba tan a menudo como antes; pero ahora no podía, no hasta que las cosas se calmaran, hasta que ella misma se calmara y estableciera un nuevo orden de prioridades que le ayudara a sentirse mejor. Le vino a la cabeza que aún no había organizado el grupo de escalada de Semana Santa, todavía nadie le había dicho nada, aunque a la fecha que estábamos ya tendría que tener algo preparado. No podía aplazarlo por más tiempo, mañana sin falta se pondría a ello, aunque maldita la gana que tenía ahora de pensar en arneses y

mosquetones, pero no quería decepcionar al grupo.

Por la tarde llamó Carlos más temprano de lo que esperaba. Le dijo que se encontraba mal, que había pillado un buen enfriamiento, o quizás un virus. Había dejado a Miguel en casa de los abuelos y se metía en la cama, había tomado un analgésico y lo que le apetecía era dormir. Mamen, preocupada, se ofreció a cuidarlo, pero el declinó la oferta argumentando que Luisa vendría por la mañana y, de encontrarse peor, llamaría al médico. —No te preocupes, mi amor — le dijo, con voz tomada. Mamen aceptó a regañadientes, no sin antes hacerle prometer que la llamaría si la necesitaba.

La fugaz enfermedad de Carlos duró apenas un día, reanudando su peculiar noviazgo de clausura, al que Mamen parecía haberse acostumbrado. Para ella, era algo natural teniendo en cuenta por las dificultades que Carlos atravesaba. No podía imaginar el desconsuelo que un padre como él podría sentir pensando que podría perder el cariño de su hijo. Al fin y al cabo, sólo tenía cinco años, y a esa edad era totalmente vulnerable, seguramente se adaptaría a su nueva familia con la naturalidad con la que sólo un niño sabe hacer.

La relación de José e Ismael se consolidaba, habían decidido vivir juntos. Para ello, José se trasladó al apartamento que Ismael tenía alquilado, en una calle peatonal aledaña a Luis Montoto. Era un apartamento con dos dormitorios moderno y funcional donde Ismael tenía su despacho profesional. Los días pasaban con rapidez, los turnos de Ismael en los Juzgados traían por la calle de la amargura a José, a quien siempre le parecía poco el tiempo que estaban juntos. Los fines de semana que el trabajo se lo permitía, salían con amigos y amigas de Ismael, que tenía muchos, a pesar del poco tiempo que llevaba en Sevilla. Cuando volvían a casa, permanecían hablando prácticamente hasta que salía el sol, una de esas noches Ismael le narró la historia de su familia, sentía la necesidad de que José la conociera.

Eran tiempos difíciles —dijo—. Corrían los años setenta, un joven ingeniero naval Ignacio Aramburu, mi padre, dejó su Santander natal para incorporarse a una importante naviera inglesa establecida en Ciudad del Cabo (Sudáfrica). Era un hombre corpulento de carácter afable y tranquilo que no pasaba desapercibido por su cara pecosa y su pelo color zanahoria, recuerdo de sus ancestros irlandeses por parte de su abuela paterna. Al poco de llegar, conoció a la mujer más bella que había visto nunca, Lula, mi madre. Al principio, ella se mostraba muy reacia y desconfiada, pero la constancia de mi padre la hizo cambiar de opinión e incluso llegó a confesarle, pasado un tiempo, que se había enamorado de él a primera vista, así que el flechazo fue mutuo. En ese momento, Ciudad del Cabo era un hervidero, el apartheid impuesto por la minoría blanca vivía sus momentos más álgidos. El sueño de mi madre era ser traductora, para lo que se había preparado a conciencia, hablaba inglés, francés, y español, además de afrikáans, su lengua materna —una mezcla de holandés e inglés—. En esos años, era imposible que una mujer negra accediera a un puesto de trabajo que no fuera manual o de servicio doméstico. Todo lo demás, estaba reservado exclusivamente a blancos, por muy preparada que estuviera. Pero, en cierto modo, ella tuvo suerte y fue contratada en la empresa donde trabajaba mi padre, por supuesto no con su categoría profesional, aunque la desempeñara extraoficialmente, sino como una especie de asistenta nativa dedicada a recoger las chaquetas, servir el té, y hacerle la vida cómoda a jefes e invitados. Aunque ni esto hubiera sido posible de no ser una mujer espectacularmente bella, que la empresa exhibía como una pura sangre totalmente domada con un sueldo irrisorio pero muy superior al de un hombre negro. Mantuvieron su noviazgo en secreto

hasta que mi madre se quedó embarazada. Mi padre sólo vivía buscando la manera de traérsela a España y casarse, allí nunca habría podido reconocer un hijo mulato. Pero en 1976, este país estaba en plena transición y no le daba suficiente garantía poder celebrar un matrimonio civil sin mucho papeleo. Tenía unos amigos ingleses, un matrimonio con dos hijos que volvían a Inglaterra por razones personales, mi padre habló con ellos y les contó su urgencia por sacar a Lula de allí. El matrimonio se portó muy bien e incluso propusieron ir directamente a Francia, donde sería mejor celebrar la boda. Ellos mismos actuarían de testigos, pasarían unos días en la ciudad de la luz reanudando el viaje a Inglaterra más tarde y mis padres, una vez casados, a España.

Para que este plan tuviera éxito, mi madre tenía que viajar como la niñera del matrimonio. Se ocuparon de los trámites, que consistían en una especie de albarán donde se especificaba los bienes con los que la familia viajaba y, al final del documento, se incluía el nombre de mi madre, su fecha y lugar de nacimiento y, en letras rojas, “servicio doméstico”. Todo salió bien, pero a mi madre, el viaje en barco unido al estrés le provocó una amenaza de aborto, así que la luna de miel la pasaron en París, en reposo absoluto durante tres meses. Pasado el susto, pudieron llegar a Santander, donde yo nací felizmente. Viven en la costa porque mi madre necesita tener el mar cerca. Cuando yo era pequeño, me decía:

“¿Ves ese océano? Es el mismo que llega a mi tierra y, cuando lo hace, allí lo espera el mismo océano que tiene otro nombre, Índico, y se funden en un abrazo que los convierte en enamorados, eso fue lo que nos pasó a papá y a mí”.

José escuchaba la historia tirando de clínex, hasta que terminó con la caja y fue al baño a por un rollo de papel higiénico que puso encima de la mesa para poder seguir llorando a moco tendido, sin poder dejar de hacerlo, el relato le había encogido el alma. Era la historia de amor más bonita que había escuchado nunca y, en la voz de Ismael, llegaba a ser sublime. Esa mañana durmió abrazado a él.

Llevaba una semana sin noticias de Mamen, últimamente no le contestaba las llamadas y estaba preocupado, habló con Ismael para saber cómo estaba de trabajo el sábado, y si le apetecía que quedaran con Mamen. Ismael no puso objeción alguna, incluso le pareció buena idea, le caía muy bien y sabía lo preocupado que estaba José por ella.

—Hola, Mamen, ¿dónde te metes?

—Hola —contestó con voz apagada—, estoy en casa, ultimando lo del grupo de escalada, se me han caído dos, ¿os apuntáis?

—Yo, ya te digo que ni loco, y a Ismael se lo preguntas tú el sábado, que para eso te llamo. Según mi plantilla a ese novio tuyo le toca niño, así que, ¿nos vamos de juerga los tres?

—Pues no te digo que no, hace tiempo que no me río, y eso contigo lo tengo asegurado.

—Nos vemos a mediodía y hasta que el cuerpo aguante, te recogemos sobre la una, ¿vale? Adiós, bonita.

—Adiós, guapo —se despidió Mamen.

Mamen apagó el teléfono y se desplomó literalmente sobre el escritorio comenzando a llorar amargamente, las cosas no estaban bien con Carlos. En las últimas semanas había experimentado

un gran cambio, se mostraba sin interés nada de lo que ella decía le parecía bien, e incluso la había rehuido alguna vez en la que ella se mostraba cariñosa.

Hacia unos días le había vuelto a dejar dinero, pero, esta vez, se lo había pedido sin que ella se lo ofreciera y se había contrariado al decirle que no disponía de más efectivo que los cuatro mil euros que le entregaba porque no se podía quedar con la cuenta a cero. A partir de ese momento, él pretextaba cualquier cosa para no estar juntos, por esa razón ella no le devolvía las llamadas a José. Le daba vergüenza que su amigo se enterara del particular infierno que estaba pasando y, sobre todo, enfrentarse al “ya te lo dije” que estaba segura que le iba a contestar. A pesar de no tener el ánimo para escalada, sabía que unos días lejos de allí le vendrían bien, podría ver el problema con perspectiva y buscar alguna explicación que no fuera la que se temía, se pretendía engañar a sí misma y lo peor es que lo sabía. El viernes por la noche lo llamó varias veces, no lo veía desde el martes, pero no contestó.

El sábado a mediodía llegaron José e Ismael, ella hacía un gran esfuerzo por aparentar normalidad, la cual consiguió pasado un buen rato. Miraba a José, que estaba pletórico, nunca lo había visto tan feliz. Anduvieron por el centro haciendo lo que José denominaba el “viacrucis cervecero”, se reían con sus ocurrencias, especialmente Ismael, que no dejaba de darle achuchones porque era de esos días en los que estaba sembrado. José los arrastró hasta Triana, donde había reservado mesa en una espectacular terraza a orillas del Guadalquivir para comer el famoso “pescaíto frito”, especialidad de ese establecimiento. A Ismael le encantó el sitio y el almuerzo, hablaron de la escapada de Mamen con su grupo de escalada; este año había optado por Jaén, irían al Castillo de Santa Catalina, concretamente al cerro que se levantaba a su falda. A Ismael le sedujo la idea, aunque al conocer la fecha que era desde la tarde del jueves santo hasta el domingo, no le cuadraba porque, justo en esos días, le tenía preparada una sorpresa a José.

—¡Pues buena cosa has hecho! —se reía Mamen mirando la cara de José, que no daba crédito.

—¡Una sorpresa! ¿Cómo una sorpresa? —preguntaba José a Ismael, completamente desatado.

—Una sorpresa —le contestaba con tranquilidad, Ismael.

Mamen intentaba entre risas contarle a Ismael, que lo que acababa de hacer era lo peor que se podía hacer con José, pues la curiosidad de éste era desmesurada y se llevaría preguntándole el tiempo que fuera necesario hasta que él, por puro aburrimiento, se lo dijera.

—¿Oye guapa, tú de qué lado estás? —le espetaba José.

La tarde transcurrió en un ambiente divertido y agradable. A Mamen le sentaron muy bien aquellas horas de asueto, había conseguido dejar de pensar en su problema y se encontraba a gusto y relajada. Era una sensación que José le producía y, ahora, también Ismael. Pensaba en la suerte que habían tenido conociéndose, porque hacían una pareja estupenda y ya era hora de que su amigo realmente viviera su amor sin tapujos, sin que la sombra alargada de su madre pudiera alcanzarlo.

Llegó a casa de noche y cansada, con el estómago inflado. Se tomó una tónica mientras se desvestía, se puso cómoda en su sillón y ojeó una revista, no quería pensar. Quería tener la mente ocupada con cualquier cosa. Habían pasado unos minutos cuando sonó el interfono. Mamen se extrañó. Contestó, pensando que alguien se había equivocado.

—Ábreme, Mamen, soy Carlos.

Mamen, aún más extrañada, abrió el portal, y permaneció con la puerta de la casa abierta hasta que entró.

—¿Qué haces aquí? Te hacía con Miguel.

—Hola cariño —le dijo mientras la besaba—, a Miguel lo he dejado con su madre, no se encontraba bien. Tenía un poco de fiebre y, ya sabes, los niños cuando están malos quieren estar con su madre —contaba Carlos con naturalidad—. He estado hablando con Gema —continuó—, y me ha dicho que ella no sabía nada de lo del coche, que ha sido cosa de su padre y que lo comentaría con él —se sentó en el sofá, y tiró de ella para tenerla a su lado.

—Mamen —empezó a decirle Carlos con voz entrecortada—, siento mucho haberme portado de esta manera contigo. No tengo ningún derecho a tratarte así, pero no quiero que suene a disculpa, es sólo que esta situación me supera y saca lo peor de mí. Eres la persona que más quiero en el mundo, la única que me ayuda. Me estás sacando del apuro en que me encuentro y yo lo que hago es pagar el pato contigo, me siento avergonzado, un auténtico cretino, no me merezco ni que me mires. Perdóname, cariño, perdóname.

Mamen le acarició la cabeza, que había hundido en su pecho. Luego, le besó. Carlos pasó la noche allí e hicieron el amor apasionadamente.

Los días que le sucedieron pasaban como si estuvieran inmersos en una luna de miel. Carlos se mostraba entregado y cariñoso en extremo, a Mamen se le habían disipado todas las dudas e incluso estuvo tentada de hablarle de un depósito a fondo fijo que tenía hacia años, aunque no lo hizo.

Don Pedro, cuando sus hijas se emanciparon, les había dado a ambas una importante suma de dinero para que empezaran sus andaduras personales y profesionales con independencia económica. Mamen, gran parte de esa cantidad, la empleó en comprar el estudio de san Gregorio, guardando lo que le sobró en dicho depósito bancario. También había contratado un fondo de pensiones cuando empezó a trabajar en la Universidad, por consejo de su madre. De manera que, hasta la fecha, vivía con las espaldas cubiertas y desahogadamente con su sueldo de profesora. Y sin deudas.

Comenzó la Semana Santa entre preparativos. Compras de última hora, confirmación de reservas...todo estaba dispuesto. El jueves a las cinco de la tarde salía Mamen con su pequeña expedición hacia Jaén, en total ocho personas. Viajaban en dos coches con los portamaletas a tope de bultos y se dirigían directamente al hotelito rural que ya conocían de una anterior visita a la zona hacía algunos años.

Prácticamente a la misma hora salían José e Ismael de casa rumbo al aeropuerto de Sevilla, Ismael por fin le había desvelado a José en qué consistía la sorpresa. Viajarían a Santander a casa de sus padres para que José conociera a sus futuros suegros.

José se había quedado atónito al enterarse, sentía una mezcla de satisfacción y miedo que lo había dejado mudo, incapaz de articular palabra. En ese estado de “gilipollez” que Ismael le había diagnosticado con bastante acierto, embarcaron. El viaje fue mucho más rápido de lo que José hubiera deseado, aunque tuvo el suficiente tiempo para, sobre todo, tranquilizarse y mostrarle a

Ismael su deseo de conocer a sus padres. Sabía que era un paso importante en su relación y también sabía con la ilusión con la que Ismael lo había preparado todo. Estaban aterrizando en el Seve Ballesteros de Santander, José respiró hondo, se atizó el pelo y dijo en un tono valeroso “¡vamos al toro! ¡Que dios reparta suerte!”. Con esta alusión taurina, descendió por las escalerillas metálicas del avión con garbosos andares, seguido de Ismael, que lo miraba sin dejar de reírse.

—¡Ahí están! —dijo Ismael, levantando el brazo.

A José, el escalofrío que le recorrió el cuerpo ante lo ya inminente le hizo tambalearse, aminoró el paso para que Ismael lo adelantara, fundiéndose en un abrazo con Lula e Ignacio. José permanecía allí de pie, asido a su mochila sin saber muy bien qué hacer hasta que se vio envuelto en los brazos de Lula, que lo besaba con cariño y, seguidamente, su marido que también hizo lo propio. José, bastante más relajado, pudo comprobar lo hermosa que era Lula, indudablemente una mujer espectacular, tal y como la había descrito su hijo, a la que los años parecían no haberla rozado. Ignacio, a pesar de su envergadura, que en un primer momento imponía, era un hombre amable y bonachón, con su peculiar flequillo despeinado color zanahoria que le caía al lado izquierdo de la frente. Ese primer encuentro lo recordaría José hasta el final de sus días.

Llegaron a un piso amplio en pleno paseo marítimo, de estilo ecléctico y muy cuidado, salpicado de recuerdos étnicos que Lula había traído de su tierra. Numerosas fotografías de Ismael pendían de las paredes o se posaban en los muebles en infinidad de portarretratos immortalizando los momentos felices de su existencia, desde que apenas era un bebé.

Las largas sobremesas, los paseos por la playa con Lula, los vermús del aperitivo que hacían en un pequeñito bar con vistas a la bahía y los maravillosos relatos que ella hacía sobre su tierra, a la que amaba profundamente, embriagaban a José como un sueño placentero.

En aquel maravilloso hogar donde el mar entraba por la gran balconada del salón y se extendía por las habitaciones principales, José encontró su rumbo, sintió el cariño que durante toda su vida su madre míseramente le racionó, sintió lo que en realidad era el respeto y la aceptación, se vio a sí mismo como una persona íntegra, sin disimulos ni mentiras. Un hombre nuevo, totalmente realizado y feliz. El fin de semana había pasado en un abrir y cerrar de ojos, se marchaba con la miel en los labios y con la promesa de volver en vacaciones.

Mamen se calzaba sus pies de gato e iniciaba la escalada con agilidad felina, era todo un espectáculo verla subir por la pared arcillosa completamente vertical, con tanta soltura que incluso parecía que fuese fácil hacerlo. Ciertamente, era una mujer flexible a la par que fuerte, el atuendo ajustado dejaba ver un cuerpo esbelto y armonioso sin un solo gramo de grasa superflua. Los compañeros la miraban y admiraban sin perder detalle, su pericia la convertía sin duda en la gran experta del grupo. También allí el fin de semana se hizo corto, el domingo a media mañana emprendían la vuelta, algo cansados, pero satisfechos por los logros conseguidos.

Carlos la llamó el domingo por la noche, para saber cómo había ido la vuelta. Sonaba encantador y con ganas de verla. Ella le comentó lo cansada que venía y lo bien que había ido todo, se quejó un poco de que los años no perdonaban y que era un deporte que había que dosificar, que los jóvenes ya lo entenderían cuando llegaran a su edad. Carlos bromeó llamándola “ancianita”. Quedaron en verse el lunes por la tarde, Mamen lo despidió con prisas porque tenía

una llamada entrante que se imaginaba que sería José.

—Hola, guapa, ¿qué tal?

—¡Muerta, estoy muerta!, pero me lo he pasado muy bien, ha hecho un tiempo estupendo. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con tus suegros?

—Maravillosamente, no sabes lo feliz que vengo, ¡son absolutamente encantadores! Mira, ¡Lula es negra como los cojones de un grillo! ¡Pero es una auténtica diosa de ébano! Una mujer preciosa, con un encanto que no sé cómo expresar. Es el alma de esa casa, y mi suegro acojona un poco al principio pero, pasado el susto, es maravilloso. Me muero de ganas de que los conozcas, ¡vas a flipar! —el excitado entusiasmo de José la hizo sonreír.

—No sabes cómo me alegro, te lo mereces, José, te mereces ser feliz. Quedamos y me lo cuentas con detalles.

La tarde siguiente, Mamen llegó a casa de Carlos cargada de bolsas. Había comprado vino, algo de queso además de varios productos lácteos y, en definitiva, las provisiones normales de cualquier casa. Carlos la recibió como siempre, le ayudó con las bolsas e incluso a guardar la compra. Parecía contento, hablaron de los días que habían estado sin verse y de lo que se habían echado de menos. Todo parecía normal. Mamen se levantó del sofá, y se dirigió al baño, quería lavarse las manos antes de empezar a preparar algo de cena. Al coger la toalla del lavabo, percibió un cierto olor a perfume. Se acercó la toalla a la nariz, verificando que era un perfume denso y profundo que nunca había olido. Se quedó algo perpleja, pero no dijo nada; salió del baño y comenzó a trajinar en la mini cocina del loft. Miró de reojo a Carlos, que intentaba ocultar algo entre los cojines de la rinconera, aunque tampoco dijo nada. Ella siguió con la cena mientras él abrió una de las botellas de vino tinto, le sirvió una copa sin preguntarle, él se sirvió otra y cenaron. Se besaron y bebieron —Mamen algo más de lo que estaba acostumbrada.

Cuando ella pensó que iban a pasar al dormitorio, Carlos se incorporó, le tomó la mano y le dijo con tono serio que tenía que contarle algo. Mamen, expectante, se incorporó también. Él comenzó diciéndole que no había querido decirle nada hasta que volviera de Jaén, pero que las cosas se le ponían muy difíciles, hacía más de seis meses que tenía que haber pagado al contratista que le hizo la reforma en la casa. Su ex mujer se había comprometido a satisfacer ese pago negándose después, y no tuvo otro remedio que hablar con él para llegar a un acuerdo. Le pidió unos meses de plazo para hacerle efectivo el segundo y último pago, pero cuando las cosas se torcieron le pidió algo más de tiempo. También le había comentado que tenía la casa en venta y que en estos momentos no disponía de liquidez, que sólo se trataba de un poco más de tiempo, pero el contratista no atendía a razones y lo había denunciado. Su abogado lo alertó porque opinaba que era un mal asunto y que incluso expropiarían la casa si no atendía el pago amistosamente sin tener que llegar a juicio. En este punto, su voz se desgarró y, entre sollozos, le decía que sólo ella podía ayudarle. Mamen no sabía muy bien lo que hacer. Se levantó nerviosa y le preguntó a cuánto ascendía la deuda, él sonándose la nariz le dijo que a unos cuarenta mil euros. Mamen se quedó atónita, y comenzó a balbucear que ella no disponía de ese dinero. Entonces Carlos, más tranquilo, le dijo que había un modo de hacerlo, pero que ella se lo tenía que pensar bien porque era la única manera de no perder la casa, de no verse desposeído de todo y arruinado.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Mamen, aterrada.

—Pues he pensado, bueno no lo he pensado yo, ha sido mi abogado, que como yo no puedo pedir créditos ni hipotecar la casa porque estoy en paro; tú sí podrías pedir una pequeña hipoteca a tu estudio, digamos unos sesenta mil, que supondría unas mensualidades muy pequeñas, y viviríamos tranquilos hasta que esto se venda. En ese momento, se levanta la hipoteca, y yo correría con los gastos y penalización, si es que la hubiera. ¿Qué te parece?

Mamen se quedó callada, le vinieron a la mente las palabras de José, que martilleaban su cabeza sin dejarla pensar en otra cosa. Carlos la vio tan confusa que pretextó haber olvidado algo en el coche y bajó a la cochera dejándola sola unos minutos. Mamen se cambió de sitio en el sofá e introdujo la mano entre los cojines que Carlos había removido, sacando una especie de fular de seda impregnado del mismo perfume que había olido en el baño. Cuando Carlos subió, ella ya tenía la chaqueta puesta. Él le preguntó, fingiendo sorpresa, que a dónde iba, a lo que Mamen respondió que esa noche no se podía quedar hasta tarde porque tenía que corregir parciales que había estado posponiendo y que se le había echado el tiempo encima, que se pensaría lo de la hipoteca y ya le diría algo. Intentó aparentar toda la naturalidad que pudo, le besó y quiso alcanzar el bolso Carlos la asió por la cintura y la besó de nuevo, mientras le decía que estaba en sus manos, que todo dependía de la decisión que ella tomara y que era consciente de lo que le pedía; sabía que era demasiado, pero que la casa se vendería más pronto que tarde y que, por favor, le dijera algo lo antes posible pues la situación era del todo desesperada.

Salió de la casa apresuradamente, no veía el momento de alcanzar la calle. Llegó a la parada de taxis, tomó uno y dio la dirección de su casa, pero en el trayecto pensó que no quería estar sola; llamó a José para asegurarse que estaba en casa, y dio la nueva dirección al taxista.

José la recibió en pijama, repitiendo sin parar “¿qué te pasa? ¿Qué es lo que te ha pasado?”

—Hola —le dijo Mamen, besándolo—, estoy bien, estoy bien. Pero tengo que hablar con vosotros. ¿Está Ismael?

—Sí, se está duchando. ¿Has cenado?

—Sí, gracias, esperemos a que salga y os lo cuento a los dos.

—Siéntate, Mamen, que recojo la mesa en lo que sale Ismael.

Mamen se sentó. Notaba los ojos de José en su nuca, no dejaba de mirarla ni un segundo. Terminó en la cocina y se sentó a su lado. Al momento llegó Ismael, que se había puesto un batín sobre el pijama, la saludó y se unió al grupo del sofá. Mamen comenzó a contarles lo acaecido con Carlos, ninguno de los dos la interrumpió hasta que no hubo terminado. Cuando lo hizo, José exclamó: “¡HIJO DE PUTA!”

Ismael la tomó de la mano, tranquilizándola. Mamen, cariño —le dijo—, discúlpame, pero voy a ser muy claro. Ese Carlos tiene toda la pinta de ser un sinvergüenza vividor; creo que te ha seducido para sacarte todo lo que tienes, este tipo de delincuentes son muy hábiles con las mujeres y por regla general lo saben todo sobre su presa. Yo te aconsejo, como amigo y como abogado, que te alejes de él lo antes posible, del dinero que le has dejado más te vale que te olvides, si tú quieres —continuó—, podemos investigar un poco porque estoy seguro de que no eres la primera ni serás la última mujer a la que engaña. Se levantó, y volvió con una libreta y bolígrafo. Y le pidió a Mamen que anotara su nombre, apellidos, y la dirección exacta de la casa de Redes.

Mamen lo hizo e Ismael dijo que iba a empezar por el registro de la propiedad para ver qué sacaba en claro. De todas maneras, tú ándate con cuidado —le advirtió—, porque esta clase de gente suele tener mal perder; no vayas a su casa y cuando te llame dale largas, invéntate algo de trabajo o que tienes un familiar enfermo, lo que sea, pero no te enfrentes a él. Si no te apetece estar sola, te puedes venir unos días con nosotros, en el despacho hay un cómodo sofá cama y te aseguro que te cuidaremos.

—Sí, Mamen. Quédate, por favor —le suplicó José.

—No, de verdad que os lo agradezco, pero prefiero llegar a casa. Pediré un taxi y mañana hablamos.

—Como quieras, tanto José como yo estamos aquí para lo que necesites, ya lo sabes.

Mamen llegó a su casa más confortada, aunque la rabia mezclada con la pena que sentía la hizo sentirse la persona más desgraciada del mundo. Era tarde, pero sabía positivamente que no iba a pegar ojo, dio varias vueltas en la cama, le dolía la cabeza y decidió tomarse un vaso de leche caliente y un tranquilizante que le ayudara a dormir.

Se levantó por la mañana totalmente embotada, la boca seca, y los ojos hinchados. Estaba lo que se podría decir “hecha un Cristo”. Puso la cafetera y se sentó al lado esperando que saliera el milagroso café que la devolviera a su estado natural. Entre el café y la larga ducha se obró el milagro. Mamen pudo llegar a la universidad a su hora y bastante menos perjudicada de lo que en un principio se temía.

Al final de la jornada, cuando miró el móvil, vio un mensaje de Ismael. Le decía que tenía noticias y que sobre la seis se pasarían él y José por su casa para ponerla al corriente. Le sorprendió la celeridad con la que Ismael había averiguado algo y sentía curiosidad, pero en esos momentos ella era un mar de sentimientos encontrados y no estaba segura de qué es lo que le dolía más; si la presunta estafa que Carlos urdía o imaginarlo en su casa con otra mujer, con la dueña del fular y del perfume que reconocería entre un centenar de ellos. Sumida en estos pensamientos, Mamen caminaba hacia su casa sin percibir absolutamente nada de lo acontecía a su alrededor, llegó al portal, y se dio de bruces con Carlos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó por saludo, sin poder evitar el nerviosismo que le había producido el encuentro. Él la besó como si nada. —¿Te has asustado? —le preguntó con extrañeza.

—No, es que no te esperaba. ¿Pasa algo?

—Sí, por eso he venido, tengo buenas noticias. He recibido un correo para una entrevista de trabajo y deben tener mucho interés, porque me han reservado vuelo para esta misma tarde. Se trata de un complejo hotelero en Canarias, concretamente en Tenerife, la incorporación sería inmediata si paso la entrevista. ¿Cómo lo ves?

—No sé, me imagino que bien, es lo que estabas buscando, ¿no?

—Mamen, ¿te pasa algo? Estás muy rara.

—No, es que me ha llamado mi madre porque mi padre no se encuentra bien y la verdad es que estoy preocupada. Pensaba ir a verlos esta tarde, si quieres te llevo al aeropuerto y cuando

vuelvas te recojo, como no vas a necesitar el coche... ¿Cuántos días estarás fuera?

—No lo sé, dos, quizás tres, el problema es que salgo desde Málaga. Lo siento, cariño, pero sí que lo necesito.

—Bueno, es igual, no te preocupes —disimuló Mamen.

—Adiós, cariño —le dijo, besándola—, he venido porque no me podía marchar sin verte —la abrazó de nuevo y le dijo que cruzara los dedos para que le fuera bien—. Te llamaré, mi amor —se despidió. Mamen se recostó contra la pared respirando hondo. El intento de recuperar el coche no le había salido bien, pero al menos lo había intentado, aunque era evidente que Carlos pensaba mucho más rápido que ella. La sensación de sentirse utilizada, estafada, y tonta era denigrante, como lo era seguir enamorada de él y seguir sintiendo mariposas en el estómago cada vez que la besaba. Era una pesadilla, se repugnaba a sí misma. Era una mujer madura, inteligente, económicamente independiente, adoraba su profesión, y tenía amigos maravillosos. ¿En qué momento me enamoré de un chulo? —se preguntaba. Porque esa era la palabra. “Chulo”.

Subió a casa y se desplomó en el sofá. No tenía ganas de comer, sabía perfectamente que Carlos no había hecho otra cosa que seducirla con una sarta de mentiras de la que cualquiera se hubiera dado cuenta. Pero ella le creyó, le compadeció, y le consoló. Pensaba en José, hasta él se había dado cuenta e intentó avisarla. ¿Y ella qué hizo? Zanzar el tema e incluso molestarse con su amigo porque estaba pensando mal de su gran amor. ¡Qué idiota he sido! Se levantó y alcanzó una manzana del frutero. Algo más tranquila, pensó que al menos no tendría que esquivarlo en unos días. Así tendría algo de tiempo Ismael para hacer sus averiguaciones que, por otro lado, pensaba, no le iban sorprender en absoluto, se esperaba cualquier cosa. Allí permaneció tumbada esperando la llegada de sus amigos.

Pasaban unos minutos de las seis de la tarde cuando llegaron Ismael y José, se saludaron como de costumbre —quizás notara Mamen una pizca de compasión en los abrazos de los recién llegados—, venían con cierto aire solemne y bastante serios. Sus rostros presagiaban noticias nada halagüeñas. José portaba un paquetito de confitería con lazo amarillo que dejó en la pequeña barra de la cocina; Mamen preparaba la cafetera y disponía las tazas en una bandeja. Cuando todo estuvo preparado, lo portó hasta la mesita situada delante del sofá, y tomó asiento. José cogió la cafetera y comenzó a servir los cafés mientras anunciaba a Mamen que no traían buenas noticias. Ella, impaciente, dijo que soltaran ya lo que fuera, que estaba preparada para cualquier cosa. Ismael sacó unos documentos de su portafolios y se los entregó. Ella los leyó atentamente y, cuando hubo terminado, miró a Ismael con sorpresa.

—Entonces la casa no es suya —afirmó con rotundidad.

—No, no es suya. Según la copia simple, la casa pertenece a ese matrimonio inglés que figura en el documento, Allen y Amber Williams desde el dos mil catorce, fecha que consta en el registro.

Mamen se quedó helada. Creía que estaba preparada para cualquier cosa, pero era evidente que la noticia le había dado el tiro de gracia. Se quedó callada con la nuca hundida en el respaldo del sofá. Tenía los ojos cerrados y apretaba los puños con fuerza, José se sentó junto a ella abrazándola con cariño. Mamen se rompió y lloró sobre su amigo un buen rato. Luego se levantó, entró en el baño, y se lavó la cara. Volvió mucho más tranquila. Se sirvió otra taza de café y

preguntó “¿qué hago ahora?”. Ismael tomó la palabra. Yo conozco a alguien que nos puede ayudar a desenmascarar a este sinvergüenza —dijo—. Se trata de un policía jubilado que hace trabajos de investigación para algunos compañeros de los Juzgados y tengo una buena relación con él; si a ti te parece bien, podemos darle lo que tenemos y a ver qué puede averiguar. Piensa que es fundamental para nosotros conocer a fondo a este delincuente para poder actuar en consecuencia, si te parece, hablo con él y quedamos para que os conozcáis. Se llama Eduardo, es un hombre muy agradable y, sobre todo, con mucha experiencia y discreción. Es de total confianza.

A Mamen le pareció buena idea. Les contó su intento fallido de recuperar el coche y la trola que le había contado Carlos sobre el viaje de trabajo. Ismael le dijo que no se preocupara por el coche porque en el peor de los casos siempre podían denunciar el robo del vehículo, que Eduardo se encargaría de asesorarlos ya que él era abogado laboralista y estos temas nunca los había tocado. El resto de la tarde, bastante más distendida, la pasaron hablando de los viajes recientes. José no quería dejar a su amiga sola y propuso ir a cenar a un italiano cerca de allí. Mamen al principio no tenía muy claro lo de salir, aunque luego se animó. La verdad es que tenía hambre porque no había almorzado y no le apetecía en absoluto meterse en la cocina, así que aceptó. Llegaron al restaurante temprano, apenas había gente, tan sólo una mesa en el fondo estaba ocupada. Cenaron los tres con apetito. La comida en ese lugar era bastante buena, y más, regada del exquisito vino tinto que ofrecían en su carta. Alrededor de las once de la noche, cuando se disponían a abandonar el establecimiento, Mamen les hizo señas de silencio con el móvil sonando en la mano.

—Hola Carlos, ¿ya has llegado?

—Sí, he llegado. ¿Dónde estás? Oigo mucho ruido.

—Sí, estoy llegando a casa. Ya te dije que iba a Carmona a ver a mi padre, y los autobuses tardan una eternidad.

—¿Algún problema serio?

—No, ha sido una subida de tensión, pero ya está controlada.

—No sabes cómo me alegro, cariño. ¿Has pensado algo de lo que hablamos?

—No sé, Carlos, de eso hablamos mejor cuando vuelvas. La verdad es que no lo tengo claro.

—No te quiero presionar, mi amor, pero sabes que no te pediría algo así de no estar completamente desesperado. Lo sabes, ¿verdad? Mañana hablamos con tranquilidad, te quiero, mi vida.

—Adiós Carlos, hasta mañana.

A José lo tuvo que mandar Ismael calle adelante porque era una máquina de expender exabruptos. No podía soportar que Mamen le contestara el teléfono con tanta pasividad, no entendía ni cómo respondía a la llamada. Caminaba despotricando solo, presionándose el estómago con la mano. Cuando Mamen e Ismael lo alcanzaron, dijo que se le había revuelto la cena y ciertamente tenía mala cara. ¿Quieres una tónica o algo? —le preguntó Ismael—, no quiero nada —respondió—, es ese cabrón, que me ha cortado el cuerpo.

¿Cómo puede ser tan hijo de puta? ¡Mira! Una cosa os digo, o hacéis algo pronto o yo ¡lo mato,

es que lo mato! Mamen intentó tranquilizarlo, lo cogió del brazo y le habló con dulzura. “José, no te pongas así, yo sigo los consejos de Ismael y creo que son acertados, en estos momentos no debo enfrentarme a él. Es mejor que se crea que sigo en la ignorancia”. Ismael le pasó el brazo por los hombros a José y continuaron andando por la avenida hasta dejar a Mamen en su casa, se despidieron, e Ismael le recordó que hablaría con Eduardo.

Carlos volvió a llamar al día siguiente. Le comentó que la entrevista había ido bien, pero que las condiciones laborales que le ofrecían no estaban a la altura de lo que él esperaba, que todavía no era seguro que lo eligieran, pues había otro candidato que hablaba alemán y eso la empresa lo valoraba mucho por la afluencia turística alemana que tenía la zona. Como la noche anterior sonó natural y cariñoso, Mamen digería lentamente los acontecimientos con una rara sensación de pérdida. En los últimos días había pasado por todos los estadios: primero, la negación, seguido de la autocompasión. Se había flagelado hasta sangrar mentalmente, había sentido ira, odio, repugnancia y ahora, por último, tenía miedo. Un miedo irracional, un mal presagio, no sabía de qué manera podía reaccionar. Carlos, al verse descubierto, no sabía de qué sería capaz. Era cierto lo que José le dijo, no lo conocía de nada. Sabía lo que él le había contado. No conocía a nadie de su entorno, sólo a Irene, y ésta se mostraba esquiva con ella, las pocas veces que la veía. Tenía los documentos que Ismael le proporcionó en el mismo lugar que los dejara la tarde anterior, los había examinado una y otra vez mientras se preguntaba “¿con qué canalla me he estado acostando?”

Llamó Ismael disculpándose por la hora, pero Mamen no se había acostado aún. Le dijo que acababa de llegar a casa después de un largo día de auténtica locura y no había podido llamarla antes. Había citado a Eduardo en su casa por consejo de éste, sobre la seis de la tarde. Se escuchaba a José de fondo, pero no lo entendía. Ismael le pasó el teléfono para proponerle que se viniera a almorzar con ellos cuando saliera de la Universidad porque acababa de hacer el refrito y lo tenía todo preparado para mañana, cuando llegara, echar el arroz. Sabía que su amiga no se podría resistir a una de sus paellas. Mamen sonrió, porque estaba segura de que la había hecho porque a ella le encantaba; así que le dijo que, por supuesto, contara con ella.

El detalle de su amigo la reconfortó, era la persona que mejor la conocía y mucho el cariño que le profesaba.

Llegó a mesa puesta. La paella, como de costumbre, era espectacular. José hacía los honores de perfecto anfitrión, le sirvió una copa de vino en lo que tardaba Ismael, y se sentaron a comer cuando éste hubo llegado. Más que comer, devoraron. No sobró nada, recogieron la mesa entre los tres y se sentaron cómodamente. Dieron incluso una cabezada antes de que llegara la visita —que lo hizo a las seis, con puntualidad británica—. Ismael hizo las presentaciones y ofreció café, todos aceptaron. Mamen observaba a Eduardo, un señor de sesenta y muchos, de aspecto agradable y buenas maneras. Se adivinaba que en otro tiempo había sido un hombre atractivo. Aún conservaba todo el cabello, ahora completamente blanco, su mirada era franca, de un bonito color caramelo. Se tutearon desde el primer momento, por petición del recién llegado. Ismael sirvió el café y, seguidamente, entraron en materia.

Eduardo sacó un bloc de notas y comenzó preguntándole a Mamen el segundo apellido de Carlos.

—No lo sé dijo Mamen, él utiliza el primero. Es argentino y, por lo visto, allí se utiliza

solamente el apellido paterno.

—¿Tienes alguna foto suya? ¿O algo que lo pueda identificar?

—La verdad es que no —dijo Mamen, cabizbaja.

—Bueno, mujer, no te preocupes. Veremos de qué podemos tirar. Por lo pronto, tenemos los datos de los dueños de la casa, y si él vive allí como dices, estos señores algo sabrán. ¿Qué me puedes decir de la asistenta?

—Pues poco, me temo. Sé que se llama Luisa y que trabaja allí dos veces en semana, lunes y jueves, pero no nos hemos visto nunca.

—Algo es algo —dijo Eduardo, animándola un poco—. ¿Sabes si Carlos está en Sevilla ahora?

—Me ha dicho que está en Tenerife por una oferta de trabajo, aunque si soy sincera no me lo creo, ya no me creo nada. Me llama por la noche y me dice que vendrá pronto, yo le he adelantado que no tengo claro lo de la hipoteca y que lo hablaríamos cuando regresara. Y ese es justo el problema, que regrese. Porque no sé cómo se va a tomar mi negativa.

—De momento aguanta el tira y afloja, no seas rotunda en nada y no aparezcas por su casa. Bueno, “su casa” es un decir, si tienes que quedar con él hazlo siempre en sitios concurridos, inventa algo para distanciarte, no sé, algo como un familiar enfermo, o del trabajo, algo creíble.

—Sí, ya le he dicho que mi padre está enfermo, fue el intento fallido de recuperar el coche.

—Bien, pues sigue con lo mismo, a ver si logramos que baje la guardia y recuperes el coche. Ah, una cosa más. ¿Qué sabes de la ex mujer?

—Que se llama Gema y tienen un niño, Miguel, de cinco años.

Vale —dijo Eduardo, guardando su libreta a la vez que se levantaba—. Estamos en contacto.

Mamen le dio un fuerte apretón de mano, se despidió de José de la misma manera y se marchó con Ismael, que lo acompañó a la puerta.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Ismael, a su vuelta.

—Bien, la verdad es que parece una persona seria y profesional. Me he llevado una buena impresión, a ver qué adelantamos. Bueno, chicos, yo como que me voy marchando —dijo Mamen, colgándose el bolso.

—Espera, quédate un poco más y salimos a tomar algo —dijo José.

—Quita, quita, si todavía no he hecho la digestión. De lo que he comido, tengo el estómago hinchado. Anda, dame un beso. ¡Ismael! —llamó—, me voy. Ismael acudió a la entrada y la despidió también.

En el taxi de vuelta a casa, Mamen repasaba la conversación mantenida con Eduardo y se daba cuenta de los pocos datos que había podido aportar a la investigación. Habrá pensado que soy tonta —se decía a sí misma con resignación—, no creo que se pueda averiguar gran cosa. De todas formas, no perdía nada por intentarlo. Sumida en estos pensamientos, llegó a casa. Carlos llamó al rato. Le comentó que, definitivamente, no lo habían elegido para el cargo de director en

el hotel, que se volvía por la mañana y quería verla antes de recoger a Miguel, pues había quedado después de comer para llevarlo al cine. Porque, de no hacerlo así, perdería su fin de semana con el niño. Él llegaría a media mañana, su vuelo salía temprano y llegaría a Málaga a eso de las nueve. De todas formas, la llamaría en cuanto estuviera en casa. Mamen le aguantó pacientemente toda la perorata sin interrumpirlo hasta que terminó. Entonces ella le dijo con tono de preocupación que estaba en Carmona, porque su padre seguía sin encontrarse bien y que, a primeros de semana, le iban hacer un chequeo y, seguramente, tendría que pedir algún día libre para acompañarlo; que su madre estaba muy preocupada y le había pedido que pasara allí el fin de semana. Carlos parecía contrariado, su tono de voz lo delataba, después de un seco “no te preocupes, seguro que no es nada serio”, le propuso recogerla el domingo cuando dejara a Miguel. Así no tienes que depender de autobuses y nos vemos —le dijo—. “Recuerda, cariño, que tenemos que solucionar lo de la hipoteca. Sabes que me urge hacerlo”. Mamen no sabía que decir, pero salió del paso diciendo que en esos momentos estaba muy preocupada y que lo de la hipoteca tendría que esperar al menos una semana. Claro, claro, lo comprendo —dijo Carlos, dulcificando la voz—, perdona mis prisas, pero sabes en la situación en la que estoy. Bueno, cariño, te llamo mañana y me cuentas cómo sigue tu padre, adiós mi vida, te quiero. Mamen sonrió con amargura. Ya no le interesa recogerme —dijo en voz alta. Respiró profundamente, parecía que se lo había quitado de encima, aunque fuera por poco tiempo.

Pasó todo el fin de semana en casa sin quitarse el pijama ni la bata, dándole vueltas a la cabeza. De vez en cuando, le daban brotes de sinceridad y lo que en realidad le pedía el cuerpo era coger el teléfono y decirle que lo sabía todo, que sabía que era un estafador sin escrúpulos, que no le importaban en absoluto los diez mil euros que le había sacado, que le devolviera el coche si no quería que lo denunciara y que no volviera a tener el más mínimo contacto con ella. Aunque su sentido común le decía que debía hacer caso de lo que Ismael y Eduardo le aconsejaban, al fin y al cabo, eran ellos los profesionales, aunque no entendía que más podía hacerle Carlos.

Habló con José, que últimamente la llamaba a diario. Todo su afán era que ella saliera, se le ocurrían miles de planes para estar los tres juntos, para que no se sintiera sola. Pero Mamen necesitaba su intimidad, la independencia de la que siempre había disfrutado, le gustaba estar en casa tranquila, organizando cosas que no podía durante la semana. Aunque ahora no era el caso, la apatía se le había instalado como un huésped incómodo, que le impedía incluso deambular tranquila por su propia casa.

Comenzó la semana con el firme propósito de llamar a Carlos y decirle que necesitaba el coche unas horas para llevar a su padre al hospital donde le harían unas pruebas; le pondría la miel en los labios con la hipoteca, le contaría que había hablado con el banco para enterarse de las condiciones, y que el director había quedado en mandarle un correo diciéndole la documentación que debía aportar, y el tipo de hipoteca que mejor se adaptara a sus necesidades. No obstante, llamaría antes a Eduardo para conocer su opinión al respecto.

Eduardo le dio carta blanca, no sin antes advertirle que tenía que ser muy convincente, porque “el pájaro” —dijo— era listo, y que de todas maneras si la cosa se ponía fea, desistiera.

Cuando salió de trabajar se llevó todo el trayecto memorizando cada una de las palabras que le diría, pero, al doblar la esquina, lo vio en la puerta de su casa. Estuvo tentada de darse la vuelta, pero él le sonreía, así que hizo de tripas corazón y le devolvió la sonrisa mientras se acercaba al

portal.

—¡No te esperaba! —dijo.

—Ya ves, no puedo estar tanto tiempo alejado de ti —le decía mientras la besaba—. ¿Cómo sigue tu padre?

—Pues no muy bien, la verdad. Mañana le hacen un chequeo en el hospital —le decía mientras subía el ascensor—. Te iba a llamar ahora porque voy a necesitar el coche mañana unas horas, el tiempo de recogerlo, que le hagan las pruebas, y llevarlo. He pedido el día en la Universidad. También te quería comentar que he hablado con Pepe, el director del banco; le he contado por encima lo de la hipoteca, y ha quedado en mandarme un correo para decirme la documentación que tengo que aportar para estudiar qué es lo que más me interesa.

—¡Mi amor!, no sabes el peso que me quitas de encima —decía entusiasmado—. ¿Vamos a comer fuera? ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Te das cuenta, mi amor, de que podemos vivir tranquilos hasta que se venda la casa?

—Sí, me doy cuenta, pero lo tendremos que celebrar otro día, porque vengo a comer algo rápido y me vuelvo a la Universidad. Tengo que dejar preparada la clase de mañana y algunas cosas más, vamos, que tengo la tarde completa. ¡Oye! Con respecto al coche, ya que estás aquí, te doy el mando de la cochera y me lo dejas esta tarde cuando puedas. Luego metes el mando en el buzón, para mañana poder salir. ¿No te importa, verdad, cariño?

—No, claro que no, pero llámame en cuanto vuelvas, para saber de tu padre. Bueno, mi vida, entonces te dejo, que ya me hago cargo de lo liada que estás.

En el momento de cerrar la puerta Mamen respiraba agitadamente, una mezcla de triunfo y satisfacción la invadía, estaba contenta como un atleta que acaba de ganar su primera carrera de fondo. Llamó a José, se lo quería contar todo a la vez y José no se enteraba de nada. “Tranquilízate” le repetía, “y empieza por el principio que no se dé que hablas”. Mamen respiró hondo y pudo contarle a su amigo todo lo que había pasado y que, por fin, recuperaría el coche. José se alegró tanto como ella, y se lo transmitía a Ismael que, a juzgar por los gritos que daba, no debía estar nada cerca.

Esa mañana salió más temprano de lo habitual. Caminaba rápido, volviendo de vez en cuando la cabeza como una fugitiva esperando ser detenida. Llegó a la Universidad prácticamente a la misma hora que lo hacía el bedel que, al verla, miró el reloj algo desconcertado. Fue directamente al despacho que compartía con dos compañeros y no se movió de allí en toda la mañana, no tenía clase ese día, aunque ella iba a diario haciendo una jornada laboral completa. Le gustaba preparar sus clases a conciencia y llevar todo lo referente a su trabajo al día, sabía que estaría sola y no la molestaría nadie hasta medio día. De todas maneras, echó la llave. Se sentó delante del escritorio y llamó a José, que ya debía estar levantado.

—Dime, Mamen, ¿qué pasa?

—Hola José, buenos días. Oye, te llamo porque anoche dejó Carlos el coche en el garaje y el mando en el buzón como acordamos, pero necesito sacarlo de ahí, porque he pensado que esta tarde voy a tener un accidente y el coche se lo llevará la grúa a un taller. ¿Cómo lo ves?

—¿Tú crees que es necesario?

—Del todo, ya me ha dicho que lo llame en cuanto llegue. ¿Para interesarse por mi padre? ¡Las narices! Lo que quiere es recuperar el coche, pero el coche estará en el taller. ¿Cómo tienes la mañana?

—Pues hasta por lo menos las doce estoy pringado, déjame que hable con Ismael a ver dónde podemos meter el coche y cuándo. Te llamo en un rato.

Mamen no se reconocía a sí misma. Estaba atacando a Carlos con sus mismas armas. La mentira y los planes preconcebidos estaban al alcance de cualquiera, sólo había que ponerse a ello. Esto lo pensaba con una tremenda amargura y con un extraño mohín en la comisura de sus labios. Al rato llamó Ismael, ella le contó su plan y él le dijo que no se preocupara, que él se encargaba de todo, que ya José le había dado la llave de su casa y le había dicho que el mando estaba colgado en la entrada. Haría unas llamadas y en un par de horas estaría el coche fuera, con respecto al accidente, sólo dijo que se lo montara bien.

A mediodía ya no aguantaba más el encierro. No era capaz de centrarse en nada, recogió todos los papeles que había sacado y los volvió a meter en su archivador. Cerró con llave y salió al pasillo, que se había convertido en un hormiguero, saludó a izquierda y derecha como un candidato en campaña y salió a la calle pensando que para este viaje se podía haber quedado en casa. Pero estaba nerviosa, no se encontraba bien en ninguna parte. Volvió a casa, se puso cómoda, se sirvió una copa de vino, cortó un poco de queso y se sentó en su ventanal que tanto le gustaba. Cerca de las dos de la tarde y cansada de ensayar los pormenores del supuesto accidente, llamó a Carlos, compungida.

—Dime, mi amor, ¿cómo ha ido el chequeo? —preguntó Carlos, con sobreactuado interés.

—Bien —dijo Mamen con un hilo de voz—, pero yo he tenido un accidente.

—¿Cómo un accidente?! ¿Con el coche?

—Sí, con el coche. Me he comido directamente el coche que llevaba delante. Ha frenado en seco porque se le cruzó un animal y yo, que iba distraída, me lo he llevado por delante. El pobre hombre ha tenido un latigazo cervical y se lo han llevado al hospital, yo estoy magullada, pero bien.

—¿Y el coche? —preguntó con impaciencia Carlos.

—Se lo ha llevado la grúa a un taller de Carmona, que conoce mi familia.

—¿Cómo que a Carmona? —decía Carlos, desaforado—. ¿Dónde ha sido el accidente?

—A unos cinco kilómetros de la salida, acababa de dejar a mis padres en casa, todavía tengo el susto en el cuerpo.

—¿Y le has hecho mucho, al coche?

—Está destrozado, todo el morro hundido. ¡Un desastre, cariño!

—Ya, ya me imagino —decía Carlos, cabreado—. Bueno, mañana te llamo a ver qué noticias tienes, porque es una faena quedarse sin coche. Adiós, cuídate.

Mamen colgó, sonriendo. —“Una faena” dice, y me lo cuenta a mí. ¡Qué poca vergüenza tiene! —exclamó, mientras se servía otra copa de vino.

Desde la argucia del accidente, Mamen empezó a sentirse mejor; había recuperado la confianza en sí misma, se sentía más fuerte, por fin veía algo de luz y, aunque había perdido, sentía la satisfacción de haber plantado cara a la adversidad. No le preocupaba el dinero que Carlos le había sacado, se había hecho a la idea de que era irrecuperable, como le había augurado Ismael. Ahora sólo tenía que darle largas en lo que duraba la investigación de Eduardo. No veía el momento de poder escupirle a la cara la clase de persona que era, su ausencia de escrúpulos, la bajeza de sus actos, el reptil que se escondía tras esa fachada de hombre sensible. Pero, por el momento, le tenía que seguir el juego hasta conseguir toda la información posible, también tenía su aquél el saber que ahora ella formaba parte activa de la farsa. No se sentía para nada la víctima ilusa que en días anteriores le había atenazado la mente y doblegado su espíritu. Tenía bastante claro las cicatrices que llevaría de por vida, de alguna manera, aunque no le gustaba admitirlo, había cambiado. Ya no era la misma Mamen y, seguramente, nunca volvería a serlo.

A lo largo de la semana, Carlos la llamó casi a diario. Quería saber la dirección del taller, el daño que tenía el vehículo y, sobre todo, cuándo estaría reparado. Mamen se quejaba de la mala suerte que había tenido, que no dormía bien, que el médico le había dicho que en estos casos el estrés postraumático jugaba muy malas pasadas, que lo más conveniente era que otra persona se encargara de todo lo referente al accidente y que su padre lo estaba haciendo, que no tenía que preocuparse por nada, que todo estaría resuelto pronto.

Estas palabras enervaban a Carlos, que intentaba mantener el tipo sin conseguirlo. Veía cómo el control se le escapaba de las manos como la sal en el agua.

Habían transcurrido dos semanas. Carlos estaba rabioso, había visto a Mamen un par de veces en todo ese tiempo y siempre por sorpresa. Él se apostaba en su portal y esperaba a que regresara del trabajo. Mamen, por su parte, había cambiado sus hábitos de llegada y salida, apenas le contestaba las llamadas y, cuando lo hacía, le daba evasivas. Siempre utilizaba la muletilla de su estado emocional. Carlos dejó el tema coche para centrarse exclusivamente en la hipoteca, no entendía que el banco tardara tanto en concederla y apremiaba a Mamen con vehemencia. Ésta, con una tranquilidad pasmosa, como si estuviera fuertemente medicada, le decía con parsimonia que las cosas llevaban su tiempo y que él era muy impaciente. Este comentario lo sacaba de quicio y optaba por colgar con un breve “luego te llamo”, para no darle dos berridos en plena oreja y perder los papeles.

La tarde del jueves llamó Eduardo. Quería reunirse con ella en casa de Ismael al día siguiente para ponerla al día; Mamen le contestó que no hablaba con ellos desde el miércoles y no sabía si les vendría bien reunirse allí, que tendría que preguntarlo. Eduardo notó su voz algo confundida y le explicó que el motivo de reunirse allí era simplemente por seguridad, pues no sabía si Carlos la podía estar siguiendo, y que ya había quedado con Ismael a las seis de la tarde si a ella le venía bien. Mamen calló unos segundos, no había caído en esa posibilidad y, seguidamente, confirmó la cita. Más tarde llamó a José.

—Hola guapo, ¿qué plan de comida tienes mañana?

—Pues aún no lo he pensado, ¿por qué lo preguntas? ¿Te estás invitando a comer?

—Totalmente —rio Mamen—, es que tenemos cónclave mañana tarde. ¿No te lo dicho Ismael?

—No, no me ha comentado nada, aunque no lo veo desde esta mañana, los malditos turnos del Juzgado. ¡Van a acabar conmigo!

—No te pongas dramático, ¡anda! Haz algo rico mañana a tu amiga y a tu hombre.

—¿Cómo van las cosas con el innombrable? —preguntó José.

—Mañana te lo cuento todo, pero te adelanto que lo traigo a caer de un burro. ¡Está que trina!

Mamen se quedó pensativa. Una sonrisa furtiva se dibujó en su cara, la felicidad de José la sentía como propia, estaba orgullosa y agradecida de tener un amigo como él. Se habían formado juntos, eran complementarios, las dos mitades de una misma cosa que no podía ser sustituida por nada ni por nadie, sencillamente era así.

El bacalao a la vizcaína que guisó José en cazuela de barro era toda una exquisitez. ¡Qué mano tenía en la cocina! Comieron como náufragos hambrientos, acabaron con el pan del día y hubo que descongelar una pieza más, pues era un pecado dejar salsa de tomate en el plato. Mamen los miraba con envidia cochina mientras se preguntaba cómo podían tener esos cuerpos esculturales comiendo como lo hacían. Si ella viviera allí, seguro que rodaría en lugar de andar. Esto lo pensaba mientras se desabrochaba el botón del vaquero que se le clavaba en el alma; recogieron la mesa y se quedaron dormidos los tres. Mamen y José en el salón, mientras que Ismael se fue directo a la cama hasta las cinco y media de la tarde, cuando abrió los ojos José sin saber si era de día o de noche. Cuando miró la hora, dio tal alarido que hizo salir a Ismael en calzoncillos de la habitación con cara de espanto sin saber qué pasaba.

A la seis de la tarde, puntual como en la cita anterior, llegaba Eduardo. Ismael puso la cafetera y sirvió el café, Eduardo sacó su bloc de notas y, después de repasarlo, dijo que había contactado con Luisa, que ésta le había contado que trabajaba para Mr. Williams. Hacía algo menos de un año que el señor y la señora vivían en Londres y que, a final de junio, se venían definitivamente a Sevilla, porque estaban esperando a que la señora se jubilara. Hacía tres años que habían comprado la casa pero que, prácticamente, la tuvieron que demoler y levantarla de nuevo, pero que habían hecho un gran trabajo porque la casa era un auténtico palacio, que habían gastado un dineral y los muebles procedían de anticuarios. Carlos trabajaba también para ellos. Era como un hombre de confianza, se había encargado de transportar algunos muebles que venían de Córdoba y de Granada, también hacía trabajos de mantenimiento y de chófer cuando los señores venían. Al preguntarle donde vivía Carlos —siguió contando Eduardo—, me dijo que no lo sabía, que creía que tenía un piso alquilado en algún sitio, aunque ella sabía que se quedaba de vez en cuando en el apartamento de arriba y que traía a mujeres porque se lo había dicho la interna de la casa de enfrente, aunque ella no se metía en eso. Sabía también que guardaba algunas cosas personales y un poco de ropa, además algunos comestibles. Con ella era un hombre muy agradable, e incluso le dejaba una propinilla todos los meses, me imagino que para que no me vaya de la lengua —le contó Luisa—, y a una le viene bien, qué quiere usted que le diga. Y esto es todo por ahora —concluyó Eduardo.

Mamen le contó cómo había recuperado el coche y el cabreo que tenía Carlos con la hipoteca. A Eduardo le pareció muy acertado que hubiera ocultado el coche, de todas formas, le recomendó prudencia. Él, por su parte, intentaría ponerse en contacto con Mr. Williams, pues le había dicho a

Luisa que trabajaba en una empresa de seguridad y quería ponerse en contacto con el inglés para ofrecerle sus servicios, y que, por supuesto, le daría una comisión si le facilitaba su número de teléfono, así que volvería el lunes a ver si se lo daba.

Cuando se marchó Eduardo, los tres amigos se quedaron comentando los progresos que éste había hecho en tan poco tiempo. Mamen estaba contenta con los servicios prestados, incluso comentó que le había parecido muy audaz por su parte el que se hiciera pasar por comercial de seguridad. El comentario hizo reír a Ismael, José y ella misma lo miraron con cara de “¿qué nos hemos perdido?”. Ismael, que notó la mirada interrogante de ambos, se apresuró en darles una explicación. Veréis —dijo—, Eduardo es todo un personaje. Un buscavidas nato, además de los trabajillos que hace de investigación, lleva una representación de alarmas, cámaras y todo lo que tiene que ver con seguridad doméstica, a más de un compañero le ha encasquetado “una casa segura”, como él suele decir a modo de eslogan, y no me extrañaría en absoluto que aproveche el interrogatorio al inglés para venderle la alarma más cara que lleve en cartera. ¡Este Eduardo es único!

Mamen se despidió de sus amigos y decidió dar un paseo hasta un centro comercial próximo. Le sonaba el móvil con insistencia. Sabía que era Carlos quien llamaba, ya por último, hasta con el número oculto, pero ella lo dejaba sonar como si nada hasta que paró un rato. Cuando de nuevo volvió a sonar, contestó.

—Hola Carlos, perdona, tenía el móvil en silencio porque estaba en la consulta del psicólogo y ahora he visto que tengo un montón de llamadas, lo siento —mintió, sobre la marcha, contando lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Desde cuándo vas al psicólogo? —preguntó Carlos, con extrañeza.

—Pues hoy he tenido mi primera sesión, ha sido mi médico de cabecera quien me ha remitido a este terapeuta viendo el hombre que no mejoro con el tratamiento ansiolítico que él me recetó. Y, ya ves, acabo de salir del loquero.

—No tenía ni idea, ¿cómo no me has dicho nada? ¿Tan mal estás?

—¡Hombre, nadie va al psicólogo por echar el paseo! ¿No te parece? —contestó Mamen, con alta dosis de ironía.

—Entiendo, entiendo. Mamen —dijo Carlos con humildad—, mira, sé que no es el mejor momento, pero te iba a pedir que te pasaras el lunes por el banco y que hablaras personalmente con el director, pues no entiendo cómo el tema de la hipoteca se está dilatando tanto. Te repito que no es el mejor momento, pero, mi amor, estoy con el agua al cuello.

Mamen no pudo más y le colgó. Él comenzó a llamar una y otra vez hasta que ella apagó el teléfono. Se quedó un momento parada pensando que si volvía a su casa lo más seguro es que Carlos la estuviera esperando en el portal, así que volvió sobre sus pasos a casa de Ismael, de donde había salido minutos antes. Tocó el timbre y le contestó José.

—¿Qué se te ha olvidado, “chochona”?

—Abre, José, que me quedo esta noche con vosotros.

Llegó a la puerta del piso y José estaba allí de pie esperándola. No dijeron nada, sólo se

fundieron en un abrazo y se sentaron los tres en el salón, donde Mamen se desahogó. “No puedo más, no quiero seguir con esta farsa, voy a hablar con él y le voy a poner las cartas sobre la mesa, si lo tengo que denunciar por acoso lo denuncio, pero yo no puedo tener miedo de entrar en mi propia casa. Esto no sólo me afecta a mí, también a vosotros, a mi trabajo, no soy capaz de concentrarme en nada, he dejado el doctorado aparcado hasta sabe dios cuándo, mi vida está del revés. Maldigo la hora en que lo conocí, me maldigo a mí misma por ser una completa idiota, una presa fácil, una gilipollas a la que dos carantoñas y un par de polvos le han bastado para caer en las garras de este estafador sin escrúpulos”. Creo —continuó, más pausada—, que ya sé todo lo que tenía que saber, el inglés no nos va decir nada nuevo, en todo caso, va a confirmar lo que sabemos, y yo os aseguro que hasta aquí llegué. Hablaré con Eduardo para pagarle su minuta y terminaré con esto.

Ismael y José la escuchaban con atención. Realmente, la situación para ella era insostenible. Ismael hizo volver a Eduardo y éste se plegó a la decisión que había tomado Mamen, pero dijo que había que elaborar un plan para que ella no estuviera desamparada a la hora de enfrentarse a Carlos. Él tenía que estar cerca por si Carlos, al verse descubierto, reaccionara de mala manera, así que se pusieron a ello.

Mamen lo citaría el sábado a las doce de la mañana en los Jardines de Cristina, a escasos trescientos metros de su casa. Era un lugar perfecto, un pequeño oasis que a esa hora estaría bastante concurrido por niños con sus padres y jubilados tomando el sol o dándole de comer a los pájaros. Él estaría vigilándola desde que saliera de su casa y se sentaría en un banco del parque cercano al que ellos hubieran elegido. Le aconsejó a Mamen que actuara con naturalidad y que no lo mirara, que llevara si quería la copia de la escritura simple que Ismael le había aportado y que no se preocupara de nada, que todo estaría controlado y, sobre todo, que ella estaría segura.

Mamen pasó la noche con sus amigos. Por la mañana salió temprano dirigiéndose a su casa, desde allí llamaría a Carlos para concertar la cita, y a Eduardo para decirle que el plan estaba en marcha. Pero nada salió como pensaba. Carlos tenía el teléfono apagado y ella desistió al tercer intento, llamó a Eduardo para que abortara el proyecto; éste le dijo que no se preocupara, que seguramente era su estrategia para quedar ante sus ojos como el caballero ofendido que seguramente la llamaría pronto. Cuando lo hiciera, aleccionó a Mamen en que lo citara en alguna de las cafeterías de la Avenida de la Constitución, que igualmente le pillaba cerca de su casa. También sugirió Eduardo que le dejara la elección del local a él para que se sienta más confiado, pero que lo llamara al menos media hora antes de la cita para darle tiempo a llegar. Eduardo se despidió recomendándole paciencia.

De eso me queda poco —musitó Mamen, decepcionada—, pensaba que en esa mañana habría salido para siempre del embrollo en el que estaba, y que cogería las riendas de su vida por fin, pero ahora veía cada vez más lejos ese momento.

Informó a José del cambio de planes y le dijo que se quedaría en casa, le apetecía estar tranquila y además tenía tarea doméstica por hacer. Al día siguiente, por la mañana, llamó Carlos.

—Hola Mamen, perdona que tuviera el móvil apagado ayer, pero no estoy acostumbrado a que me dejen con la palabra en la boca. Comprendo por lo que estás pasando y sé que la medicación que estás tomando te tiene alterada. Yo no estuve oportuno, lo reconozco, pero mis problemas sabes que son graves. Lo siento, mi amor, he sido un egoísta insensible. Estoy pensando que voy

para tu casa. ¿Porque...estás en casa?

—Sí, estoy en casa, pero no estoy sola. Tengo aquí a la tata, que ha venido a visitar a su sobrino, y la pobre se hace un lío de autobuses, así que la voy a acompañar.

—Yo esperaba verte —dijo Carlos, malhumorado.

—Sí, yo también quiero verte. Mira si te parece bien, podemos quedar sobre las doce en una de las cafeterías de la avenida, que me va a coger de paso. Dime tú en cuál.

Carlos, complaciente, le indicó el nombre de la cafetería donde se verían, se despidió cariñosamente, y colgó.

Mamen llamó de inmediato a Eduardo, estaba muy nerviosa y excitada, él la calmó e insistió en que era absolutamente necesario que mantuviera la calma, que se tomara algún relajante si lo necesitaba, algo suave, pero tenía que estar tranquila. Ella le hizo caso y se tomó la mitad de la pastilla que había tomado días antes para dormir.

A las doce menos cuarto salía Mamen de su casa, con el bolso de bandolera y una carpeta azul en la mano, enristraba la avenida con paso decidido. La cafetería en sí se hallaba situada a un paseo de su casa, no demasiado cerca. Fue leyendo los rótulos porque no sabía muy bien dónde estaba; cuándo llegó, conoció el sitio, aunque no recordaba el nombre, y se sentó en la terraza de la entrada. El día, aunque frío, lucía soleado y la terraza estaba protegida por toldo y cortinas transparentes. Eligió una mesa y se sentó, llegó el camarero, solícito, y ella pidió una copa de Ribera de Duero, que éste le sirvió inmediatamente acompañado de un mini pincho de tortilla española, obsequio de la casa. Daban las doce en el reloj de la Catedral cuando vio entrar muy trajeado y con una señora rubia del brazo a Eduardo. Se quedó mirando a la mujer, era una señora bien arreglada, de estatura media, perfectamente peinada, tanto, que Mamen pensó en la cantidad de laca que llevaría. No se le movía ni un cabello y eso que se había levantado un poco de aire. También se fijó en su maquillaje, quizás un poco subido para la hora. Se sentaron en una mesa próxima a la suya, por supuesto, no hicieron el más mínimo ademán de saludo. Mamen tomaba su copa de vino sin poder evitar mirar a la acompañante de Eduardo, observó que era algo menor que él y tenía una piel tersa a pesar de su edad, aunque también observó que estaba metida en carnes y eso siempre ayudaba.

Carlos se retrasaba y Mamen comenzó a impacientarse, pidió otra copa de vino y antes de que se la sirvieran, llegó. Venía acalorado, seguramente había acelerado el paso apremiado por la hora, se acercó a ella sonriente e intentó besarla. Mamen le retiró la cara, Carlos, desconcertado, se quejó del cambio de humor que había experimentado desde su conversación telefónica. Llegó el camarero con la copa de vino, Carlos aprovechó para pedir una cerveza, preguntándole antes a Mamen si le apetecía comer algo. Ella negó con la cabeza. Después de unos minutos de incómodo silencio y cuando ya el camarero hubo depositado la cerveza en la mesa, Carlos le preguntó a qué obedecía la actitud hostil a la que lo tenía sometido. Mamen le extendió la carpeta azul que tenía bajo el bolso, por respuesta.

—¿Qué es esto? —preguntó Carlos, mientras retiraba las gomillas de la carpeta.

—“Esto” es la casa que quieres vender —contestó ella, petulante.

A medida que los ojos de Carlos recorrían el documento se le iba transformando la cara,

pasando de la sorpresa a la ira en pocos segundos. Intentó guardar las formas de cara a la galería, incorporándose hacia ella le dijo en voz baja, cargada de odio “¿Esto te lo han proporcionado tus amigos los maricones? ¿Me equivoco?” Mamen guardó silencio y él continuó en el mismo tono, “¡ya decía yo! Que tú solita no habrías llegado hasta aquí, pero eres lo suficientemente tonta para no darte cuenta que este documento lo único que dice es a nombre de quién tuve que poner la casa para eludir a mi ex mujer, que pretendía quedarse la mitad de todo”. ¿No serás estúpida? —dijo con desprecio.

—¡Ya basta, Carlos! —dijo Mamen, dando un golpe en la mesa y subiendo la voz. ¡Se acabó! Deja de mentir, no me vas a sacar ni un céntimo más, ¡eres basura! ¡Vete de aquí! Carlos, preso de la ira, se levantó, y fue hasta la barra; pagó la consumición y volvió a la mesa, con la intención de sacar a Mamen del bar. La agarró fuertemente del brazo, obligándola a levantarse. Ésta gimió de dolor. Cuando levantó la vista, vio a Eduardo de pie frente a Carlos.

—Señorita, ¿está usted bien? —preguntó Eduardo.

—¡Abuelo, métase en sus asuntos! —le ladró Carlos, desafiante.

Los dos hombres se midieron como gallos de pelea; se acercó el camarero, temiendo que llegaran a mayores. Mamen intervino. ¡No pasa nada! —dijo— y señalando a Carlos, añadió “este hombre ya se marchaba, ¿no es así?”

—Sí, así es, me marchó. Pero esto no acaba aquí, ya tendrás noticias mías —dijo Carlos, amenazante, saliendo por entre las cortinas de plástico hecho un basilisco.

Eduardo hizo una señal con la mano a la persona que lo acompañaba, para que se cambiara a la mesa que ocupaba Mamen, él se sentó a su lado y la mujer trajo las dos cañas que estaban tomando. Ya sentados, Eduardo le presentó a Encarnita, su mujer, que se había puesto un poco nerviosa por la situación.

—¡Hija, menudo tío! —dijo Encarnita, pasando la mano sobre el brazo de Mamen a modo de caricia.

—Mamen, no me ha gustado la amenaza de ese pollo, ¿tú tienes idea de a qué se ha podido referir? —preguntó Eduardo, preocupado.

—No —contestó—, a mí me ha parecido una manera de dejarme preocupada, una salida, como si necesitara decir la última palabra.

—Puede ser —dijo Eduardo—, aunque su gesto serio no corroboraba sus palabras. De todas formas —continuó—, yo me quedaría más tranquilo si pasaras un par de días fuera de tu casa, es simplemente por precaución. Te podemos acompañar, recoges lo necesario y te quedas donde tú decidas, en casa de Ismael, en un hotel, en fin, donde tú quieras...

—¿Tú crees que es necesario?

—No sé si “necesario” es la palabra, yo creo que es lo más prudente, hazme caso —reiteró Eduardo.

—Está bien, llamaré a José —accedió Mamen, resignada.

Salieron los tres de la cafetería, Mamen los invitó a subir a su estudio, que elogió mucho

Encarnita. Recogió alguna ropa, el neceser, y una carpeta verde a rebosar de papeles. Trabajo — dijo, mostrándola al matrimonio. Salieron y la acompañaron a un taxi.

—¡Estamos en contacto! —le gritó Eduardo, por la ventanilla.

Llegó de nuevo a casa de sus amigos, que la esperaban encantados. Ella intentó disculparse por la lata que estaba dando, pero José le dijo de todo menos bonita e Ismael la cogió por los hombros con cariño y le dijo al oído “¡no me lo cabrees!”. Mamen sonrió, sabía de qué le hablaba.

El lunes no fue a la Universidad, se pasó toda la mañana corrigiendo parciales, hasta la una y media que llegó José, momento en que dio por concluido el trabajo. Se sentó junto a la barra de la cocina mientras su amigo se organizaba con los preparativos del almuerzo, le gustaba mirar la agilidad con la que José en pocos minutos planteaba la comida de una manera casi profesional; era mágico y muy relajante para ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó José, que no había tocado el tema desde que Mamen llegara el día anterior.

—Liberada —contestó—, con ganas de retomar la normalidad, esto ha sido duro —continuó—, pero, afortunadamente, ha quedado atrás, así es la vida. Un misterioso compendio de experiencias buenas y malas que, a veces, buscas y, otras, encuentras sin saber ni por dónde te llegan, aunque en mi caso la moraleja del cuento es que no volveré a confiar en un hombre en mucho tiempo.

—¡Ala! a lo drástico, tú sin término medio, o don Juan o Juanillo —rieron los dos con complicidad.

—Anda, ¡reina mora! Ponle una copa de vino al cocinero, y la tuya no la aliñes con tranquilizantes, que ayer venías un pelín pintona —le pidió José, con mucha coña.

—¡Desde luego... eres malo! Ayer la verdad es que caí en la cuenta de la mezcla que estaba haciendo en el segundo vino, que por cierto no me terminé, y cuando Eduardo y Encarnita me metieron en el taxi, me daba vueltas la cabeza pero, de eso a pintona va un trecho —contestó Mamen, defendiéndose.

No dijeron nada más, sólo se miraron y volvieron a reír, esta vez, estrepitosamente. Cuando Ismael metió la llave en la puerta los oía reír desde fuera, entró sonriente contagiado de la alegría reinante, besó a ambos y José lo puso al corriente, uniéndose éste al jolgorio.

La semana transcurría con normalidad. Mamen no había tenido noticias de Carlos, Eduardo había llamado un par de veces interesándose por su estado y por si hubiera alguna novedad. En vista de que todo estaba tranquilo, el miércoles se trasladó a su casa, incorporándose a su vida cotidiana. Había quedado con Ismael el viernes por la tarde para recoger el coche que éste había ocultado en una cochera particular en un chalet de Heliópolis, una zona apartada y muy cotizada detrás del estadio Benito Villamarín, propiedad de un compañero y amigo que le hizo el favor. Mamen pensaba pasar el fin de semana en Carmona; le apetecía mucho ver a sus padres y a la tata aunque con ésta última tendría que tener mucho cuidado, pues seguro que notaría en seguida que había perdido peso y que su rostro no lucía esplendoroso precisamente. No le preocupaba demasiado, al fin y al cabo, ella se había convertido en una verdadera profesional de la mentira, así que seguro que saldría del paso.

Todo fue según lo planeado y realmente había sido una buena idea, se alegraba de haberlo hecho. La nueva semana, Mamen la empezó con el firme propósito de tranquilizarse y olvidar. Quería que el tiempo que todo lo cura pasara pronto y el recuerdo de Carlos, que la seguía atenazando, se disolviera, pasara a formar parte de una pesadilla lejana y horrible que una vez tuvo, pero todo estaba aún lo bastante reciente como para empezar a olvidar. Era en lo primero que pensaba al abrir los ojos por la mañana y al cerrarlos por la noche, no lo podía evitar; como tampoco podía dejar de llorar ni de culparse, el post trauma existía. No se trataba de la mentira que le había dicho a Carlos con el simulado accidente, ahora lo sentía en sus propias carnes, en todo su ser, en cada uno de sus poros, que se abrían para recordárselo. Pensaba que cuando leía o veía en la tele los casos de malos tratos o en general la violencia de género, siempre mostraba imágenes de mujeres con hematomas, quemadas e incluso asesinadas, pero ella sólo veía caras desconocidas con las que evidentemente se solidarizaba, pero nunca se había parado a pensar en el daño psicológico que les queda a las que sobreviven a estos horrores. Su daño personal no lo sentía equiparable al de esas mujeres apaleadas, ella sólo tenía un hematoma en el brazo, pero psicológicamente estaba destrozada ¿Cómo se sentirían ellas? —se preguntaba—, con ese dolor no visible pero latente e intrínseco que ahora conocía, la sensación de sentirse utilizada con el mero objetivo de sacar dinero, sin importar los sentimientos o, más bien, pisoteándolos sin un mínimo de escrúpulos, el dolor pasaba a rabia contenida y ésta a llanto impotente.

Pasaban los días sin más. El viernes a mediodía salía Mamen de la Universidad rumbo a casa. A lo lejos, vio sentado en el portal a un individuo que ella identificó como a un vagabundo o, quizás también alcohólico, que le sonaba de haber visto en ocasiones por el barrio. No le dio mayor importancia, pero al llegar justo a la cancela el hombre se puso de pie y le preguntó: “¿Se llama usted Mamen?” Sí —dijo ella, con cierto temor. El hombre sacó un sobre marrón de su sucia chaqueta y se lo entregó, marchándose con un ligero tambaleo. Mamen, intrigada, miró el sobre, que no llevaba nada escrito, aunque advirtió al tacto que había algo duro y pequeño en su interior. Lo abrió con celeridad y comprobó que se trataba de un pendrive. Un mal presagio se le vino a la mente. Subió, conectó el ordenador, metió el pendrive, y se sentó a mirarlo. Sintió un fuego en el estómago que le subía hasta la cara, temblaba como una hoja. No podía seguir mirando, estaba aterrorizada. Las imágenes parecían sacadas de una película pornográfica con ella como protagonista, reconoció la cama de Carlos y el gran cuadro de la cabecera. En los escasos tres minutos que duraba aquel esperpento no se le veía la cara a Carlos en ningún momento; aunque ella sabía que era su cuerpo, su cabeza, sus manos recorriendo su cuerpo con lujuria, acariciando su sexo, sus pechos, sus muslos, mientras ella se dejaba hacer con gemidos de placer, llegando al éxtasis en ocasiones. ¿¡QUÉ PRETENDES CON ESTO!?! —gritó, como si él pudiera oírla. Estaba enloquecida, daba vueltas por el salón con las manos en la cabeza, sin poder pensar, sin otra reacción que la de un animal enjaulado. Totalmente fuera de sí.

No sabía el tiempo que había transcurrido. Le dolía el estómago, tomó una taza de caldo bien caliente con medio tranquilizante y se tumbó en el sofá. Pasado un rato, reunió las fuerzas necesarias y llamó a Carlos, pero tenía el teléfono apagado. Intentó a intervalos comunicarse con él, sin conseguirlo. Su mente parecía estar más despejada y comenzó a ver la situación con al menos un poco de sentido común. Carlos quería dinero y esto era claramente un chantaje, si hubiera querido difundir las imágenes, lo hubiera hecho directamente, no se las habría mandado a ella antes. Dedujo que la llamaría, no sabía cuándo, pero llegó a la conclusión de que lo haría. Mientras, lo que estaba haciendo era castigarla. En su mente retorcida no le bastaba con llevarse

su dinero, también quería humillarla. Lo vio en sus ojos, ahora lo sabía, cuando ella lo llamó “basura”. No le quedaba otra que esperar, en este trance no la podía ayudar nadie. Estaba totalmente a su merced, no quería ni imaginar que alguien viera esas imágenes. La vergüenza era tal, que prefería morir antes de que la vieran en semejante actitud. Pensaba en el trabajo, en su familia, en sus amigos... ni siquiera José podía verla así. Se sentía sucia, vulnerable. Su estado era lamentable. Desaliñada, con el pelo revuelto, descalza, los mismos vaqueros que había llevado durante todo el día, desabrochados. Empezó a tener frío y a temblar. Se dio una ducha caliente, se abrigó con un pijama y la bata gruesa gris, buscó calcetines de lana, y se calzó las zapatillas, sin perder de vista el móvil. Debió quedarse dormida en algún momento, la casa estaba en penumbras. Los tenues destellos procedentes de la calle se filtraban a través del fino visillo del ventanal. La noche cumplía su ciclo implacable.

Mamen prendió la lámpara de pie que tenía situada al lado del sillón y miró la hora. Eran las once de la noche. Le volvía a doler el estómago y sentía la necesidad de comer, cortó algo de fiambre y un poco de queso. Pero era inútil, simplemente no podía tragar, se le había formado un nudo en la garganta que se lo impedía. Apartó la bandeja con impotencia y lloró de nuevo. Pasados unos minutos, se levantó, quitándose las lágrimas de la cara a manotazos. Calentó un vaso de leche y sacó del armario del baño la caja de tranquilizantes, tomándose uno entero. Ahora sólo quería dormir, aunque, inconscientemente, luchó contra el fármaco hasta que éste la venció.

Abrió los ojos a la hora habitual. El sueño había sido placentero y reparador, se sintió a gusto en la cama. Había soñado con su infancia en Carmona. Se vio de niña correteando alrededor de la mesa camilla de su casa con la voz de su tata de fondo. Pensó en lo feliz que era entonces, cuando la mañana llegaba sola sin haberla premeditado, cuando, absorta, sorbía su taza de desayuno sin ver más horizonte que su propio borde, acurrucada bajo las sábanas. Se sintió protegida, intocable, pero un latigazo de realidad la obligó a levantarse de la cama. Fue directa a la cafetera, la cargó, y esperó pacientemente mientras el aroma impregnaba la casa y el negro líquido teñía el recipiente. Se sirvió una taza y se sentó en su ventanal, le parecía imposible, pero estaba tranquila. Hacía un día soleado, pero debía hacer un poco de viento porque veía los árboles mecerse acompasados. Observaba a la gente en su ir y venir, embutida en sus chaquetones con grandes bufandas enroscadas en los cuellos. Era una mañana cualquiera de sábado para aquellas personas. Pensaba, con tristeza, que no lo era para ella. El canalla de Carlos iba a extorsionarla cruelmente, no le cabía la menor duda. La exprimiría como a una naranja, hasta dejarla seca, y ella se lo daría todo con tal de que ese vídeo no se difundiera y no viera nunca la luz pública. Metida de lleno en estos pensamientos.

Le sobresaltó la llamada del móvil. Tragó saliva antes de cogerlo, pero vio que era José el que llamaba. No sabía muy bien si el hecho de que no fuera Carlos la defraudada o aliviaba.

—Hola, José, ¿qué tal?

—Hola, guapa. Te llamo porque vamos para el centro, y he pensado que podíamos tomar unas cañas juntos cuando terminemos las compras. ¿Te apetece?

—No mucho, la verdad —contestó Mamen, sin saber qué excusa poner.

—¡Anda, ámate! —insistió José.

—No, en serio, es que no me apetece salir. Tengo mal cuerpo, me parece que estoy incubando

algún virus o algo así.

—¿Te notas fiebre? ¿Nos pasamos luego?

—No te preocupes, José. Es sólo que tengo un día tonto, me he tomado un analgésico y seguro que se me pasa, no te preocupes. Pasadlo bien.

—Bueno, tú ganas. De todos modos, luego te llamo a ver cómo estás.

Mamen dejó el teléfono y se levantó del sillón. Tenía hambre, se preparó un bocadillo pequeño con el fiambre que aún tenía en el plato de la noche anterior y lo pudo ingerir sin esfuerzo. Le sentó bien, había recuperado fuerza. Recogió la casa para distraerse, no podía estar mano sobre mano durante más tiempo.

A mediodía volvió a sonar su móvil. Pensó que era José de nuevo para animarla a salir, pero, al mirarlo, no reconoció el número. No era nadie que tuviera en su agenda, aunque contestó igualmente.

—Hola Mamen, ¿has pasado buena noche?

A Mamen comenzaron a temblarle las rodillas. Era la voz de Carlos, que sonaba exageradamente contento.

No dijo nada, se quedó callada unos segundos.

—¿Estás ahí? —preguntó Carlos, seguido de una grotesca carcajada.

—Sí, estoy aquí. ¿Cuánto quieres? —preguntó Mamen, sin rodeos.

—Ah, veo que entras en razón, pero esto lo tenemos que hablar cara a cara. Los negocios se cierran con un apretón de manos, ¡cariño! No por teléfono. En fin, voy darte instrucciones. Mañana domingo vendrás a nuestro nidito de amor a las ocho en punto de la tarde, vemos unas películas que te tengo preparadas, más que nada para que compruebes mi amplia filmoteca, y luego cerramos el trato. También quiero hacerte una advertencia, si le dices una sola palabra a alguien, esto se hace viral en “cero coma dos” en internet. Te lo digo, “bonita”, por si se te va la pinza otra vez. ¿Te ha quedado claro?

—Perfectamente, adiós —contestó Mamen, seca y cortante.

Durante la jornada, y cada vez más serena, repasaba mentalmente las instrucciones que había recibido. No le gustaba la idea de tener que volver a esa casa, pero tampoco tenía miedo de hacerlo, sabía que era dinero lo que quería. No pensaba ni por un momento que le quisiera hacer daño físico, sería arriesgarse demasiado por su parte que ella fuera a solicitar una hipoteca con señales de agresión. De todas formas, pensaba que pediría esa maldita hipoteca, porque Carlos no se podía enterar de que contaba con más efectivo de lo que ella le había dicho. Le asaltó la duda con respecto a la cantidad de dinero que le exigiría, no tenía ni idea de lo ambicioso que se mostraría con la sartén por el mango. Luego le vino a la cabeza lo que le tenía preparado para que viese. ¿Desde cuándo me estaría grabando? —se preguntaba, desazonada. Decidió no pensar en ello por el momento. Necesitaba estar tranquila, con la mente despejada y, sobre todo, fuerte. Fuerte, ante un impresentable que gozaba con su sufrimiento, fuerte, por su propia dignidad.

Hizo algunas gestiones en su cuenta bancaria telemáticamente, varias simulaciones de créditos y

de hipotecas, llegando a la conclusión de que era una locura, un despropósito. “¿Qué garantías tengo de que, una vez que le haya pagado, no me pida más? ¿Qué me asegura que no subirá las grabaciones a internet, cuando considere que no pueda sacarme más dinero? ¿Qué enfermizo placer siente, arruinándome la vida?” Se le agolpaban en la cabeza las preguntas que, en vano, se hacía. Cerró el portátil bruscamente con los nervios a flor de piel. Era consciente de la ratonera en la que se había metido, no había salida, estaba totalmente a su antojo. Haría con ella lo que le apeteciera, lo que quisiera hacer. Lloró de impotencia, de rabia, de pena. Lloró hasta que dejó de tener fuerzas para seguir.

Por la tarde, llamó José. Quería saber cómo se encontraba, si estaba de mejor humor. Quería que cenaran juntos, que se vieran. Pero Mamen era justo lo que quería evitar a toda costa, que José la viera en el estado en el que se encontraba. A él no podría engañarlo y hacer como si nada estuviera pasando, notaría de inmediato su tristeza y su nerviosismo, por muy bien que ella lo disimulara. Volvió a recurrir a que no se encontraba bien. He pillado un buen resfriado —le dijo—, y es mejor que me quede en casa y no coja frío. Se despidió como siempre y sonó bastante convincente.

La espiral de crispación por donde buceaba Mamen llegó a su clímax el domingo por la tarde, a punto de salir de casa con dirección a Redes. Decidió salir temprano, coger un taxi hasta Reyes Católicos y, desde allí, seguir a pie dando un paseo hasta lo que se antojaba el patíbulo donde sería linchada a manos de Carlos. Hacía frío, había caído la noche. No circulaba mucha gente por la calle, oía retumbar sus pasos con un eco siniestro. Llegó a Redes, miró el reloj, las manecillas marcaban las ocho menos diez. Esperó en la puerta y, a las ocho en punto, llamó.

—¿Qué puntualidad! —exclamó Carlos, con cinismo, a la vez que hacía una vulgar reverencia que la invitaba a entrar.

Mamen cruzó la reja que daba paso al zaguán y al portalón de madera hasta llegar al salón sin articular palabra. Carlos la seguía, mirándola con satisfacción manifiesta. Subieron las escaleras que conducían al loft. Una vez dentro, Carlos sacó las llaves del bolsillo del pantalón, cerrando con dos vueltas la cerradura. Mamen se volvió, alarmada, y le preguntó.

—¿Qué haces? ¿Por qué echas la llave?

—Para estar más tranquilos —dijo con sarcasmo—. Ponte cómoda, cariño —continuó, señalándole el sillón del pequeño escritorio.

Mamen se sentó mientras él abría con sus llaves una consola antigua, donde pudo ver que tenía varios objetos y unos cuantos pendrives colocados en fila.

¡Éste es! —dijo.

Después de repasarlos, lo cogió y lo enchufó al ordenador portátil que descansaba en el escritorio. A medida que salían las imágenes, ella no hizo el menor gesto, permanecía en silencio. Aguantó unos minutos y cerró la pantalla. Levantó la cara y le dijo que no era necesario ver más y quería terminar cuanto antes con el chantaje.

—¿Chantaje? Esa es una palabra muy fea, cariño. Es sólo un negocio, yo tengo la mercancía, y tú la quieres comprar. De eso van los negocios.

—Bueno, pues dime cuánto vale la mercancía. Yo te la pago, y tú me la das —le dijo Mamen, con seguridad, y mirándolo a la cara.

—Ya sabes lo que quiero, sesenta mil euros. Tienes una semana de plazo —siguió Carlos, amenazante—, si no tengo el dinero el domingo que viene, date por la reina del porno para toda la vida. ¿Lo has entendido bien, mi amor? Ahora sigue disfrutando del espectáculo —dijo, mientras abría de nuevo el portátil, la cogía por el cuello y le hundía la cara bruscamente en la pantalla.

—¡Quiero irme! —exclamó Mamen, nerviosa

—No, todavía no te vas. Lo harás cuando yo te diga ¿O no te has enterado de quién manda aquí? Voy a darme una ducha porque tengo una cita importante a las nueve, y tengo que ir guapo. Así que, sé buena, y saldremos los dos juntos.

Carlos entró en el dormitorio y comenzó a sacar ropa del armario, que depositaba sobre la cama. Sacó un traje gris marengo cubierto por un plástico de tintorería, zapatos negros bien lustrados, camisa, y corbata. Todo de marca, de buena calidad. Ciertamente, parecía que el evento era importante. Luego, se metió en la bañera, y abrió la ducha.

Mamen estaba muy nerviosa. Tenía miedo, quería salir de allí lo antes posible. Su instinto le decía que huyera, creía que la dejaría encerrada hasta que él volviera de su cita. Sintió pánico. Se acercó a la puerta del dormitorio, estaba abierta como lo estaba la del baño en suite. Lo podía ver a través de la sofisticada cortina de flecos de la bañera. Le daba la espalda a Mamen. Ésta no lo pensó, entró rápidamente y cogió el pantalón que Carlos había tirado al suelo. Guardaba las llaves en uno de sus bolsillos, ya lo tenía en la mano cuándo él se volvió, descubriéndola. Quiso darle un manotazo, que ella esquivó cayendo al suelo delante de sus ojos. Vio el pie de Carlos, que se posaba en la alfombrilla de rizo, intentando salir de la bañera apresuradamente. Ella clavó sus rodillas en el suelo y tiró con todas sus fuerzas hasta quedarse con la alfombrilla en las manos. Carlos perdió el equilibrio, cayendo hacía atrás. Se produjo un tremendo estruendo cuando su cabeza golpeó contra la grifería y todo quedó en silencio. Mamen permanecía en el suelo, de rodillas, inmóvil como una estatua de barro. Completamente en shock. La escena era dantesca, un reguero de sangre manaba de la parte posterior de la cabeza, recorría el brazo izquierdo y se perdía en la bañera tintándolo todo de rojo a su paso. Mamen se incorporó lentamente retorciendo la alfombrilla entre sus manos. No tenía valor para tocarlo, sólo lo miraba como una mera espectadora. El cuerpo estaba inerte, con los ojos cerrados, y su boca entre abierta con un gesto de dolor. No sabía qué hacer, dejó la alfombrilla en el suelo, y salió del baño. Se sentó en la rinconera del salón, sin culpa, ajena a las consecuencias. Absolutamente enajenada, vio su bolso sobre la mesa, cogió el móvil, y llamó a su amigo.

—Dime, guapa. ¿Te has pensado mejor lo de la cena? —contestó José, ajeno a la tragedia.

—José —dijo Mamen, ahogada en lágrimas—, tienes que venir, estoy en un lío muy gordo, tienes que venir —insistía.

—Mamen, me estás asustando. ¿Qué pasa, dónde estás?

—Estoy en Redes, en casa de Carlos. ¡Creo que lo he matado!

—¡¿Pero qué estás diciendo?! ¡Vamos para allá!

—Por favor, rápido, yo estaré abajo para que no llaméis. Lo siento, José, lo siento mucho.

—Tranquila, cariño, ya vamos.

En apenas veinte minutos, Mamen los oyó llegar, aunque a ella la espera le resultó interminable. Les abrió y subieron rápidamente. Al entrar en el cuarto de baño, José se estremeció agarrándose al brazo de Ismael, que se soltó para tomarle el pulso a Carlos. Lo intentó varias veces, pero no lo encontraba. Animó a José a que lo intentara él. Lo hizo, pero tampoco él le notaba pulso. Salieron del baño y Mamen les contó lo que había pasado. Ismael quería ver el pendrive, ella no se lo impidió. Después de unos minutos, Ismael se dirigió al dormitorio y se fijó en el gran espejo apoyado en el suelo de los pies de la cama. Vio una coqueta mariposa en una de las escuadras, volvió el espejo y la despegó. Con ella en la mano, volvió al salón y, mostrándola, dijo “esta es la cámara inalámbrica, seguramente, el ordenador sea el receptor de las grabaciones”. Mamen comenzó a llorar. Ismael la abrazó diciéndole que ahora tenía que ser fuerte, se sentó junto a ella y comenzó diciendo “aquí sólo hay dos caminos a seguir; o bien llamamos a emergencias y decimos que ha sido un accidente fortuito, aunque tengamos que contestar a muchas preguntas, o bien nos llevamos el portátil y todo lo relacionado con el chantaje, intentamos mantener la casa como está y que lo encuentre la señora de la limpieza cuando venga”.

—Mañana —dijo Mamen—, mañana viene Luisa.

—Tú decides, Mamen —dijo Ismael.

—Yo apuesto por la segunda opción —dijo José, nervioso.

—Yo también —confirmó Mamen. ¿Y tú, Ismael?

—Ya te he dicho que tú decides. Yo la verdad es que, como profesional, debería llamar a emergencias, pero como amigo creo también que la segunda opción es la más segura.

Empezaron a recoger el ordenador, que metieron en bolsas de basura. Mamen abrió la consola e Ismael les dijo que no tocaran nada, le preguntó si había guantes en la casa, ella le dijo que debajo del fregadero había un par. Ismael se los puso y recogió varios pendrives rotulados con nombre de mujeres, abrió una caja rectangular que contenía recibos de haber empeñado joyas, la cerró, y la dejó donde estaba. También había una caja fuerte de esas rojas de ferretería, probó varias llaves hasta que pudo abrirla. En su interior había mucho dinero, unos cuarenta mil euros en billetes de quinientos, Ismael miró a Mamen y le dijo que se lo tenían que llevar, que de ahí cogiera lo que le había estafado y el resto se podía donar anónimamente a una o varias ONG. Porque ese dinero —avisó—, haría sospechar a la policía de que estaba metido en algo ilegal y la investigación podría salpicarle. Cuando hubo terminado, lavó las llaves y las secó a conciencia. Se fue al baño y, cogiendo la mano derecha de Carlos, le puso las llaves en sus dedos apretándolos, para que sus huellas quedaran impresas. Luego dobló y separó la alfombrilla y, por último, lavó los guantes de goma por ambos lados y los colocó donde estaban. Bajaron las escaleras y, ya en el zaguán, José salió primero para asegurarse de que no hubiera nadie en la calle. Mamen e Ismael esperaron a que José les diera un toque al móvil como señal, y salieron.

Llegaron al coche de José, que lo había aparcado cerca, se subieron, y se encaminaron a casa de Ismael. Mamen estaba demasiado nerviosa como para quedarse en su casa. Esa noche ninguno de los tres pudo dormir. A Mamen le daban brotes de ansiedad que a duras penas superaba. José

no hacía otra cosa que abrazarla, pero no hablaba, no decía ni una palabra. Ismael había guardado las bolsas en su despacho, parecía que estaba más entero que ninguno. La larga madrugada daba paso al día. Sobre las seis, José preparó café, Ismael lo tomó, y se metió en la ducha. Tenía que estar en los Juzgados a primera hora. Mamen y José decidieron no ir a trabajar, llamarían pretextando que estaban enfermos y permanecerían en casa a la espera de las noticias que pudiera traer Ismael.

José y Mamen pudieron dar una cabezada en el sofá. El sol entraba a raudales por la cristalera de la terraza. El móvil de Mamen los sobresaltó. Ella, confusa, miró a José.

—¡Es Eduardo! ¿Qué hago? —preguntó, angustiada.

—Cógelo —le apremió José.

Ella contestó lo más tranquila que pudo.

—Hola Eduardo, buenos días.

—Hola Mamen, mira, te llamo porque ha pasado algo. He intentado localizar a Ismael, pero no atiende el teléfono. Acabo de venir de Redes, que menudo jaleo tenían montado en la calle. No he podido hablar con Luisa porque, según me han contado las vecinas, esta mañana cuando llegó se encontró a Carlos tirado en la bañera con la cabeza abierta. ¡La pobre mujer! ¡Vaya cuadro! Ha salido a la calle chillando como una loca, la vecina de enfrente ha llamado a emergencias y se lo ha llevado una ambulancia. Luisa va con él, pero no me he enterado a qué hospital han ido. En fin, lo que yo digo, ““a todos los cerdos les llega su San Martín”. Te llamaré luego si me entero de dónde está.

—Pero... ¿Está vivo? —articuló a duras penas Mamen.

—Claro, mujer, si hubiera estado muerto no se lo lleva la ambulancia, sino el furgón fúnebre —contestó Eduardo, pensando en lo absurdo de la pregunta.

—Claro, claro —dijo Mamen—. Muchas gracias, Eduardo, por llamar.

José, delante de ella, le hacía señas como si dirigiera el aterrizaje de un Jumbo con problemas. ¡Cuenta, cuenta! — decía, al borde del infarto.

—¡... Está vivo! —exclamó Mamen, sin estar segura de si eso era bueno o malo.

José comenzó a llamar a Ismael compulsivamente, sin obtener respuesta. Por otro lado, Mamen se había quedado pillada. Tenía la mirada fija en un punto, estaba como ida. José, al percatarse de lo rara que estaba, soltó el teléfono y se sentó junto a ella, abrazándola. —No te preocupes, cariño, ya no te puede hacer daño, aunque esté vivo —le decía. Pero para sus adentros pensaba que era imposible, que no tenía pulso y se había pasado la noche en una bañera. ¿Cómo podía estar vivo? No quería preocupar más a su amiga, pero estaba aterrado.

Ismael tardó más que ningún día en llegar, pasadas las tres de la tarde. Acababa de dejar a Eduardo y traía alguna noticia nueva. A Carlos lo habían llevado a Cuidados Intensivos del Virgen del Rocío. Estaba grave, pero estable, aunque no había recobrado la conciencia en ningún momento, había ingresado ya en coma.

José se metió en la cocina y preparó el almuerzo. Ismael le sugirió que fuese una comida ligera,

porque tenía más sueño que hambre. Mamen estuvo de acuerdo. A ella le pasaba igual, terminaron de comer y dejaron a Mamen el sofá del salón cubierta con una manta y ellos se fueron al dormitorio, donde durmieron hasta bien entrada la tarde. Mamen decidió marcharse a su casa y a Ismael le pareció buena idea, tenían que volver a lo cotidiano lo antes posible. La acompañó a la parada de taxis y volvió a su casa. Fue directo al despacho y visionó en su portátil los pendrives, que había cogido de casa de Carlos. Uno de ellos le llamó la atención por contener el nombre “Irene”. Llamó a José y le preguntó si la conocía. José entró en el despacho secándose las manos con un paño de cocina; cuando vio las imágenes, exclamó: —“¡Si es la purísima!”, “¡hija de puta!”, fue ella quien le presentó al indeseable —dijo José, indignado—. Seguramente —lo atajó Ismael—, lo hiciera obligada por Carlos, a ella también la chantajeaba, a saber, si ya estaba sin blanca y este chulo la puso en la disyuntiva de presentarle a Mamen o hacer público el pendrive que la comprometía tanto como a ella. No lo sé, pero, a mí me da toda la pinta. ¿A ti que te parece?

—Hombre, visto así, la verdad es que es muy posible —reconoció José.

—¿Qué haremos con todo esto? —preguntó a continuación, pasando la mirada por el escritorio.

—Destruirlo —contestó Ismael—. Apagó el ordenador, le echó el brazo por los hombros, y salieron del despacho.

Mamen llegó a su casa, se dio una ducha y se puso cómoda. Se alegraba de haber vuelto, estaba tranquila, la ducha la había relajado, aunque se dio cuenta que había encendido todas las luces que tenía. Apagó sólo algunas, no estaba para penumbras —pensó—, seguía cansada a pesar de la siesta. No tenía hambre, se tomó un vaso de leche caliente y se metió en la cama con el libro de mesilla, que apenas pudo leer, porque no tardó mucho en caer rendida. El día había sido el peor y más largo de su vida.

No se sentía responsable de lo que le pudiera pasar a Carlos. Ella había actuado en defensa propia —se repetía una y otra vez—, nadie podía doblegar a una persona a su propio interés, humillarla, saquearla, engañarla y utilizarla como mera fuente de ingresos, como la mercancía que ella misma le había proporcionado pensando ilusamente que era amor. No, no le importaba si vivía o moría. Era escandaloso, incluso abominable, este sentimiento, pero era él quien había alimentado día tras día al monstruo que ahora salía de su pecho, desbocado e implacable, cerniéndose en torno a todo su ser. No quería pensar en venganza, sólo en justicia. Quizás, esa justicia divina que, en su mente agnóstica habría quedado como reminiscencia de la educación católica recibida.

Pasaron algunos días sin noticias relevantes. Hablaba a diario con José, habían retomado sus rutinas, sus trabajos, sus vidas, con normalidad aparente. El jueves por la tarde, Ismael y José se pasaron por su casa sin avisar. Mamen se alarmó con la visita, nerviosa, los hizo pasar con cara desencajada. Ismael la tranquilizó, le dijo que lo había llamado Eduardo y quería reunirse con ellos. Mamen, asustada, le preguntó qué era lo que quería Eduardo, ya le había pagado su minuta y dado por concluidos sus servicios. Ismael asentía con la cabeza. Sí, Mamen —le dijo—, estamos de acuerdo, pero nos interesa hablar con él, no sé lo que ha averiguado. De todas maneras, no queremos que Eduardo se huela que le estamos ocultando algo y comience a averiguar por su cuenta, ten presente que ha sido policía, y “policía una vez, policía siempre”. Yo sugiero —continuó—, que tengamos esa reunión mañana, que oigamos lo que tiene que contar, debe darse

cuenta él mismo de que hemos perdido el interés en el asunto. Hay que dejarle caer, con sutileza, que una vez recuperado el coche y el sinvergüenza en la UCI, te has hecho a la idea de que no recuperarás el dinero que le dejaste y que, por tu parte, lo que necesitas es pasar página. A Mamen le pareció sensato el planteamiento de Ismael, de manera que aceptó la reunión al día siguiente en su casa. No obstante, la inesperada visita le produjo bastante inquietud.

A la hora convenida llegaba Eduardo con su habitual puntualidad inglesa. José e Ismael llevaban un buen rato en casa de Mamen. Después de los saludos, se sentaron en el salón. Eduardo sacaba del bolsillo su legendaria libreta de notas repasándola con tranquilidad. Bien —dijo, soltándola en la mesa—, el jueves fui a ver a Luisa, la pobre mujer todavía tenía el susto en el cuerpo. Me contó con pelos y señales los pormenores del macabro escenario que se encontró el lunes por la mañana. Ya, al entrar, dijo que le pareció raro que ni la cancela ni la puerta de madera de la casa tuvieran la llave echada. Una vez en su interior, vio un haz de luz que procedía del ático. Subió las escaleras llamando a Carlos, pero nadie contestaba. Entró en la habitación y vio ropa en la cama, miró en el cuarto de baño y se lo encontró. Salió chillando a la calle y la interna de enfrente, que estaba limpiando el zaguán, llamó a emergencias. Llegaron en diez minutos. Ella subió delante para indicarles dónde estaba, pero, cuando llegaron, le dijeron que se quedara fuera. Tardaron un buen rato hasta que lo sacaron en camilla con una mascarilla de oxígeno en la boca, les dijo que no era familiar pero que lo acompañaría en la ambulancia. Una vez en el hospital, llamó a Mr. Williams, que se quedó muy afectado y le dijo que intentaría llegar a Sevilla lo antes posible, que él mismo se ocuparía de llamar a su madre, pues no tenía otro número de contacto que ese. Sabía que tenía una hermana, pero no podía localizarla, de todas formas, que yo no me preocupara, que me fuera a casa y que él me llamaría cuando llegara. El mister —continuó Eduardo—, llegó el mismo lunes por la tarde, y la madre y hermana de Carlos casi a la par, pues las mujeres venían de Córdoba, donde viven. También me dijo Luisa que los médicos le habían dicho que Carlos había tenido mucha suerte porque ella había llegado temprano. Aunque su estado era muy grave, ellos harían todo lo humanamente posible y que estaba en buenas manos, le dijo el doctor.

Eduardo guardó la libreta y dijo que el objetivo de la reunión era simplemente por si ellos querían que hiciera el seguimiento de la evolución de Carlos, que a él no le costaba trabajo ir de vez en cuando al hospital y hablar con la madre, que lo haría sin cobrar nada por deferencia hacia Ismael.

El ofrecimiento de Eduardo los dejó descolocados. Se miraban los tres con el interrogante en los ojos. Habló Ismael, por la alusión, dándole las gracias por su estima y concluyó diciendo que no sería mala idea que, de vez en cuando, recalando estas últimas palabras, se pasara por el hospital y que, por favor, lo informara a él de las novedades porque Mamen lo había pasado francamente mal y ahora lo importante era que olvidara todo este embrollo lo antes posible.

—Sí —dijo Mamen—, quiero pasar página y retomar mi vida, olvidarme cuanto antes de ese malnacido.

—Te entiendo perfectamente —dijo Eduardo, convencido.

Con la marcha de Eduardo los tres amigos respiraron tranquilos, excepto el momento de incertidumbre que éste había provocado en ellos y que Ismael había resuelto con elegancia, estaban satisfechos por el resultado. Mamen había aguantado bien la noticia de que Carlos tenía

madre y hermana sin mostrar sorpresa.

José propuso ir a cenar, salir un rato, despejarse. Y así lo hicieron, todos se esforzaron por no tocar el “tema Carlos”. Lo ignoraron deliberadamente, como si fuera tabú hablar de ello.

A medida que transcurrían los días, la incertidumbre del estado de Carlos atemorizaba a Mamen como una espada de Damocles sobre su cabeza. ¿Qué ocurriría si Carlos despertaba? ¿Si se acordaba de que fue ella quien le provocó la caída? ¿Qué pasaría entonces? Eran preguntas sin respuestas, lo sabía, pero era imposible dejárselas de hacer. Brotaban solas, se imponían en su mente dotadas de vida propia.

Comenzaba el mes de junio, un sol de justicia horneaba Sevilla. El curso había entrado en su recta final, las noticias del hospital seguían estancadas. Carlos no respondía a estímulos, Ismael veía a Eduardo todas las semanas cuando se pasaba por los Juzgados a reportarle información al abogado de turno que había necesitado sus servicios y, al terminar, buscaba a Ismael para, dependiendo de la hora, tomar un café o el aperitivo. Le contaba que se había familiarizado con la madre de Carlos, Paquita. La mujer despertaba en él compasión, le había procurado una habitación económica, cerca de la ciudad sanitaria porque no se quería separar de su hijo. Incluso él había hablado con los médicos por si se podía hacer un traslado a Córdoba, pero lo habían desaconsejado por el momento. Paquita se lamentaba de la mala fortuna que había tenido su hijo, se había casado con Gema, una mujer mucho mayor que él. Ella tenía un hijo de un matrimonio anterior que ya era un hombre y estudiaba en el extranjero, pero que el matrimonio no duró ni seis meses. Gema era una mujer con dinero de una buena familia de arquitectos de Sevilla, bien criada y caprichosa que, cuando se cansó de él, lo denunció por malos tratos y porque según ella le había robado unas joyas antiguas que tenía. Eso le costó a su pobre Carlos un año en la cárcel, su abogado le había dicho que la familia era muy influyente y que por eso lo condenaron. Le costó mucho encontrar trabajo, hacía chapuzas y trabajillos de poco tiempo y eso le daba para vivir. Más adelante, conoció a Mr. Williams, y lleva cerca de tres años trabajando con él. El señor Williams le tenía mucho aprecio, y ella le estaba muy agradecida de que hubiera venido tan rápidamente desde tan lejos. En fin, que el pájaro es de cuentas —le decía Eduardo, mientras apuraba su caña. Ismael, que no perdía puntada, le preguntó si él sabía que tenía antecedentes—. ¡Yo qué iba a saber! —exclamó Eduardo—, si el muy cabrón dijo que era argentino, y no sabíamos el segundo apellido, ni nada que lo identificara. A Paquita —siguió—, no le he comentado nada de nada, demasiado mal lo está pasando la mujer como para que yo le diga la prenda de hijo que tiene. Además, le he dicho a ella que soy voluntario de la parroquia y visito a los enfermos.

Ismael le contaba a José sus conversaciones con Eduardo y entre los dos decidían qué contarle a Mamen, para no alterarla más. Ella se había metido de lleno en su trabajo, en estas fechas siempre se estresaba. Tenía parciales, exámenes finales, tutorías... En definitiva, mucho trabajo.

Esa mañana de lunes vio a Irene en el pasillo. Le pareció que la esperaba, cuando llegó a su altura, la saludó con un seco “buenos días”. Irene la tomó del brazo y le dijo que tenía que hablar con ella. Mamen le dijo que la siguiera. Llegaron hasta el despacho que ella compartía, Irene le pidió que echara la llave y ella lo hizo sin preguntar. Se sentaron delante del escritorio y, ante la mirada interrogante de Mamen, Irene, sin dejar de jugar con sus manos, empezó disculpándose. “Siento mucho haber tenido que presentarte a Carlos”. Mamen hizo un gesto de repulsa y ella,

cogiéndole las manos, le suplicó que la escuchara. “Yo conocí al hombre de mi vida, me enamoré de él como una idiota. Los primeros tres meses parecía que me había tocado la lotería, todo era una balsa de aceite, era un ser maravilloso, un príncipe de cuento de hadas. Hasta que empezó a pedirme dinero, luego el coche, que me obligó a transferirle, me enseñó un pendrive en la cama con él haciendo el amor, practicando sexo, a veces duro. Me amenazó con subirlo a internet si no le pagaba, me obligó a prostituirme. Él me ofrecía como un trozo de carne a personas que conocía, a hombres de negocios sin escrúpulos, le pagaban a él directamente. Era humillante, no puedes imaginarte por lo que he pasado. Más adelante, se fijó en ti, te investigó. Sabía que eras de buena familia, que no dudarían en pagar cuando tú no pudieras hacerlo, para acallar el escándalo. Había potencial, decía, y me necesitaba a mí para que hiciese de Celestina y pudiera empezar una relación contigo. Me amenazó con subirme a internet si no le obedecía, me tenía en sus manos, no podía hacer nada”.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora? —preguntó Mamen, con la voz rota.

—Porque me voy, me voy en cuanto termine el curso. Lo tengo todo arreglado, me haré un cambio de imagen, allí nadie me conoce. ¡No puedo más! —dijo, derrumbándose en sollozos.

—¿Qué te vas?, ¿dónde? —Mamen se arrepintió de preguntar. Inmediatamente después de hacerlo, lo quiso arreglar con un “bueno, eso a mí no me importa”.

—A Honduras —atajó Irene—, concretamente, a la Universidad de Tegucigalpa. Verás, quería decirte que Carlos ha tenido un accidente en la bañera y lleva un mes en coma, no sé si se despertará, aunque está muy grave, pero hasta aquí llegué. ¡Ojalá no despierte nunca! —exclamó, rompiendo a llorar de nuevo—. Mamen se compadeció de ella y le cogió las manos.

—Ya lo sabía, Irene, y no te preocupes por nada. Vete, empieza una nueva vida, y no mires atrás. Los pendrives ya no existen, ve tranquila —dijo Mamen, sin un ápice de rencor.

—Pero, ¿cómo que no existen? —preguntó Irene, secándose las lágrimas con los puños de su camisa.

—No me preguntes, Irene, no te puedo decir más. Confía en mí.

Ambas mujeres salieron del despacho y se fundieron en un abrazo en el pasillo bajo la mirada de extrañeza de profesores y alumnos que cruzaban o se arremolinaban ante los tablones que pendían de las paredes comprobando interminables listas. Nunca volvieron a hablar de Carlos, se vieron por última vez en la fiesta de despedida que los compañeros y alumnos le dedicaron a Irene, que se marchó para no volver.

Por la tarde llamó José, como cada día, le notó la voz más alegre. Mamen no le dijo nada respecto a Irene, no quería hacerlo por teléfono, y no estaba segura sobre si Ismael aprobaría el lapsus de sinceridad que había tenido con su compañera. Aunque para ella, el haber escuchado a Irene le había causado un efecto reparador, como una compresa helada sobre la piel ardiendo. Reconoció el sufrimiento ajeno como propio, las dos eran la misma víctima del mismo depredador y, aunque pareciera absurdo, sentía un sosiego indescriptible. Tampoco José le comentó nada de Eduardo, de manera que la llamada fue corta. Hablaron del trabajo y de las ganas que tenía José de perder de vista a los cabritillos que, según él, tenía por alumnos.

Eduardo seguía poniendo al corriente a Ismael de todo lo que se movía por el hospital. Paquita

le había contado que el fin de semana vino su hija a ver a su hermano, que vino sola porque su yerno se había quedado con los niños. También le contó que había venido una mujer joven y muy guapa que le dijo que era amiga de Carlos. Se había enterado del accidente, dijo que se llamaba Elena y que volvería para interesarse. El médico había hablado con ella por la mañana, y no era muy optimista. Le dijo que el tiempo jugaba en contra, y que no le podía decir si su hijo despertaría; pero Paquita no desesperaba, estaba convencida de que lo haría.

José llamó a Mamen feliz, no le veía la cara, pero, por su tono de voz, debía tener una sonrisa de oreja a oreja.

—Mamen, ¡me caso!

—Pero ¡¿Cómo, ¡¿Cuándo?!

—No lo sé, me lo ha pedido Ismael, ¡y le he dicho que sí!, ¡que quiero pasar con él toda la vida!

—¿Y tu madre, se lo vas a decir?

—¡Coño, Mamen! Con lo contento que estoy, ¿me la tienes que nombrar?

—Perdona, cariño, lo he dicho sin pensar.

—Ismael ya se lo ha dicho a sus padres. Lula quiere que nos casemos en Santander, así que ve preparándote porque tú eres mi testigo.

—¿Qué fecha habéis pensado?

—Todavía no lo sabemos, pero queremos que sea antes de septiembre.

—Sabes que me alegro de corazón, ¡transmítele mi enhorabuena a Ismael!

—¡Eso! Y a mí que me zurzan.

—Para ti, se me queda corta la palabra. Te quiero, adiós.

A Mamen se le endulzaron los ojos, nunca creyó que llegaría este momento. No conocía a este nuevo José, Ismael le había dado fuerza, seguridad. Estaba orgullosa de su amigo, pero no podía dejar de pensar en doña Mercedes. ¡Menuda sorpresa le esperaba!

El viernes por la noche salieron a cenar. Celebraron el futuro enlace hasta las cinco de la mañana, José estaba eufórico, no paraba de hablar, e Ismael reflejaba la felicidad en su cara. Hicieron todo tipo de planes, Mamen estaba encantada de ser su testigo. Preguntaba a José cómo se vestiría, cómo se peinaría, contagiada del torbellino de su amigo. Cuando la dejaron en casa, tuvo dificultad para meter la llave en la cerradura. Abrió Ismael, preguntándole entre risas “¿encontrarás tu casa?”. Mamen tenía la lengua demasiado gorda para contestar, dijo adiós con la mano, y subió.

Por la mañana, con una resaca indecente, contestó el teléfono, murmurando entre dientes “este hombre no para, es incansable”.

—Dime, José, habla bajito que me duele la cabeza.

—¿Resacón horrible? —bromeó José—, oye, he pensado ir el domingo a Carmona, los malos

tragos hay que pasarlos cuanto antes. Te lo digo por si te apetece, porque a la vuelta me temo que necesitaré una amiga cerca.

—Sí, voy contigo. Voy a casa y veo a mis padres mientras dura el cataclismo en la tuya, además, alguien tendrá que llamar la ambulancia, ¿no?

—Estás tú muy graciosa con la resaca, ¡guapa! Mañana nos vemos sobre las doce en tu casa. ¡Bebe mucha agüita, bonita! —le dijo José, con bastante coña.

El domingo a media mañana salían para Carmona. José parecía tranquilo, bastante entero. En cambio, Mamen sentía un nerviosismo interior que le provocaba una leve tartamudez. No hablaron mucho en el trayecto, ella le preguntó si le parecía bien que se lo dijera a sus padres, que de todas maneras se iban a enterar y prefería hacerlo personalmente. José se lo agradeció. Mamen lo dejó en la puerta de su casa, deseándole toda la suerte del mundo, pues la iba a necesitar, y siguió hasta la suya.

Doña Mercedes salió a recibir a su hijo, lo besó como siempre y se quejó como siempre de las pocas veces que lo veía. Tenía la mesa puesta, un olor a carne estofada salía de la cocina. José miró a su madre con semblante serio y le pidió que se sentara en el incómodo sofá del saloncito. Ella lo miró con recelo, él contestó a la mirada con un seco “tenemos que hablar”. Mamá —comenzó con solemnidad—, he venido a terminar con esta farsa de una vez por todas. Quiero que me escuches con atención porque de ti dependerá nuestra relación de ahora en adelante. Doña Mercedes, que lo estaba viendo venir, sacó su fino pañuelo que guardaba en la bocamanga de su suéter previniendo que lo usaría. “¡Soy gay!, ¡No me gustan las mujeres! Tengo novio y nos vamos a casar, y me tienes que aceptar tal y como soy, ¡no hay más!”

Había estado ensayando durante dos días. Tenía preparadas formulas menos bruscas de decirlo, pero, en ese momento, no se acordaba de ninguna y se lo soltó de sopetón. A doña Mercedes no le hizo falta el pañuelo, se llevó la mano al pecho y su rostro comenzó a tornarse azul. José, aterrado, llamaba a emergencias con un horrible sentimiento de culpabilidad. La voz al otro lado de la línea le decía que la ayuda llegaría enseguida, mientras le daba instrucciones de cómo atender a la paciente en lo que llegaba la ambulancia.

Mamen y su madre, que habían recibido la llamada de socorro de José cuando ya había llegado el equipo de urgencias, entraron en el momento que el médico hablaba con él. Ha sido un ataque de ansiedad, y esto le ha provocado una subida de tensión. Le hemos puesto tratamiento y estará bien en un rato, obsérvela y vigile que la pastilla sublingual se deshaga por completo. El electrocardiograma está normal, la tensión, controlada y, por nuestra parte, no creemos necesario ingresarla. Debe estar tranquila —le decía el médico a José, estrechándole la mano.

Mamen abrazó a su amigo, a quien se la habían llenado los ojos de lágrimas. Se sentía demasiado culpable como para quedarse allí. Doña Esperanza hizo venir a la tata para que se quedara ese día cuidándola y le dijo a José que era mejor que se volviera con ellas a casa, almorzaran y luego, más tranquilos, se marcharan, que Rosario la cuidaría bien y ella se pasaría por la tarde.

José apenas pudo dar bocado, la pena lo ahogaba. Era consciente de que había sido el principio del fin, que su madre jamás lo aceptaría y que tampoco lo perdonaría mientras viviese. Y aunque a él le hubiera gustado simplemente ignorarla, no pudo, le dolía como una garra de uñas afiladas

que pretendiera llevarse su corazón. Don Pedro y doña Esperanza lo despidieron con un fuerte abrazo, que a él se le antojó como un adiós definitivo, aunque repleto de afecto.

Se marcharon temprano, hasta no abandonar el pueblo ninguno de los dos cruzó palabra. Mamen lo miraba de reojo cada vez que José exhalaba un profundo suspiro.

—Venga, José, ya pasó. Sabíamos que tu madre no lo pondría fácil, ¡hombre y mulato!

—No, si lo de mulato no me dio tiempo a decírselo, le dio el “parraque” antes.

Mamen lo miró aguantándose la carcajada, pero al encontrarse con sus ojos la liberaron ambos al unísono. Era imposible, por muy mala que fuera la situación, contener la risa. Así ponían de manifiesto su complicidad incuestionable que, a lo largo de los años, habían cultivado con tanto tesón.

Doña Mercedes se negó a hablar con su hijo. A través de Mamen supo José que le prohibía volver a pisar su casa. No le podía prohibir pisar el pueblo porque no estaba en su mano, aunque de todas maneras se lo pedía por favor si es que le quedaba algo de vergüenza. Fue la tata quien se lo comunicó a Mamen, también le dijo que no se preocuparan, que se encontraba bien, que sólo había sido un ataque de cojones que le había dado a la doña y ya estaba totalmente recuperada. Lo sabía porque había recuperado su mala leche de siempre. Quería que le transmitiera a José su enhorabuena y un beso muy fuerte y que, por favor, le enviara una foto de la boda, que la quería guardar de recuerdo.

Superado y asumido el incidente, José e Ismael siguieron con los preparativos de la boda. Lula se había metido de lleno en procurarles la ceremonia más bella que pudieran soñar. Hablaba a diario por Skype con ellos mostrándoles escenarios bellísimos donde llevar a cabo el evento, a través del mismo medio había conocido a Mamen, con quien mantenía interminables charlas. Estaba llena de ideas, totalmente ilusionada con el enlace, quería que fuese algo único e irrepetible. No podía entender la reacción de doña Mercedes y su ternura por José se tornó infinita. Barajaban fechas en la primera quincena de agosto, elaboraban listas de invitados, deseaba que Mamen formara parte activa como la única familia con la que José contaba. Era conocedora del profundo cariño que los unía y lo importante que era para él tenerla cerca.

El dieciséis de junio a las siete de la mañana, Carlos abrió los ojos. El revuelo en la unidad que en estos casos se origina fue el habitual. Se dio aviso al equipo médico, que inmediatamente rodeaba la cama ante los ojos espantados de Carlos, quien miraba confuso hacia la izquierda y la derecha incapaz de articular palabra, sometido a una primera exploración y evaluación facultativa. Sus constantes vitales parecían normalizarse, aunque no pudieron determinar qué grado de conciencia tenía. Su cuerpo no respondía a estímulos físicos, por lo que prescribieron una mayor vigilancia en las primeras horas, manteniendo un compás de espera hasta comenzar la batería de pruebas radiológicas y clínicas pertinentes. Paquita, que se encontraba en el hospital desde primera hora de la mañana, conoció la noticia minutos después de que se produjera. Por la excepción del caso, le habían permitido la visita fuera de hora. La mujer, emocionada y nerviosa, llamó a Eduardo para darle la buena noticia y éste quedó en visitarla más tarde.

Eduardo se pasó por los Juzgados a media mañana buscando a Ismael, a quien se encontró en la misma puerta cuando éste se marchaba. Eduardo le dio la noticia a bocajarro a modo de saludo, Ismael lo tomó del brazo indicándole con la mano la dirección del bar que solían frecuentar.

Ismael, que en un principio se quedó impresionado por la sorpresa, se recompuso como pudo para que su interlocutor no se percatara de su nerviosismo. Pidieron unas cañas y Eduardo le narró la conversación mantenida con Paquita, incluso filosofó sobre el instinto que podía tener una madre convencida como Paquita de que su hijo despertaría. Era evidente la compasión que había despertado en él esa mujer. Se despidieron asegurándole que lo pondría al corriente cuando volviera del hospital por la tarde. Ismael, sin querer demostrar más interés que el puramente humano, le dijo que como él quisiera.

Llegó a casa, José estaba en la cocina trajinando. Lo besó, conduciéndolo de la mano hasta dejarlo sentado en el sofá.

—¿Qué pasa? —preguntaba, escamado.

—No te alteres, por favor, no te alteres. Hay novedades sobre Carlos —dijo Ismael, manteniendo la calma—. Ha despertado del coma, no ha dicho ni hecho nada, solamente ha abierto los ojos, no se sabe todavía qué secuelas puede tener, si es que las tiene, así que hay que estar tranquilos y tener paciencia. Esto —continuó—, se lo tenemos que decir a Mamen, no podemos ocultárselo.

José se quedó petrificado en el asiento, incapaz de razonar. Sólo pensaba en Mamen, en el miedo que le produciría enterarse. ¿Qué recordaría Carlos? ¿Qué le pasaría a ella? —se preguntaba con el miedo y la angustia reflejada en sus ojos.

—¡Hay que sacarla de España! Llévrsela lejos, quitarla de en medio —decía José, atropellando sus palabras en un frenesí lingüístico.

—Tengamos calma —suplicaba Ismael, viendo a su compañero en ese estado de crispación—, primero tenemos que hablar con Mamen, quedaremos esta tarde en su casa, pero tenemos que estar tranquilos —insistía—, tenemos que pensar con claridad, no podemos empeorarle la situación, es ella quien tiene que decidir. ¿No lo entiendes? Cálmate, por favor —suplicaba Ismael.

Mira, José, creo que es mejor esperar a que Eduardo me llame cuando venga del hospital y cuando me cuente lo que está pasando podremos informar mejor a Mamen de la situación y buscar la salida adecuada a este despropósito, que parece empeorar con el tiempo. ¡Esto es una auténtica pesadilla! —exclamó Ismael.

Llamó Eduardo, por la tarde. La evolución de Carlos no había variado gran cosa, seguía inmóvil con los ojos abiertos, aunque empezaba a mover discretamente el cuello respondiendo a estímulos sonoros que se producían a su alrededor. El médico había vuelto a informar a Paquita. Le había dicho que en breve comenzarían a hacerle pruebas, que, por el momento, ya era un milagro que estuviera despierto. También le había dicho que Carlos evolucionaba dentro de los parámetros clínicos, que en estos casos hay pacientes que, aunque permanezcan inmóviles, esto es característico de un síndrome que el doctor le había dicho el nombre, pero que ella no se acordaba. Por lo que pudo entender, era como si estuviera preso dentro de su cuerpo y mantuviera la misma esperanza que había tenido hasta ahora. No es que fueran las mejores noticias, pero que Paquita estaba muy contenta —concluyó Eduardo.

José estuvo oyendo el relato de Eduardo, pues le había pedido a Ismael que pusiera el manos libres en su móvil para enterarse de manera directa de lo que decía. Luego llamó a Mamen y

quedaron en visitarla.

Mamen abrió la puerta a sus amigos pensando que venían a comentarle alguna cosa de la boda, pero al mirar la cara de José, exclamó “¡se ha despertado!”. Sin esperar, respuesta, se dio la vuelta y se tiró contra el sillón del ventanal. José e Ismael se miraban sin entender cómo lo sabía, parecía que José llevara en su frente un neón encendido anunciándolo.

Tardaron un buen rato en tranquilizarla, lloraba desconsoladamente. ¿Y ahora qué, qué va a pasar?, encima me denunciará y me meterán en la cárcel, ¡y lo peor del caso es que me lo merezco! —gritaba Mamen, fuera de sí.

—¡Ni se te ocurra decir eso! —le gritó José, descompuesto.

Ismael llamaba a la calma sin éxito alguno, no había manera de hacerse oír. Totalmente impotente, se dirigió a la puerta y salió a la calle, el portazo tras de sí hizo que se callaran.

José salió tras él, era la primera vez que lo veía enfadado. No sabía qué decirle, le puso la mano en la espalda e Ismael se dio la vuelta. Lo abrazó, pidiéndole perdón. Ismael le dijo que la situación era extremadamente delicada y que no podían perder los estribos de esa manera. Subieron de nuevo y Mamen parecía calmada, también se disculpó.

Ismael se sentó, uniendo sus manos a modo de flecha, con voz suave pero segura insistió en la necesidad de mantener la calma. No sabía, ni él ni nadie, lo que recordaría Carlos del accidente, pero en el peor de los casos Mamen debía admitir que lo conocía. Aunque debía decir que mantenían una relación de algo más que amistad, pero nada serio, se veían de vez en cuando y se llamaban, pero que ella empezó a desconfiar de él cuando no le devolvía el coche. En cuanto lo recuperó, rompió la relación, que apenas había durado un par de meses. Si hiciera falta, hablaría con Eduardo, para dejarla fuera de sospechas.

Ese domingo tenían que mantener la versión de que habían estado los tres juntos en su casa cenando y que ellos se marcharon tarde. Dijera lo que dijera Carlos, y hasta a Eduardo se le diría lo mismo, había que ser convincente con él. Nadie le daría mucho crédito tras haberse mantenido en coma durante mes y medio y ningún médico aseguraría categóricamente que la memoria de Carlos permaneciera intacta. Por otro lado, nada los vinculaba con él. De hecho, podían decir, sin faltar a la verdad, que ni José ni él mismo lo conocían. El único cabo suelto era Irene, la compañera de Mamen, aunque el pendrive que habían visionado las comprometía a las dos por igual, por ello estaba convencido de que no hablaría. De todas maneras, sigue siendo el cabo suelto —decía Ismael, con preocupación.

Mamen lo interrumpió y les contó su encuentro con Irene días antes. Los dos la escucharon con atención y supieron como Mamen que Irene nunca diría nada del horror que había pasado a manos de Carlos y que, además, con un poco de suerte, no estaría en España. La desgarradora confidencia que le hizo a Mamen había sellado un pacto de silencio entre las dos mujeres.

Las semanas siguientes fueron bastante angustiosas. Carlos empezó a mover su cuerpo. Aunque seguía ausente, las pruebas continuaban y lo subieron a planta, puesto que consideraron que ya no necesitaba los cuidados intensivos. Paquita insistía una y otra vez en que quería llevárselo a Córdoba. El médico le dijo que, en cuanto concluyeran las pruebas y elaborara el informe, propondría su traslado al Reina Sofía, que sería cosa de una semana o quizás algunos días más,

que su hijo todavía no estaba en condiciones de emprender el viaje hasta Córdoba.

Al día siguiente, como cada mañana desde que estaba en planta, subía el terapeuta a darle la rehabilitación en piernas y brazos para intentar recuperar el tono muscular que había perdido. En una de las maniobras al intentar flexionarle la rodilla derecha, Carlos se incorporó bruscamente agarrando al profesional por el cuello, con los ojos inyectados en sangre y una expresión terrorífica en su rostro. El terapeuta logró accionar el timbre sin apenas respiración, la enfermera llegaba con una bandeja metálica en las manos que dejó caer al suelo mientras pedía ayuda desesperadamente. Redujeron a Carlos y lo ataron a la cama de pies y manos entre cuatro personas, la fuerza era descomunal, el terapeuta tuvo que ser llevado a urgencias, bastante maltrecho. Paquita lloraba con desconuelo. Ese no es mi hijo —decía, con amargura cuando subió el equipo médico decidió sedarlo.

Por la tarde llegó Eduardo y se encontró a una Paquita rota. Le contó entre sollozos el episodio vivido y le dijo que el médico vendría a lo largo de la guardia para hablar con ella más tranquilo. Yo he llamado a mi hija y viene de camino —dijo. Eduardo se la llevó a comer algo y sacarla un rato de la habitación.

Rondando las ocho de la noche llegó el médico, disculpándose por no haber podido subir antes. Teresa la hija de Paquita ya había llegado, el médico los pasó a un despacho de la misma planta. Eduardo las acompañaba por petición de Paquita, se sentaron, el facultativo cerró la puerta y comenzó diciendo con cara de circunstancia:

—Les voy a ser franco, el episodio que ha sufrido su hijo, puede volver a pasar. En este momento sufre discapacidades cognitivas, esto quiere decir que su conducta y su personalidad han sufrido cambios. La agresividad es uno de ellos, al igual que la comunicación, la expresión, la comprensión, el razonamiento y la memoria. En definitiva, todo lo que tiene que ver con su cerebro. Estos procesos suelen ser a largo plazo, e incluso puede que nunca remitan, le quiero decir con esto que a su hijo no lo puede usted cuidar en casa, tiene que estar en un centro especializado donde no sea un peligro para sí mismo ni para nadie. Nos hemos puesto en contacto con el Reina Sofía y, después de examinar el caso, ellos son partidarios de que sea internado en San Juan de Dios de Córdoba, que cuenta con un centro de rehabilitación y hospitalización muy bueno. Y para facilitarles a ustedes la cercanía, estamos a la espera de que dispongan de habitación, aunque de todas maneras, en este estado, no lo moveremos por ahora. Siento mucho ser portador de tan malas noticias, pero estoy en la obligación de informarles lo más claramente posible. ¿Tienen ustedes alguna pregunta? Al no tener respuesta, estrechó la mano a los tres y se perdió por el largo pasillo.

Paquita se abrazó a su hija Teresa y lloraron amargamente. Eduardo se despidió de las mujeres y se marchó.

Mamen no podía con su cuerpo. Los tranquilizantes que tomaba por la noche para dormir le pasaban factura por la mañana, se levantaba dando tumbos con los ojos hinchados y le pesaban las piernas como si fueran de plomo. Vivía en un estado de sobresalto continuo, cualquier ruido la asustaba. El simple claxon de un coche la estremecía, no veía el momento de terminar en la universidad, lo único que le apetecía era estar tumbada en casa. Cuando llamaba José, le contestaba con monosílabos, era incapaz de mantener una conversación normal.

José le decía a Ismael lo mucho que le preocupaba la actitud de Mamen, estaba convencido que

había entrado en una depresión. Quería que fuera al médico, pero no había manera de convencerla. Es terca como una mula —se lamentaba.

Eduardo pasó por los Juzgados como cada semana. Esta vez, era Ismael el que lo esperaba deseando y temiendo a la par las noticias del hospital. Se saludaron y fueron a tomar un café. Eduardo empezó hablando de Paquita. —Pobre mujer, lo que se le había venido encima —decía, moviendo la cabeza. Ismael, expectante, lo miraba asintiendo con la cabeza, pero sin decir nada. No quería darle pie para que no se centrara en Paquita y se llevara un buen rato hablando de ella. A él lo único que le interesaba era lo que podía contar de Carlos, hasta que por fin Eduardo arrancó con el ansiado parte. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta sacando la ya familiar libreta de notas. La repasó con rapidez, había anotado casi de manera literal todo lo que les había dicho el doctor, guardándola a continuación. Dio un sorbo al café y sacó sus propias conclusiones sobre la vida que le esperaba al pájaro, como él le solía llamar. Ismael recibió aquellas noticias como agua de mayo, el entripado que había sufrido durante todo ese tiempo, se había evaporado milagrosamente con las palabras de Eduardo. Lo despidió en la puerta del bar y se dirigió a su coche maletín.

En mano, lo soltó en el asiento del copiloto, cerró la puerta y respiró profundamente. Antes de llamar a José, se percató de la hora y pensó que tanto Mamen como él estarían en clase y optó por dejarles el mismo mensaje a ambos. “Asunto solucionado definitivamente”. A los pocos minutos, Mamen leyó el mensaje y lo llamó. Su voz sonaba ansiosa y excitada, Ismael no quería dar muchas explicaciones por teléfono y la invitó a reunirse con él y José para almorzar en un sitio tranquilo y contarles con precisión lo relatado por Eduardo. La despidió con prisas porque tenía otra llamada insistente que se imaginaba que sería José. Efectivamente, era él con los nervios de punta por no poderse comunicar. Le dijo lo mismo que a Mamen y le preguntó a qué sitio podrían ir que fuese tranquilo. José, de momento, le dio el nombre y ubicación del restaurante, y le dijo que se ocuparía de decirselo a Mamen.

A muchos kilómetros de allí, Ignacio y Lula estaban desbordados con la boda, salían por la mañana a la caza y captura del mejor lugar para celebrar el enlace. La lista de invitados que habían elaborado por su parte crecía por momento, Lula la repasaba una y otra vez, no se perdonaría haberse olvidado de nadie importante para Ismael. Aún no sabía cuántos invitados vendrían de Sevilla, por lo tanto, no podía hacer reserva de hotel y pensaba que el tiempo se le venía encima.

Lula siempre había soñado con una boda que recordara a su tierra, donde el mar fuera protagonista absoluto del paisaje, donde la espuma blanca acudiera a bendecir con su pureza el amor de dos personas distintas que se amaban profundamente. Quería sorprenderlos, a través de internet había localizado las exóticas flores de Ciudad del Cabo, cuyo perfume aún recordaba. Se le venían a la memoria cuando cerraba los ojos y era capaz de olerlas por un segundo.

Había hablado con Ernestina, una antigua compañera y amiga de Ismael, que era concejal en el Ayuntamiento y le había pedido que oficiase la ceremonia. Ella se había emocionado mucho con la petición, aunque no sabía si iba a ser posible. De todas maneras, le prometió que movería Roma con Santiago para lograrlo.

José llegó al restaurante pronto, pidió una cerveza y le dijo al camarero que esperaba a dos personas más para almorzar. Éste le ofreció una mesa cerca de la barra que José rechazó

señalando otra situada en la esquina del comedor, delante del gran ventanal, a lo que el camarero no puso objeción. Cogió la cerveza y se sentó a hojear la carta mientras llegaban. En apenas unos minutos, los tres estaban sentados en torno a la mesa. El camarero, bastante insistente, no se apartaba de ellos. Era temprano y seguramente quería servir esa mesa para que el trabajo no se le acumulase cuando se llenara el comedor. Eligieron plato, más que nada para poder quedarse un rato a solas.

Ismael hizo una larga y detallada exposición de los hechos que le había relatado Eduardo. Tras el análisis pormenorizado que hizo a continuación, los tres llegaron a la conclusión de que el peligro había pasado y que sólo les quedaba esperar a que Carlos fuera trasladado a Córdoba y se olvidarían de esta pesadilla para siempre.

Mamen suspiró, alejando el miedo de su pecho. Por un momento, pensó en la angustia que debía estar pasando Paquita y, de repente, se acordó.

—¿Y Miguel —preguntó—, sabrá lo que le ha pasado a su padre?

Ismael y José se miraron con complicidad. José tomó la mano de su amiga y le dijo:

“No te hemos dicho nada al respecto porque no queríamos estresarte más, pero Miguel no existe o al menos no es quien pensábamos. Carlos no tenía hijos. Cuando se casó con Gema, porque eso sí es verdad, ella tenía un hijo de un anterior matrimonio. El chaval tiene más de veinte años, no sabemos si se llama Miguel, lo que sí sabemos es que siempre ha estudiado en el extranjero. La relación con Carlos ha debido ser muy corta o quizás inexistente, ya que estuvieron casados seis meses, según Paquita”. Tampoco sabes —continuó José—, que Gema lo denunció por malos tratos y robo de joyas y que estuvo un año en la cárcel.

¿Recuerdas —preguntó Ismael—, los recibos que tenía guardados Carlos? Eran recibos de una casa de empeños, que describían distintas joyas de mujer. Eso cuadra con el robo que Gema denunció.

Mamen los escuchaba vacía de sentimientos. Se le agolpaban las imágenes de su vida con Carlos como si de una película se tratara, sin sentirse partícipe de la historia, sin reconocerse. Se le había adormecido la capacidad de sorprenderse. No sentía odio, ni siquiera rencor. El camarero llegó con los platos, que dispuso sobre la mesa y, deseándoles buen apetito, se retiró. Mamen posó sus ojos en el plato y las lágrimas corrieron por sus mejillas hasta alcanzar su boca. José se levantó y la condujo al baño mientras le decía en voz baja que todo había acabado, que se lavara la cara y volviera con ellos antes de que la comida se enfriara. Cuando volvió, tenía mejor aspecto, pero sólo movió la comida del plato de un lado a otro con el tenedor sin apenas comer nada. José la animó con el postre, sabía que el flan con nata le pirraba y no le iba a hacer asco. De hecho, fue lo único que comió. Salieron del restaurante e Ismael, preocupado, le dijo que no podía seguir así, que iría al médico aunque él mismo tuviera que llevarla a rastras, que reconocía una depresión desde lejos. Él la había pasado hacía años, y era fundamental un diagnóstico lo antes posible. Tenía que ponerse en manos de profesionales urgentemente. Le hizo prometer que mañana iría a su médico de familia, y que no valían excusas. José lo miraba, orgulloso, celebrando el tono autoritario a la vez que cariñoso que empleaba para hacerse obedecer. Se despidieron y se marcharon.

Al día siguiente, Mamen estaba sentada en la sala de espera de su ambulatorio esperando a ser

llamada a consulta. La médica que la recibió, una mujer muy joven, le diagnosticó una depresión por pérdida después de que Mamen le comentara, simplemente, que había roto con su novio. De entrada, le recetó un tratamiento. Un ansiolítico que calificó como “muy suave”. Quería volverla a ver en una semana para valorar su estado y, si hiciera falta, derivarla al psicólogo. Estuvo muy agradable e incluso se permitió bromear sobre un lema que ella tenía. “Los novios son como los granos, igual que salen, se quitan”. Así que, mucho ánimo —se despidió.

Durante esa semana, Mamen experimentó algo de mejoría. Al menos, esa opresión en el pecho que tanto la angustiaba se le quitó tras varios días de tratamiento, aunque a nivel emocional seguía con esa tristeza profunda que la relegaba al sofá en cuanto llegaba a casa. La semana siguiente volvió a la consulta. La médica había sido sustituida por un señor gordo y calvo que la remitió directamente al psicólogo de zona. Después de escribir un rato en el ordenador y verificar el número de teléfono, dio por concluida la consulta con un rutinario “la llamarán para darle la cita, siga con el mismo tratamiento hasta que la vean”.

Mamen salió descorazonada de la consulta pensando en la prisa que tenía el médico en despacharla y no tenía la más mínima esperanza de que la llamaran pronto. Al día siguiente, cuando comprobaba el móvil después de salir de la universidad vio que había recibido dos llamadas de un número largo y desconocido para ella, pulsó rellamada y una voz cantarina contestó “Centro de Psicología Psiquiátrica, dígame”. Ella dio su nombre y apellidos y dijo que tenía dos llamadas perdidas. La voz cantarina le pidió un segundo y, tras muchos, le dijo que tenía cita a las diez de la mañana del día siguiente. Mamen preguntó si podía ser por la tarde, porque a esa hora estaba trabajando. Un segundo, volvió a pedir su interlocutora. Al rato le preguntó si a las cinco y media le venía bien. De acuerdo —dijo Mamen—, gracias.

La primera vez que Mamen pisó aquel centro, se sintió tremendamente incómoda. Se veía observada por la gente que se encontraba diseminada por la amplia sala de espera. Intentaba estar tranquila, pero un pensamiento inquietante le asaltó. ¿Habría alguien conocido entre toda esa gente? No quería que se supiera que iba a ese sitio. Sintió vergüenza, una vergüenza irracional, que, si no la hubieran llamado en el momento en el que se puso de pie, se hubiera marchado de allí para no volver.

Pasó a la consulta, el psiquiatra que la recibió fue muy amable. Era un hombre alto y bien parecido. Llevaba gafas, tenía los ojos claros y debía rondar entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—Manolo —le dijo, tendiéndole la mano.

—Mamen —contestó, estrechándosela.

—Siéntate por favor, voy a empezar haciéndote algunas preguntas para ir conociéndote un poco. Si te sientes incómoda en algún momento, házmelo saber.

Las preguntas estaban enfocadas sobre todo a su vida personal. A qué se dedicaba, si vivía sola, si estaba satisfecha con su profesión y con su entorno, si se relacionaba socialmente y si tenía amigos. Un test que Manolo iba rellenando a medida que Mamen contestaba.

Seguidamente, se interesó por el tratamiento.

—¿Cómo te sientes desde que lo tomas?

—Algo mejor, se me ha quitado la opresión en el pecho. Pero sigo con la misma apatía, no tengo apetito y me siento muy cansada —le dijo Mamen.

—Bien, por lo pronto vamos a cambiar el tratamiento. Nos veremos dos veces a la semana al principio, luego será sólo una vez. Veo que tengo aquí una nota que es por la tarde cuando te viene bien venir, si en algún momento quieres cambiar la cita a la mañana, llamas, y te la cambian siempre que sea martes o viernes, pues son los días que paso consulta y seré yo quien te trate, si te parece bien. Bueno —dijo—, por hoy hemos terminado la primera consulta. Es más bien una toma de contacto, nos vemos el martes —se puso de pie y volvió a estrecharle la mano a Mamen.

Salió de prisa, aunque bastante mejor de lo que había entrado. Se llevaba una buena impresión de Manolo, parecía un buen profesional. Pasó por la farmacia y retiró el nuevo tratamiento. No sabía si era sugestión, pero se sentía mejor. Cuando llegó a casa, llamó a José para contarle cómo le había ido. Ismael también habló con ella, estaba contento de que le hubiera hecho caso. Ella le dijo que él había sido el empujón definitivo, porque realmente necesitaba ayuda, ahora lo sabía.

El curso llegaba a su fin. La Universidad era una olla en ebullición. Había gente por todos sitios y a todas horas, se notaba en el ambiente que el verano se esperaba con ganas. Profesorado y alumnado comentaban en los pasillos los planes que tenían pensados para un merecido descanso algunos, y un frenesí para otros. En general, la gente estaba contenta. Mamen cruzaba los pasillos sintiéndose completamente invisible, nadie se acercaba a ella, nadie le pedía consejo o simplemente le tocaba un hombro en señal de saludo. Era como si no hubiera existido nunca. A solas, en su despacho, hacía una profunda reflexión sobre su comportamiento en los últimos meses. Todo se derrumbaba a su paso, había luchado sin tregua por sacar adelante una profesión que amaba sin límites, en la que había volcado su vida. Había sido la asesora, la confidente, la monitora, y la profesora por excelencia más popular de esa universidad. Contagiaba su pasión por la historia, sus clases eran amenas a la vez que didácticas y no sólo sabía historia, sino que la sabía contar, y ahora, ¿en qué se había convertido? ¿Quién era esa sombra lúgubre que la había suplantado?

Seguía sentada en su despacho, apenas unas rendijas de luz traspasaban las contraventanas que permanecían cerradas. Con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos, se decía a sí misma que no podía seguir, que tenía que alejarse por un tiempo, que no podía ejercer la docencia supeditada a que su medicación y a que sus terapias le devolvieran las fuerzas las ganas y el entusiasmo imprescindibles para transmitir todo el potencial del que se sentía conectora. Había llegado el momento de tomar una decisión, quizás drástica, pero necesaria. Hablaría el martes con Manolo y le contaría lo que había decidido.

Ese mismo día, por la tarde, supo que Carlos había llegado a Córdoba. Había hecho el viaje completamente sedado por prescripción facultativa, directamente a San Juan de Dios, donde quedaría ingresado de manera permanente. Paquita y Teresa viajaron en autocar. Eduardo se había ofrecido para recoger los efectos personales que aún quedaban en Redes y que le había entregado a su madre antes de partir.

El pronóstico del paciente era poco halagüeño y, la rehabilitación, larga e incierta debido a la agresividad que presentaba.

Para Mamen, la noticia fue liberadora. El simple hecho de saberlo a un puñado de kilómetros

de Sevilla fue como salir del agua para coger una bocanada de aire fresco y henchir los pulmones.

Las largas sesiones con Manolo tenían en Mamen un efecto sedante. La voz profunda y relajada del psiquiatra la hacía adentrarse cada vez más en los pormenores de la tortuosa relación con Carlos, aunque su mente avizora le decía hasta dónde podía llegar, era la pared que no podía escalar hasta coronarla. Se quedaba pendida y retrocedía hasta que sus pies se posaban en un suelo duro y uniforme donde sentirse segura. En una de aquellas sesiones, le habló de la frustración que sentía en su trabajo, y que había decidido pedir un año de excedencia hasta recuperarse. En ese año, intentaría terminar su doctorado, quizás después de la boda de su amigo, si se encontraba con fuerzas, y se iría unos meses a Perú para documentar mejor su tesis doctoral. Para ella, ese era un viaje con el que había fantaseado en muchas ocasiones y que, tal vez, había llegado el momento de hacer realidad.

A Manolo le sorprendió gratamente que intentara encauzar su vida, que empezara a brotar en ella algo de ilusión. Pero también le hizo reflexionar sobre si era realmente una ilusión o la estaba enmascarando con una huida, hacia delante posiblemente, pero una huida fuera como fuera. No era ninguna solución, eso lo tenía que meditar y ser honesta consigo misma, si llegaba al convencimiento de que era lo que en realidad quería por su parte, no le pondría ningún inconveniente.

La gran boda de su mejor amigo, sonaba a película de comedia, pero no lo podía evitar. Lula la había convertido, de golpe, en participante activa a modo de hermana del novio por defecto familiar. A medida que pasaban los días, el dieciséis de agosto, como era natural, se acercaba, y los nervios se unían a los preparativos hasta no tener muy claro dónde empezaban unos y terminaban otros. Aunque Mamen, la experiencia que había tenido en estos menesteres, había sido exclusivamente la boda de su hermana Esperanza, y ésta era tan inexpresiva y reservada que ella apenas había participado en nada. Cuando Lula le planteaba alguna duda, opinión o sugerencia, ella se quedaba en Belén con los pastores, sin ninguna idea preconcebida en este tipo de eventos que pudiera servir de ayuda.

José era la persona más afortunada del mundo. Les estaba profundamente agradecido a sus futuros suegros por lo que estaban organizando, fuera lo que fuera, por lo que aceptó el enclave donde se celebraría el banquete. Lo demás era completamente secreto, todo sería una sorpresa, así que la incertidumbre que tendría la persona más curiosa del mundo debía ser insufrible. Aunque aguantaba el tipo, interrogaba a Mamen sólo un par de veces al día.

Mamen presentó su solicitud de excedencia en el Decanato. Alegaba motivos de salud en el impreso, lo hizo así para asegurarse de que no se la denegaran. Seguidamente, se encaminó hasta Carmona. Iba a ver a sus padres pero, sobre todo, quería intentar hablar con doña Mercedes. Se le partía el corazón porque sabía lo importante que era para José que su madre lo aceptara y que hiciera acto de presencia, aunque sólo fuera para darle un beso a su hijo. Eso bastaría para que la felicidad de José fuera completa.

Llegó por la mañana, sin avisar. Doña Esperanza entraba en casa cuando ella le tocó el claxon. La mujer no sabía dónde acudir; si entrar, y abrirle la cochera o cruzar la calle hasta el coche para besarla. Don Pedro salió de su despacho al oírla; la tata se había quedado en el mercado terminando las compras. Estaban felices por la sorpresa, estuvieron sentados en el salón hablando de todo un poco. Sonó el timbre de la puerta y doña Esperanza se levantó a abrir relatando que

sería Rosario, que siempre salía sin llaves. Don Pedro aprovechó la oportunidad para decirle a su hija que, cuando pudiera, fuera a su despacho porque tenía algo para José, y que no le había dicho nada a su madre porque no sabía cómo estaban los ánimos después del síncope de doña Mercedes.

—Porque vienes para eso, ¿no? A templar gaitas, me imagino —dijo don Pedro, con una chispa de perspicacia en la mirada.

Mamen sonrió y posó la cabeza en su hombro, siempre lo hacía cuando se veía descubierta por su padre. La tata soltó las bolsas en medio del salón para abrazar, besar, y volver abrazar a su niña.

Don Pedro se levantó, dirigiéndose al despacho. Mamen lo siguió, mientras tanto, Rosario le mostraba satisfecha a doña Esperanza las verduras tan estupendas que había comprado en el mercado.

—Toma —dijo don Pedro, extendiéndole un sobre a Mamen. Es un cheque y unas palabras que le he escrito a José, le doy la enhorabuena y le recuerdo que en esta casa siempre será bien recibido, tanto él como su pareja.

Mamen se quedó sorprendida, no se hubiera imaginado nunca que su padre actuara con tanta naturalidad y, mucho menos, que los invitara a su casa.

—Papá —empezó a decir— ¿tú lo sabías?

—Pues claro hija que lo sabía, soy viejo, pero no tonto. La que está vieja y, además, tonta es tu madre, que no se entera de nada.

Ambos rieron, durante un buen rato, de la salida de don Pedro. Tomaron el aperitivo en el salón, como se hacía en esa casa, para pasar al comedor a la hora concisa y precisa que se servía el almuerzo.

Por la tarde, Mamen les dijo a sus padres que iba a visitar a doña Mercedes y, por más que porfió don Pedro con su mujer para que no fuera, ésta decidió acompañar a su hija. Mamen, asumiendo que nada ni nadie la apearía del burro, optó por contarle el objetivo de la visita y, de paso, tantearla para ver si se aliaba con ella para convencer a doña Mercedes de que fuera a la boda de su hijo. Las dos podrían viajar a Santander — le decía Mamen a su madre —, ella se encargaría de sacar los pasajes y gestionaría el alojamiento en un hotel, aunque fuera para sólo una noche. Doña Esperanza la escuchaba, aunque por el gesto apretado que mantenía, Mamen adivinaba que ahora se arrepentía de haber insistido tanto en acompañarla. Madre e hija se quedaron unos minutos en silencio, hasta que doña Esperanza lo rompió.

—Mira, Mamen, yo sé que a ti te mueven las buenas intenciones, pero este es un tema muy delicado. Ten en cuenta que mi amiga Mercedes está muy dolida con José, la pobre mujer se ha enterado de golpe que su hijo es...bueno, es como es, y eso tiene que ser un palo muy grande para una madre. Yo creo que lo mejor sería dejarlos a ellos que solucionen sus diferencias sin inmiscuirnos en esas cuitas.

—No, mamá, te equivocas. Doña Mercedes ha sabido desde siempre que su hijo es homosexual, lo ha sabido incluso antes de que el propio José lo supiera. Pero se ha negado a aceptarlo desde el primer día y ha creído que, ocultándoselo a propios y extraños, José, por la

vergüenza que ella le hacía sentir, se plegaría a sus deseos, se casaría con una mujer, y le daría nietos, sin importarle para nada la felicidad de su hijo. Y tú le has seguido el juego cuando te metió en la cabeza que José y yo éramos pareja, ¡todo era perfecto! Tu amiga del alma es una auténtica manipuladora, así que tú decides, mamá, si quieres que te devuelva a casa me lo dices y, si no, apóyame. Solamente papá y tú sabéis que vengo a hablar con ella.

Doña Esperanza se quedó aturdida por la franqueza de su hija. Ella había oído rumores en el pueblo, aunque no le había dado crédito y, quizás, su hija tuviera razón. Pues desde que apenas eran unos adolescentes, su amiga Mercedes había estado con el runrún de la parejita, y como su hija no había tenido novio, ella, ilusamente, se lo creyó.

Llegaron a casa de doña Mercedes, ésta se sorprendió o, al menos, eso dijo, con la visita. Después de tomar el café que les ofreció, Mamen empezó a hablarle de José. La buena señora se puso tensa como el lomo de un gato asustado, la interrumpió bruscamente, y le dijo que no quería saber nada del que había sido su hijo y que, desgraciadamente, para ella estaba muerto y enterrado. Ante las gruesas palabras de doña Mercedes, Mamen le contestó con rabia visceral que no sabía lo que estaba diciendo, que no hablaba ella, sino que lo hacía su soberbia y que parecía mentira que, una persona que se jactaba de ser profundamente religiosa, le destrozara la vida a su propio hijo. Que había aguantado su amarga locura desde niño, sus reproches en lugar de cariño, esa extraña autoridad que no era otra cosa que su propia frustración. ¡Usted se lo pierde, doña Mercedes! Su hijo es la mejor persona que he conocido en mi vida, ¡pero usted jamás lo sabrá!

Mamen cogió su bolso de un manotazo y, volviéndose hacia su madre, que se había quedado blanca como el papel, le dijo secamente “en el coche te espero”. De reojo vio a doña Mercedes llevarse la mano a la garganta con el semblante descompuesto y le dijo, encarando la puerta y dándole la espalda “y si le va a dar otro ataque de cojones, llame al ambulatorio”.

Mamen se sentó en el coche esperando a que saliera su madre, que lo hizo transcurridos veinte minutos. Con cara compungida y lágrimas en los ojos, se subió al vehículo, y no abrió la boca hasta llegar a casa.

Don Pedro estaba sentado en su sillón, leyendo, cuando llegaron las dos mujeres. Doña Esperanza se dejó caer en el sofá, suspirando sonoramente. Su marido la miró por encima de las gafas, meneando la cabeza, pero no dijo nada, esperaba que fuera ella quien hablara. Mamen se había quedado en el pasillo, cuchicheando con la tata.

—¡Ay, Pedro! ¡Qué rato más malo he pasado!

Don Pedro se quitó las gafas, dejándolas sobre las páginas abiertas del libro que se había puesto en el regazo.

—Cuenta, mujer. ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? Pues ha pasado que esta hija tuya le ha dicho cosas horribles a Mercedes. ¡Vamos, que le hemos dado la tarde! No te puedes imaginar las barbaridades que ha soltado por esa boquita.

—Pues algo muy gordo le habrá dicho Mercedes para que mi hija diga barbaridades, pues precisamente ella es lo más dulce y cariñosa que tenemos en casa, y tú lo sabes, Esperanza —dijo don Pedro, con cachaza.

Mamen entró en el salón bajo la mirada interrogante de su padre.

—¿Qué ha pasado, hija? —preguntó.

—Pues creo que he empeorado la situación —dijo Mamen, con tristeza—, pero esa bruja me ha sacado de quicio, ha dicho ni más ni menos que su hijo estaba muerto para ella y le he recordado lo buena madre y, sobre todo, lo cristiana que es. Sé que me he excedido, pero tú sabes lo que quiero a José y, francamente, papá, él no se lo merece.

—Bueno, hija, tú has hecho lo que has podido. De donde no hay, nada se puede sacar. Hablaré con don Antón, a ver si él atiende a razones —dijo don Pedro a su hija, en tono apaciguador.

—¿Eso es todo lo que le vas a decir a tu hija? —preguntó doña Esperanza, enfadada—. ¡Que le he tenido que hacer una tila a la pobre Mercedes del sofocón que le ha dado la niña! No te entiendo, Pedro, de verdad que no —decía, mientras se echaba aire con una revista.

Rosario, que siempre estaba en todo, apareció en el salón con una infusión de valeriana para doña Esperanza. Miró a Mamen con esa cara tan familiar para ella que venía a decir “no la cabrees más, que tú te vas, pero yo me quedo”.

—Gracias —dijo doña Esperanza a Rosario, mientras cogía de sus manos la taza.

Mamen regresó apesadumbrada. Por un momento, había pensado que podría convencer a doña Mercedes de que depusiera su actitud, pero volvía con la absoluta certeza de que su padre no tendría el menor éxito apelando a don Antón. Ni él ni el mismísimo papa de Roma la harían cambiar de opinión. Nada contó de lo sucedido, no quería hurgar en la herida de su querido amigo, sabía que el sobre que le entregó su padre haría feliz a José.

El diez de agosto salía Mamen con José e Ismael rumbo al aeropuerto de San Pablo. Facturaron el abultado equipaje, casi todo ropa de la pareja, que no volvería a Sevilla hasta finalizada su luna de miel. Habían incluso utilizado la maleta de Mamen para distribuir lo que no cabía en las suyas. Iban nerviosos, excitados, particularmente José, que no paraba quieto ni un segundo. El vuelo fue agradable, habían dejado a Mamen en el asiento de en medio, que terminó con dolor de cuello de tanto girar la cabeza de un lado a otro. El avión estaba a punto de tomar tierra en el Seve Ballesteros, donde no sólo los esperaban Ignacio y Lula, sino más de quince personas, amigos y amigas de Ismael, que vitoreaban “¡vivan los novios!”. Desde el primer momento que los vieron aparecer y algunas personas ajenas a ellos, que esperaban allí, se sumaron al fuerte aplauso de recibimiento que les brindaron. Mamen sacó un paquete de clínex del bolso y se lo dio a José, sabiendo que haría buen uso de ello.

El encuentro con Ignacio y Lula fue muy emotivo. Mamen estaba encantada de estar allí, los amigos y amigas del Ismael eran encantadores y muy divertidos. Tenían organizada una estupenda despedida de solteros, la agenda era ajustadísima, todos los días estaban ocupados de la mañana a la noche. Lula acaparaba a Mamen en cuanto la veía llegar a casa y hablaban hasta la madrugada, era como un bálsamo reparador después de un día repleto de trasiego. Cuando todos dormían, Lula sacó con mucho misterio un hermoso vestido blanco y se lo entregó a Mamen. Era un vestido de lino con cuentas de cristal y con un pronunciado escote en la espalda, que le pidió que se probara. Mamen lo hizo, se ajustaba a su cuerpo como un guante. Lula sonrió, satisfecha. No tienes que ponértelo si no te gusta, aunque ya te había comentado — siguió —, que todos iríamos de

blanco, y que yo me encargaba. Mañana los novios irán a la sastrería y lo harán por separado, se probarán los trajes, por si hubiera que hacer alguna corrección. Ya los verás, estarán guapísimos. Y ahora te enseñaré el mío —le dijo—. Trajo un vestido precioso del mismo estilo del que le había regalado a Mamen. Ésta estaba alucinada, pues jamás se hubiera atrevido ni siquiera a probarse algo así. Pero la verdad era que se veía hermosa, no se lo quitó hasta que se fue a la cama después de pasar un largo rato contemplándose en el espejo.

Desde que había llegado se encontraba milagrosamente bien, había recuperado gran parte de su vitalidad. Estaba ilusionada y contenta, hablaba y alternaba con los amigos de Ismael sin ninguna dificultad, no se tenía que esforzar en absoluto. Fluía su personalidad de manera espontánea, se volvía a parecer a la Mamen de antes, no quería lanzar las campanas al vuelo, pero hacía mucho tiempo que no se sentía así.

La víspera del gran acontecimiento, Lula no estuvo en casa en todo el día. Llegó por la noche completamente exhausta, se dio un largo baño y se unió a la mesa con el resto de la familia, que hablaba animadamente mientras cenaba. Todos se retiraron temprano para intentar descansar el máximo posible, la mañana prometía ser de vértigo, sometida a un estricto e inflexible horario.

Amaneció una espléndida mañana de agosto. El sol inundaba la estancia y el precipitado desayuno dejó intacta la bandeja de bollería y galletas expuesta sobre la mesa. A las ocho en punto sonaba el timbre de la entrada, peluquero y maquilladores aguardaban para acceder a la vivienda. Lula y Mamen se pusieron en sus manos mientras llegaba el enviado de la sastrería con varias perchas enfundadas en opacas fundas azules. Lula daba instrucciones desde su asiento para desesperación del peluquero, que intentaba una y otra vez, que se mantuviera en la postura adecuada y que le facilitara su trabajo. Los atuendos de Ignacio e Ismael iban directamente al dormitorio que compartía con su marido, el de José debía ir a la habitación que había estado utilizando con Ismael. Ninguno de los dos debía ver cómo iría vestido el otro. Una vez que se hubieran marchado los profesionales, se vestirían con la tranquilidad que cada uno pudiera y aguardarían la hora cronometrada de la salida. A las once y cuarenta y cinco saldría el primer coche con Ignacio, Lula, e Ismael, para el hotel en la bella costa donde se celebraría el acontecimiento. José y Mamen partirían quince minutos más tarde hacia el mismo lugar. El trayecto era de unos cincuenta minutos, por lo serpenteante que era la carretera. Distaba del domicilio poco más de treinta kilómetros, Lula había previsto un margen de diez minutos para cualquier posible eventualidad. El enlace estaba previsto para la una de la tarde.

Mamen y José se apeaban del mercedes color plata metalizado a la hora prevista. En los amplios jardines de la entrada delante de la escalera que daba acceso a hotel, formaban fila Ignacio, Lula, e Ismael, a cuyas espaldas se agolpaban más de cien personas que aguardaban expectantes. Los tres hombres vestían de manera muy similar; pantalón de lino blanco impoluto, de corte perfecto, calzado blanco, y caftán bordado en seda blanca con distintos motivos cada uno de ellos. Se dispusieron las dos mujeres delante seguidas por los tres hombres, con Ignacio en el centro. Los invitados hicieron dos filas a su paso escoltándolos hasta la magnífica terraza que, de forma circular, se abría al mar. En la parte más honda, se levantaba un bellissimo receptáculo de flores, las acacias se entrelazaban con las coloridas flores del paraíso, las azucenas rosas, las calas, las margaritas africanas y las proteas (flor bandera de Sudáfrica) se daban continuidad formando un deleite de aromas y plasticidad para los sentidos.

En el reducido altar del fondo se habían dispuesto los doce símbolos fundamentales en las ceremonias para la cultura de Lula. Trigo, vino, sal y pimienta, agua, hiervas amargas, escoba, olla y cuchara, miel, escudo y espada. En el centro, se había colocado una mesa rectangular y estrecha de cristal, tras la cual estaba Alfonsina; nerviosa, porque era la primera vez que oficiaba una boda, y emocionada, porque era la de su amigo Ismael.

Al llegar al camino de pétalos a modo de alfombra, Ignacio se apartó, dejando solos a los contrayentes. Lula y Mamen portaban delante unos esféricos portavelas de grueso cristal tallado rojo sangre con una flama cada uno de ellos, que simbolizaban el fuego que salía de sus corazones con el que alimentar la llama de la nueva pareja. José temblaba, apretaba los dientes resoplando por la nariz en un intento desesperado de mantener su mentón sereno. Ismael, algo más tranquilo en apariencia, lloró ante las palabras emotivas que Alfonsina les dedicó. El “sí, quiero” seguido del intercambio de alianzas y las palabras concluyentes de “os declaro marido y marido” que pronunció con solemnidad Alfonsina con los ojos repletos de lágrimas, mientras José e Ismael sellaban la unión con un beso en los labios, dio paso a las firmas de ambos y la de las dos bellísimas testigos, que luchaban poderosamente para que sus maquillajes permanecieran intactos y las lágrimas no arruinaran el rímel de sus ojos. Con complicidad, depositaron las esferas rojas en el altar, dando así la señal para que los tambores rítmicos e incesantes diera lugar a una danza colorida y desenfrenada de mujeres ataviadas con ropajes milenarios, que se movían acompasadas al vibrante ritmo, poniendo el broche final a la exclusiva ceremonia. Lula lo había conseguido, había arrancado un trozo de su amada tierra y se lo había entregado ahora a sus hijos como el más valioso de los legados. La ovación de los asistentes culminó la minuciosa perfección de la elaborada puesta en escena que Lula había creado.

El aperitivo se sirvió en la terraza con un mar bravo de fondo, que rompía sincronizado contra las rocas blanqueándolas de espuma. A continuación, pasaron al comedor, que se había engalanado fusionando las culturas con exquisitez. Las viandas, que se sirvieron siguieron la misma tónica, platos cántabros andaluces y africanos llegaban a las mesas en un festival de aromas. Bobotie, sosaties, y poetoepap, inundaban el ambiente con olores a clavo, nuez moscada, cilantro, y miel, convirtiéndose en la fragancia reinante. Suculentos crustáceos cántabros amenazaban con sus grandes pinzas desde las bandejas, y el salmorejo cordobés iniciaba el copioso almuerzo.

Los novios pasaban por todas las mesas agradeciendo la asistencia y los regalos recibidos. El reducido grupo que venía desde Sevilla, seis personas en total, entre ellos las dos compañeras de José que habían compartido piso con él durante cinco años, totalmente cautivadas, reconocieron haber quedado impactadas por la espectacular ceremonia, y la habían grabado sin perder detalle. Los dos compañeros de Ismael habían acudido con sus mujeres y también estaban atónitos. Todos alabaron la belleza de las testigos, era un clamor general.

Una vez terminada la comida y ya todos más tranquilos disfrutando de la barra libre que se ofrecía, Mamen hizo entrega a José del sobre que le enviaba don Pedro, provocando una nueva llantina de éste y, aún sin recuperarse, les ofreció su regalo, un lujoso estuche con dos magníficos relojes de una conocida y cara firma, en cuyo envés había grabado la fecha de la unión. La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche. Mamen fue la persona más solicitada entre los amigos solteros de Ismael, revoloteando como moscardones y sin darle un minuto de pausa, intercambiando teléfonos con propósitos de visitarla con la excusa de conocer Sevilla. En fin, con

toda la parafernalia que conlleva el cortejo.

José e Ismael se retiraron a la suite nupcial que el hotel les tenía reservada, mientras Ignacio, Lula, y Mamen retornaban a casa. No se percataron de lo agotados que estaban hasta que se subieron en el coche. Cuando por fin llegaron, se retiraron a sus respectivas habitaciones para dormir satisfechos y profundamente.

El vídeo de la boda, que algún invitado venido arriba subió a internet con el título “Desde Ciudad del Cabo, con amor”, se hizo viral en pocos minutos. Carmona se despertó con la comidilla en los labios. Rosario se había enterado en el mercado y volvía a casa precipitadamente para que don Pedro lo buscara y se lo enseñara. Don Pedro, que era algo lento con las redes sociales, tardó un buen rato en localizarlo bajo la atenta y desesperada mirada de Rosario. Cuando lo encontró, llamó a su mujer y los tres lo visionaron. Se sorprendieron de la exótica belleza de Lula, comentaron lo guapos que estaban los novios, lo bonito que resultaba con tantas flores y colorido, pero, sobre todo, se centraron en la extraordinaria metamorfosis que había experimentado Mamen. Se había convertido de golpe y porrazo en una escultural mujer, su padre no dejaba de repetir que estaba preciosa. Doña Esperanza se había quedado sin palabras, cosa rara en ella, y Rosario, orgullosa y emocionaba, se secaba los ojos con el dorso de la mano, murmurando entre dientes “anda, doña Mercedes, si no querías caldo ahí tienes taza doble”.

A la hora del almuerzo llegaba el recién estrenado matrimonio, para invitar a comer a los padres y a Mamen. El restaurante se encontraba muy cerca del domicilio, en el mismo paseo marítimo. No estaba muy concurrido, cosa que agradecieron. El monotema de la boda acaparó la charla hasta los postres; cuando se sirvieron los cafés y las infusiones, Mamen contó sus planes de viajar a Perú. Lo haría en unos días, antes pasaría por Carmona para despedirse de sus padres y, a su paso por Madrid, también lo haría de su hermana y su cuñado.

No sabía exactamente el tiempo que estaría fuera, aunque era probable que fuera algo más de tres meses, quería —explicó—, documentarse in situ sobre el precolombino inca, azteca, y maya, pues de ello dependería, en gran parte, el éxito de su tesis doctoral. Ese viaje le reportaría mayor conocimiento del tema, pues pretendía poder trabajar de voluntaria en las excavaciones que estaba efectuando un equipo de reconocimiento en el país. Estaba muy ilusionada con el proyecto. Por otro lado, Ismael y José partirían en breve para Europa. Querían visitar varios países en los treinta y cinco días que habían conseguido reunir en sus respectivos trabajos, para tener una inolvidable luna de miel. A Mamen le sonó el móvil, vio que era su padre quien la llamaba y se alarmó por un momento. Se disculpó, y se alejó de la mesa.

—Hola, papá, ¿pasa algo?

—Hola, hija. No te preocupes, ¿te cojo en mal momento?

—No, no. Dime.

—Seguramente lo habrás visto ya, me refiero a la boda, hay un vídeo en internet que hemos visto en casa. Rosario se enteró en el mercado y, la verdad, me extraña que lo hayáis subido vosotros. Según la tata, no se habla de otra cosa, aunque ya sabes lo exagerada que es.

—No sabía nada, papá. ¡Me dejas a cuadros! Ahora lo comentaré con José, porque estamos almorzando fuera. Gracias, papá, por avisar. ¿Y mamá qué ha dicho?

—Tu madre se ha quedado muda de la impresión, me imagino que pensando en su amiga Mercedes. Pero yo estoy muy orgulloso de lo preciosa que sales, ¡realmente preciosa!, y Rosario ni te cuento.

—Gracias, papá, ¡un beso muy fuerte! Hasta pronto, adiós.

Mamen volvió a la mesa, aturdida. No sabía qué hacer, no quería darle un mal rato a José, aunque se enteraría más temprano que tarde.

—¿Malas noticias? —preguntó Ismael, al ver el rostro de Mamen con gesto serio.

En ese momento, Mamen decidió contarles lo que su padre le había dicho. Era absurdo callarlo, aunque José seguramente se disgustaría, pero no quería mentir a Ismael.

—Era mi padre —empezó diciendo—, parece ser que han colgado un vídeo de la boda y llamaba para avisarme.

—¿Cómo que han subido un vídeo? —preguntó José—. ¿Quién lo ha subido?

—No tengo ni idea —le respondió Mamen—, mi padre sólo me ha dicho que le ha gustado mucho y que estamos muy guapos —dijo, intentando calmar a su amigo.

Ismael ya lo estaba buscando en su móvil. Mientras, Lula hacía lo mismo.

—¡Aquí está! —exclamó Ismael, mostrándolo. Bueno, la verdad es que está muy bien, pero... ¡Qué barbaridad! Ha corrido como la pólvora. No te agobies, cariño —le dijo a José, viendo que éste empezaba a ponerse nervioso—, a todo el mundo le ha encantado. No hay ni un sólo icono negativo, y distintos colectivos gais nos felicitan. ¡Estamos en la cresta de la ola! —bromeó.

—¡En el candelero! —dijo José, sin ánimos de hacer reír a nadie, aunque provocara la carcajada de todos.

A Ignacio, a pesar de que él no era muy adicto a las redes sociales, no le molestaba para nada que la boda hubiera alcanzado ese índice de visitas. Sobre todo, porque Lula había hecho un trabajo impecable y, de alguna manera, era el reconocimiento a su titánico esfuerzo. Lo decía con la mano de su mujer entre las suyas, acariciándola con infinita ternura. José se levantó de su silla y abrazó a Lula, emocionado.

El día que Mamen volvía a Sevilla, llevaba en el equipaje numerosos regalos de la pareja, que recogerían en su casa a la vuelta de su viaje. Pues, según José, eran demasiados bultos los que tenían que transportar. La despidieron en el aeropuerto con el cariño con que se despide a una querida hija y hermana. Lula le recordó su promesa de pasar el fin de año juntos. El avión despegó, llevándose consigo los días maravillosos y felices que Mamen guardaría siempre en su corazón, y con el completo convencimiento de que había adquirido una familia nueva que se uniría a la propia en algún momento de su vida.

Al poco de llegar, recibió la llamada de Eduardo, ávido de noticias de Ismael. Preguntaba dónde habían ido de luna de miel y cuándo volverían, quería felicitarlo personalmente porque le tenía mucho afecto al muchacho. Le comentó que por Córdoba todo seguía igual; Carlos progresaba poco y muy lentamente, y Paquita estaba más resignada. También le dijo que los

Williams se habían trasladado definitivamente a Sevilla, y que ahí andaba liado con unas cámaras y alarmas que les había vendido. Mamen no quiso decirle nada de su viaje, no se sentía cómoda hablando con él. No era por la persona en sí, Eduardo era muy agradable con ella. Eran los oscuros recuerdos que su voz le traía, el desasosiego que le provocaba su relato, y el temor injustificado que le sacudía el cuerpo. El nombre de Carlos, dicho por él, adquiría otra dimensión. Esa parte de su vida que necesitaba olvidar con todas sus fuerzas, y a la que, de alguna manera, él le daba forma, lo hacía presencia. Se lo mostraba ante sus ojos amenazando de nuevo su cordura, su estabilidad emocional, y su existencia. Ésta sería la última vez que hablaría con Eduardo, estaba decidido. Jamás volvería a contestarle una llamada, nunca más lo haría.

Abrió el ventanal de par en par. La espléndida noche de agosto se metió entera en la estancia, la suave brisa y el bullicio de la calle invitaba a formar parte del deambular de la gente. A Mamen le apeteció salir a dar un paseo en solitario, quizás tomar algo fresco en alguna cafetería. La inercia condujo sus pasos hasta la puerta cerrada de la Universidad; la contempló largo rato, prometiéndose a sí misma que volvería con más fuerza que nunca y con ganas de dar lo mejor que sabía hacer, enseñar. Lo pensaba mientras acariciaba con sus manos las viejas piedras del muro que sentía como una parte vital de lo que ella era, de lo que fue, y sería siempre. Decidió continuar el paseo; se sentó en una heladería y tomó un granizado de limón. Acto seguido, regresó a casa.

El veinte de agosto, después de haber pasado por Carmona y haberse despedido de su familia, llegaba a Santa Justa con un gran maletón camino a Madrid. Su cuñado la esperaba en Atocha para conducirla a la casa familiar que compartía con su hermana. La estancia fue breve; al día siguiente, casi de madrugada, la acompañaban al Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Después de la facturación de equipajes, se despidió de Esperanza y Jesús y permaneció en la cafetería hasta el momento del embarque. Antes de subir al avión; envió un WhatsApp a sus amigos, compró algunas revistas y chokolatinas, y efectuó el embarque.

Las doce horas quince minutos de vuelo llegaron a ser desesperantes para Mamen, que ya no sabía de qué postura ponerse. Se había tragado dos películas, desayunado y almorzado, leído de cabo a rabo las revistas que compró e incluso se había pedido una ginebra con tónica, aparte de varios cafés. Ya estaba al límite de su paciencia cuando, desde cabina, anunciaba el comandante la toma de tierra en Lima. Miró por la ventanilla a través de dos cabezas que apenas la dejaban ver, descubriendo una imponente ciudad que, vista desde el aire, impresionaba. Después de recoger el equipaje y pasar por los controles y aduanas pertinentes y, ya fuera del aeropuerto, hizo cola para subir al autocar que la compañía ponía a disposición de los clientes para llegar a la ciudad. Bajó tirando de su maleta y tomó un taxi hasta el céntrico hotel que había contratado que, estaba situado a un par de manzanas de donde la había dejado el autocar. Llegó al hotel y se dio una ducha, se cambió de ropa y bajó al restaurante dispuesta a cenar y meterse en la cama cuanto antes. Se sentía agotada. El chasco fue morrocotudo cuando se percató del cambio horario; allí era la hora del almuerzo, la gente estaba con el aperitivo. Se pidió un sándwich y una botella de agua mineral y, después de ingerirlo, subió a su habitación pensando que, fuera la hora que fuera, ella se acostaría de todas maneras. Necesitaba dormir.

Durmió catorce horas seguidas, abrió los ojos a las cinco de la mañana totalmente descolocada, se refrescó la cara en el lavabo, y se vistió. Hizo tiempo ordenando su maleta, pero, a las seis de la mañana, ya no podía más, necesitaba un café más que el aire que respiraba. Cogió el bolso y se

dirigió directamente a la recepción, donde el recepcionista la recibió, somnoliento. Mamen le preguntó dónde podía tomar un café a esas horas; después de pensar durante unos minutos le recomendó un 24 horas que había al final de la avenida aunque, dada la hora, le aconsejaba que tomara un taxi, pues aún era de noche y la avenida era muy larga. Ella aceptó de buen grado la recomendación, tomó el taxi, y llegó en pocos minutos al establecimiento. Le sirvieron su necesitado café, y lo tomó disfrutando cada sorbo. Pasado un buen rato, vio llegar la prensa y un dulce y embriagador aroma a bollería recién horneada le abrió el apetito, por lo que volvió a pedir café con un bollo de crema y varios periódicos locales.

A través de la enorme cristalera, vio cómo amanecía Lima. La larga avenida se llenaba de gente, los negocios abrían ruidosamente sus cierres metálicos, y la luz se abría paso a grandes zancadas hasta iluminar un perfecto día. Volvió al hotel dando un paseo, mirando con curiosidad cada pequeña tienda que se encontraba a su paso.

A la mañana siguiente regresó al aeropuerto Alejandro Velasco Astete para tomar un vuelo a Cuzco, donde alguien la recogería para llevarla a El Valle de Lugre, donde un equipo de arqueólogos, historiadores, y voluntariado hacía labores de cartografía, exploración, excavaciones, e investigación de estructuras antiguas pre-incas.

Un viejo y destartado todoterreno, cuyo conductor voceaba varios nombres, entre ellos el suyo, les dio la bienvenida y comenzó a subir maletas. Dos chicas muy jóvenes y un chico un poco mayor, se presentaron como Elena, Dorita y Cristóbal, y junto a Mamen, se subieron con recelo en semejante tartana guiados por Cumplido, el chófer, que los llevó sin parar de hablar hasta la comunidad peruana donde se alojaría y vivirían durante su estancia. El proyecto arqueológico estaba ubicado cerca del pueblo de Lugre, a cuarenta kilómetros del centro de la ciudad de Cuzco, donde el Imperio Inca tuvo su centro político, administrativo, y militar.

El comité de bienvenida era variopinto, un grupo de seis personas cubiertos de polvo amarillo se acercaban curiosos al todoterreno. Todos saludaron efusivamente a Dorita, quien, al parecer, ya había colaborado con ellos antes. Siguieron las presentaciones; Paco, un atractivo gaditano de pelo rubio desaliñado y ojos azules con más pinta de inglés que de andaluz, arqueólogo responsable del equipo, que llevaba algunos años trabajando en los alrededores del monumento nacional de Pikillaqta. Saludó a Mamen con una gran sonrisa. ¡Sevillana! —dijo, con jovialidad mientras le extendía la mano. Mamen —dijo ella, correspondiendo al saludo. Paco siguió diciendo que en el nutrido equipo con el que contaban había algunos andaluces más; cordobeses y malagueños, y que estaría encantado de presentarles a todos en cuanto se hubiera instalado. Mamen fue alojada en una básica pero limpia habitación muy luminosa. Después de asearse un poco en el baño, que se encontraba no muy cerca de la habitación, se reunió en el amplio patio con el resto de los componentes del proyecto. Después de las obligadas presentaciones, Paco explicó sin demasiados detalles que el trabajo de campo, es decir, las excavaciones, se efectuaba tres días a la semana. El resto, se repartía entre clasificación de cerámicas, trabajos en el museo local, y trabajos de oficina y que, en esos días, también se realizaban presentaciones arqueológicas.

Después del multitudinario almuerzo en largos tableros suspendidos por caballetes donde todos participaban colocando sillas, platos, cubiertos, y grandes hogazas de pan que luego recogían como un ejército perfectamente sincronizado, Paco ofreció a los recién llegados una primera toma de contacto con el lugar. Subió al todoterreno, que debía ser comunitario, y los llevó al extenso y

bellísimo humedal de Lucre, en la provincia de Quispicanchi, Departamento de Cuzco. Mamen se adaptó con rapidez al nuevo trabajo con la disciplina que la caracterizaba y, en pocos días, se hizo imprescindible para Paco, que la solicitaba constantemente. El trabajo de oficina le procuraba una gran fuente de conocimiento e información para su objetivo, así como el museo local, que se abría a sus sentidos descubriendo a cada paso lo que había llegado a ser el vasto imperio. La primera vez que Mamen sacó de la tierra un trozo de vasija bajo la atenta mirada de Paco, se le iluminó la cara de emoción, estaba tocando la propia historia con sus manos. El trozo, con un asa intacta, era pre inca, de la cultura wari —confirmó Paco, después de examinarla.

Todos se volcaban con ella, no había un día en que no le entregasen fotocopias, fotografías o cualquier cosa que le pudiera servir para su tesis. A mediados de septiembre, antes de que los meses secos terminaran, pues éstos comprendían de junio a octubre, Mamen visitó Machu Picchu. De Cuzco a Aguas Calientes había unos setenta y cinco kilómetros. Cumplido, el chófer, la llevó hasta la estación de Poroy, que distaba de Cuzco unos treinta kilómetros. Allí cogería el tren Inca Rail. El viaje en tren la embargó de naturaleza; en su retina quedaban grabadas como postales los increíbles paisajes andinos que descubría a su paso, ese camino del Inca, con el que había fantaseado tantas veces, ahora lo tenía ahí, delante de sus ojos, formaba parte de él. Se apeó en el pueblo Aguas Calientes, que había nacido al mundo con las vías del tren, bañado por el río Vilcanota. Se alojó en un hotel, que sólo tenía de “hotel” el nombre, pues era más bien una modesta pensión que satisfizo sus necesidades. Por la mañana temprano se reuniría con el guía y con el grupo que éste había reunido, a la hora convenida. Tras subir las interminables escaleras llegaron a la ansiada barrera metálica y... ¡Ahí estaba! La impresionante montaña Huayna Picchu se levantaba orgullosa de dar cobijo a la ciudad más impresionante que jamás, ni siquiera la magia, hubiera soñado. Aquella fortaleza estaba protegida religiosamente por la montaña y el río Urubamba que, durante tantos siglos, la ocultaron. Aquello era la perfecta armonía del hombre con la naturaleza, una verdadera obra maestra de arquitectura e ingeniería. Tras la popular puerta de acceso a la ciudad, la emoción se difuminaba en el rostro de Mamen junto con las finas gotas de lluvia que, a modo de bienvenida, le besaban la cara.

Ese santuario religioso y palacio de la más pura arquitectura incaica de granito blancuzco; de plantas rectangulares y de terrazas dedicadas al cultivo, rodeadas de montañas repletas de vegetación e incluso alguna llama pastando ajena al privilegio de hacerlo allí, el paisaje agreste e inaccesible, daba sensación de irrealidad.

Mamen hacía el viaje de retorno hasta, de nuevo, la estación Poroy, donde Cumplido y su vieja tartana la esperaban. Se paró a pensar en el destino; en todo lo que había tenido que pasar hasta llegar a este lugar, que seguramente no lo hubiera conocido nunca de no haberse visto atrapada en la peor pesadilla de su vida. Probablemente, Manolo tenía razón, esto había sido una huida hacia adelante, pero había sido una huida sanadora o al menos así se sentía allí en ese momento, no sabía qué pasaría cuando llegara de nuevo a Sevilla y se diera de bruces con la realidad de su tragedia. La vida había cambiado, ella misma había cambiado, lo que sí tenía claro es que lucharía con todas sus fuerzas porque nada ni nadie le arrebatará nunca su pasión por la enseñanza.

Durante las cinco semanas restantes que vivió y trabajó en la comunidad de Lucre, fue conociendo a Paco cada vez más. Sus gestos y su personalidad extrovertida le recordaban a su amigo José, la hacía reír con sus bromas con ese deje gaditano del que tan orgulloso estaba y, los

días de descanso, la solía llevar a rincones con mucho encanto y buena comida que él conocía, donde hablaban de sus vidas y de sus anhelos. Paco le comentaba con nostalgia lo difícil que resultaba, a veces, vivir lejos de su tierra, de su familia, y de su gente. Mamen le contó que había salido de una relación muy dura y que, por el momento, estaba centrada en sacar adelante su doctorado. Le contó cuánto amaba la docencia, su afición por la escalada, y también le habló de sus amigos incondicionales. Paco le confesó que tenía dos pasiones; una, era la arqueología, y otra, las mujeres. Pero desde que la vio bajarse de la tartana de Cumplido, la segunda pasión se le había evaporado, no había vuelto a tener ojos para nadie que no fuera ella. Mamen rio, divertida. Pero Paco, serio como un ajo, le dijo que, aunque se lo tomara a coña, le daba su palabra de que era absolutamente cierto.

El día en que Mamen volvía a Lima, no vio a Paco durante toda la jornada. Sentía tristeza en su pecho, no quería marcharse sin despedirse de él. Cuando hubo agradecido a todos el cariño, la amabilidad, e incluso la ayuda inestimable que le habían prestado, se despidió con un abrazo de cada uno de ellos. Cumplido ya había metido su equipaje en la vieja tartana y ella se disponía a subir, cuando Paco apareció dando voces mientras bajaba un cerro a la carrera diciendo “¡Quieto parao, Cumplido! ¡Que la llevo yo!”. Cumplido sonrió, socarronamente, y se despidió de Mamen con un fuerte apretón de manos. El coche se perdió por la rudimentaria carretera dejando tras de sí una tremenda polvareda del color de la miel.

Mamen lo miraba mientras él resollaba sudoroso, sin decir una sola palabra.

—¿Dónde estabas? —preguntó Mamen, incómoda por el silencio.

—No quería verte marchar —contestó Paco, sin mirarla.

Mamen se sonrojó y sintió un pinchazo en la boca del estómago, pero no dijo nada. El silencio volvió a reinar sin que ninguno de los dos hiciera nada por remediarlo. Llegaron al aeropuerto y Paco bajó el equipaje en la misma puerta, colocándolo a su lado.

—Aquí nos despedimos —dijo Paco.

Mamen lo abrazó e intentó darle las gracias, pero en ese momento sus labios se encontraron con los de él y ella respondió al cálido beso. Se volvieron a abrazar, esta vez con más fuerza. Paco le confesó que se había enamorado perdidamente de ella, era algo que no le había pasado nunca; intentó justificarse. Mamen estaba halagada, confundida, y nerviosa. Paco la dejó allí, sin que pudiera decir nada. Se subió al coche, por la ventanilla le dijo que volvía a España a principios de enero, y que se quedaría un par de meses.

—¡Piensa en mí de vez en cuando! ¡Yo no dejaré de hacerlo! —le gritó Paco, mientras sacaba la mano.

Mamen lo vio alejarse. Vio su salacot tirado en el asiento trasero del viejo todoterreno, sonrió con ternura mientras avanzaba por el aeropuerto hacia facturación, sintiendo que su corazón empezaba a verdear, incluso atravesando la arcilla dura y oscura que lo recubría.

Mamen presentó una brillante tesis doctoral que le valió el reconocimiento de numerosas universidades, y siguió impartiendo la docencia. Nunca quiso volver a saber de Carlos. Ismael y José, junto a su nueva familia cántabra y la suya propia, le aportaron el equilibrio y el cariño necesarios para afrontar una vida plena. Mientras, ahí seguía Paco con una paciencia infinita,

excavando sin descanso hasta dar con el hallazgo de su confianza, de su amor.